

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

EL CONCEPTO DE CIVILIZACION Y BARBARIE EN LA LITERATURA SUDAMERICANA

T E S I S

Que para obtener el título de
DOCTOR EN LETRAS

P r e s e n t a

Charles A. Hilton

TIPOGRAFICA ORTEGA
Ayuntamiento 137
México, D. F. — 1952

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

EL CONCEPTO DE CIVILIZACION Y BARBARIE EN LA
LITERATURA SUDAMERICANA

INTRODUCCION

Hacia mediados del siglo XIX apareció en la literatura sudamericana una actitud ante el campo que ha perdurado hasta nuestros días: el campo representa los males sociales, inculca en el hombre los vicios y le embrutece, el campo, en fin, representa la "barbarie". En cambio, la ciudad simboliza todas las virtudes morales y cívicas, ennoblece al hombre y le enseña los ideales, en una palabra, encarna la "civilización" que está en conflicto con la barbarie del campo. Este concepto, producto secundario de la lucha por la estabilidad política en la Argentina, se basa en la idea de que la naturaleza es en sí y por sí destructora, enemiga del hombre.

Esencialmente esta idea ha surgido de la experiencia del hombre de la geografía peculiar de Sudamérica. Se halla frente a un paisaje nada bondadoso, vasto, dramático, cruel, casi inconquistable, un paisaje que desafia y empequeñece todos los esfuerzos humanos por reducirlo al orden y dominarlo. Durante casi cuatro siglos la cultura europea y el hombre que la lleva consigo han estado en lucha continua con las inmensas selvas tropicales, la pampa desierta y sin límites, las regiones áridas y quemadas por un sol inclemente, las cordilleras frías y casi incruzables, las lluvias torrenciales y las tempestades pavorosas del continente meridional. La historia de esta lucha sin tregua es de fracaso y derrota, de martirio y sacrificio increíbles. No es de admirar que el sudamericano, por fin, haya asumido una actitud ante su campo que se aparta radicalmente de la europea. Lo dominado le parecía siempre tan pequeño ante lo que quedaba por conquistar que la discrepancia le inspiraba pesimismo y miedo. En efecto, es asombroso, tomados en

cuenta los hechos, que la antítesis sarmientina civilización-barbarie tardara tanto en aparecer y que no haya dominado más a las letras.

Es claro que el sudamericano no ha sacado de las corrientes literarias anteriores esta actitud tan característica. Un examen breve no revela antecedentes algunos. La literatura de España, para no ir más lejos, es en gran parte campestre y el campo simboliza las virtudes tradicionales españolas. En la literatura italiana, que influyó mucho en la española hasta fines del siglo XVI, tampoco se encuentra semejante concepto. La vida italiana nunca ha estado muy lejos del campo, por urbana que fuera. La literatura de Francia, que a su vez ha influido en la sudamericana desde el siglo XVIII, refleja de cuando en cuando el desnivel que existe entre el campesino y el ciudadano, pero no llega más allá. El francés típico ama a la tierra y cree en ella. Los ingleses, por ejemplo, cuya literatura influye mucho menos en la sudamericana, tampoco odian al campo. Para ellos el campo refleja y enseña las virtudes inglesas y la buena vida. Podemos dejar a un lado las literaturas rusa, alemana y estadounidense por no haber ejercido influencia formativa sobre las actitudes sudamericanas. El concepto de civilización y barbarie es, pues, peculiar al continente meridional, y, como tal, merece ser estudiado.

En justicia hay que advertir que el tema de la antítesis civilización-barbarie no domina en aquella parte de la literatura sudamericana que aún sigue por los cauces de la europea; a lo sumo es un tema secundario, pero esto no anula ni su importancia ni su interés. Por poco extenso que fuera aún sería un fenómeno típico. Es propósito de este trabajo estudiar a grandes rasgos sus comienzos en la literatura argentina, su extensión en Sudamérica, y por fin, su aplicación moderna, vista a través de la obra de dos autores contemporáneos, Manuel Gálvez y Horacio Quiroga.

I: LOS COMIENZOS DE LA IDEA DE CIVILIZACION Y BARBARIE EN LA LITERATURA SUDAMERICANA.

Esta en la naturaleza de las cosas que haya siempre conflicto entre la ciudad y el campo que la rodea, puesto que los intereses del uno no coinciden precisamente con los de la otra, lo que es insólito es la forma extremada con que se explica en Sudamérica. El campo es la barbarie; la ciudad la civilización. Pero más allá de esta expresión simbólica queda la naturaleza, el paisaje que la da vida. Al comentar la argentinidad de sus compatriotas Eduardo Mallea se vale de la siguiente frase: "la rebeldía del espacio". Con ella quiere decir que en ambas Américas la naturaleza, "primitiva", "desencadenada", "pujante" ha dado lugar a una tradición de "esfuerzos atroces", que priva al hombre de "argumentos falsos ante su obra". Básicamente esto quiere decir que la naturaleza con todo su horror forma al hombre y lo limita.

La historia de América es la historia del hombre ante la rebeldía del espacio. Y como este espacio es naturaleza, lo que equivale a decir, forma, la lucha es del hombre con la forma desencadenada, con la forma primitiva y pujante, con lo increado. Espiritual, material, políticamente, todo tiene ese hombre que crearlo, que reducirlo, que dejarlo consruído por un acto de predominio y —como todo predominio sobre materia— de creación. Su modo de conquistar es el más terrible de todos. Su tradición es la de esfuerzos atroces y la de algunos triunfos sobre cuyo crédito no puede— como el hombre europeo— vivir. Tal situación priva a tal hombre de posibles argumentos falsos ante su obra. La realidad que tiene ante sí es inédita. Cada civilización nueva inventa su palanca y este hombre tiene que inventar su propio instrumento; por lo que su esfuerzo es doble, ya que requiere a la vez intelecto y poder físico. La tragedia del misionero jesuíta frente al indio cada día se remueve en nuevas formas desde el Cabo de Hornos hasta el extremo más opuesto de una América que todavía tiene hielo y muerte en sus selvas, sin contar con la labor diaria del hierro en sus ciudades monstruosas y hoscas, en sus ciudades donde las plantas crecen sin medida o no florecen en absoluto. Yo he visto hombres doblados

de dolor ante la devastación de su campo, descubierto de pronto ante sus ojos por el levantarse de la plaga, el acridio devorador; he visto hombres alzando ante la seca obstinada, un rostro de ruego y al día siguiente una mueca iracunda y luego una súplica; yo he visto a hombres con un pañuelo al cuello como todo abrigo, salir al campo en invierno soportando sus úlceras y la muerte próxima para arar y tiempo y de prisa... (1)

Así es la naturaleza de Sudamérica. Y así es la actitud del sudamericano ante ella. En general el hombre del continente septentrional se ha escapado de semejante autocensura. Por una parte su geografía es más amena y por otra el enorme empuje de la inmigración europea le dió manos de sobra para conquistarla y dominarla. Por eso nunca se ha sentido ajeno a su geografía ni ha sentido que la ciudad es un refugio que abriga las virtudes y los ideales. Cuando el septentrional ve el conflicto entre el campo y la ciudad lo ve en otros y quizás más superficiales términos. En la base de las ideas de Mallea arriba expuestas está una naturaleza amenazadora que empequeñece al hombre.

Muchos literatos anteriores a Sarmiento, ya historiadores como el Inca Garcilaso de la Vega, ya cronistas como Alvar Núñez y Pedro de Cieza de León, vieron claramente los datos disponibles, pero nunca formularon una interpretación de aquella naturaleza en relación con el hombre tal como la encontramos simbolizada en la antítesis civilización-barbarie. Ni siquiera ese encantador viajero y costumbrista, Calixto Bustamante Carlos Inca, que comentó todo lo que vió durante aquel viaje que realizó con el Visitador. Alonso de Carrión de la Vandera, de Buenos Aires a Lima en el año 1773, sacó las implicaciones de Sarmiento al escribir "Facundo" unos ochenta años escasos más tarde. Le impresionaron, por ejemplo, la decadencia de los campesinos frente a la enorme riqueza del campo y el estucendo despilfarro de los recursos naturales que vió, pero lo explica todo a raíz de la abundancia asombrosa con que Dios regalaba al hombre de la pampa. "Esta increíble abundancia es perjudicialísima", (2) concluye, y añade un por

(1) Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1937, p. 133.

(2) Calixto Bustamante Carlos Inca, *El Lazarillo de ciegos caminantes*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1946, p. 34.

co más adelante: "De esta propia abundancia, como dije arriba, resulta la multitud de holgazanes, a quienes con tanta propiedad llaman gauderios". (3) En cierto modo podemos decir que la naturaleza lozana y fecunda puede ser tan enemiga del hombre como la que es abiertamente hostil a toda forma.

He aquí el retrato de los gauderios o gauchos que nos dejó el Concolorcorvo:

Mala camisa y peor vestido procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hace de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semi-bárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando. Si pierde el caballo o se lo roban, les dan otro o lo toman de la campaña, enlazándolo con su cabestro muy largo, que llaman rosario (4).

Y sigue contándonos:

Muchas veces se juntan de éstos, cuatro o cinco, y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, las bolsas y un cuchillo. Se conviene en un día para comer la picana de una vaca o novillo; le enlazan, derriban y bien trincado de pies y manos le sacan, casi vivo, toda la rabadilla con su cuero, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan mal, y medio cruda se la comen sin más aderezo que un poco de sal, si la llevan por contingencia. (5).

Aquí tenemos la materia prima humana que inspiró en Sarmiento el odio y el desprecio. Ausentes están algunos pormenores que nos da el argentino, la violencia, el desprecio de la civilización, el salvajismo, pero, no obstante, el retrato que nos dejó el Concolorcorvo es el que Sarmiento ha de pintarnos más tarde.

En cuanto a las ciudades lo mismoda. El concolorcorvo las observó detalladamente al pasar por ellas y nos dejó un retrato que puede

(3) Ibid., p. 37.

(4) Ibid.

(5) Ibid.

haber cabido en la obra de Sarmiento. He aquí, por ejemplo, sus observaciones sobre la vida social de Buenos Aires.

Hombres y mujeres se visten como los españoles europeos, y lo propio sucede desde Montevideo a la ciudad de Jujuy con más o menos pulidez. Las mujeres en esta ciudad, en mi concepto son las más pulidas de todas las americanas españolas, y comparables a las sevillanas, pues aunque no tienen tanto ciniste, pronuncian el castellano con más pureza. He visto sarao en que asistieron ochenta, vestidas y peinadas a la moda, diestras en la danza francesa y española, y sin embargo de que su vestido no es comparable en lo costoso al de Lima y demás del Perú, es muy agradable por su compostura y aliño. Toda la gente común, y la mayor parte de las señoras principales no dan utilidad alguna a los sastres, porque ellas cortan, cosen y aderezan sus batas y andrieles con perfección, porque son ingeniosas y delicadas costureras, y sin prejuicio de otras muchas que oí penderar en Buenos Aires, de gran habilidad, observé por muchos días el gran arte, discreción y talento de la hermosa y fecunda española, doña Gracia Ana, por haberla visto imitar las mejores costuras y bordados que se le presentaban de España y Francia (6).

En estas citas vemos toda la materia prima, el contraste entre la vida urbana y la campestre que tenía Sarmiento al formar su teoría de civilización y barbarie. Hasta aprovecha el Concolorcorvo la palabra, "semibarbaro", para calificar al gauderio o gaucho; pero el asunto no pasó más allá. No formula una filosofía, una teoría político-social. Se limita a hacer sugerencias para el mejoramiento económico como la que hace sobre el comercio en mulas o la de carne salada de Montevideo. Mediante sus palabras vemos la vida libre y holgazana de los gauchos, su pereza e improvidencia, su propensión al despilfarro, su afición a cantar y tocar, y por fin, vemos su amor a las diversiones campestres; pero no surge una teoría de civilización y barbarie. Tampoco nos habla de cultura de las ciudades en sí: sólo nos deja un retrato de su apariencia exterior y de sus costumbres. Nos cuenta cuántas cuerdas tenía Buenos Aires, por ejemplo, cuántos conventos, y nos dice que no había colegios allí, que "algunos envían sus hijos a Córdoba y otros a Santiago de Chile" porque la educación accesible en Buenos Aires era sólo suficiente "para pasar una vida frugal". (7) Sin embargo, pode-

(6) Ibid., p. 40.

(7) Ibid., p. 41.

mos adivinar de los pormenores que nos da una sociedad urbana que imitaba con esmero las modas de Europa, y en particular las de Francia, muy probablemente leía sus libros y discutía sus ideas. Con todas sus faltas el ciudadano que vió el Concolorcorvo distaba mucho del campesino que andaba a caballo como un nómada visto con "mala camisa y peor vestido" y que se cubría con "uno o dos ponchos".

En cambio Sarmiento sintió, al repasar los mismos datos ochenta años más tarde, que la raíz de la diferencia estaba en la naturaleza, amenazadora, hostil, que formó el salvaje llamado el gaucho. En las primeras páginas de *Facundo* nos hace sentir la amenaza y la inmensidad del paisaje argentino:

Allí, la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues, que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte acechan los alvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y en las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas, que se detiene a reposar por momentos, la tripulación reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el sur al más ligero susurro del viento que agita las hierbas secas para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede sorprenderla desaparecida de un momento a otro (3).

Aquí sentimos la verdadera amenaza misteriosa de una naturaleza demasiado vasta e inmensa para el espíritu humano en la cual lo del salvaje es sólo un detalle pintoresco. Sarmiento sigue aumentando su efecto original:

Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, a mi parecer, en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte la indi-

(3) Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Editorial Sopena, Buenos Aires, 1945, p. 19.

ferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven impresiones profundas y duraderas (9).

Es interesante que el Concolorcorvo nos deja un retrato mucho más detallado que Sarmiento de la "solitaria caravana de carretas" atravesando las pampas, inclusive de los indios salvajes que están en acecho, de las dificultades de la naturaleza; es significativo, sin embargo, que esté ausente de su descripción el colorido emocional de Sarmiento. Le falta el elemento de amenaza, "inseguridad de la vida", sentido de la inmensidad abrumadora que nos participa su sucesor. Vió claramente Sarmiento que fué en esencia la naturaleza que tendió a embrutecer al hombre que vivía siempre en presencia de la muerte de manera que ya no le impresionaba gran cosa. En presencia de la inmensidad de la naturaleza y el salvajismo del hombre formado por ella, no es milagroso que la ciudad primitiva hubiera parecido a Sarmiento como un refugio del protagonista de la cultura en su lucha con la barbarie, la ignorancia, la brutalidad, el atraso social. Para él "la ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos". (10). Todo esto, como ya hemos visto, vió y notó el Concolorcorvo... los modales, el lenguaje, las modas europeas. Notó de paso también los talleres, las tiendas, el comercio, los colegios y monasterios, todo con mucho más detalle que nos da Sarmiento, pero lo que no desborda en sus palabras es la miel de la admiración que encontramos en las de Sarmiento:

La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita, tienen allí su teatro y su lugar conveniente. No sin objeto hago esta enumeración trivial. La ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola sin ciudades menores y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles. El desierto las circunda a más o menos distancia, las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas, apenas interrumpido por otra villa de consideración. Buenos Aires, Córdoba, son las que mayor número de villas han podido

(9) Ibid., p. 20.

(10) Ibid., p. 25.

echar sobre la campaña, como otros tantos focos de civilización y de intereses municipales; ya esto es un hecho notable (11).

Para nosotros lo notable en esta cita es la persistencia del sentimiento de amenaza que la naturaleza inspira en Sarmiento. Su ciudad, abrigo de la vida civilizada, las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, son, en efecto, un estrecho oasis enclavado en un desierto que la circunda y la oprime. ¡Hasta la ciudad se siente amenazada por la "naturaleza salvaje"! Cuando Sarmiento habla directamente del campo, continúa poniendo en relieve este efecto sombrío:

Saliedo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto; el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro. Aún hay más; el hombre de la campaña, lejos de aspirar a semejarse al de la ciudad rechaza con desdén su lujo y sus modales corteses; y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. Todo lo que hay de civilizado en la ciudad está bloqueado por allí proscrito afuera; y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos (12).

Es de sumo interés que Sarmiento se valga de la palabra "recinto". Salir de la ciudad equivale para él a salir del "recinto", que no sólo es un santuario, sino por costumbre antigua, un refugio, un asilo en donde los amenazados pueden escapar de sus enemigos. La ciudad, se ve, parecía a Sarmiento un refugio de las amenazas de la naturaleza "salvaje", "inculta": pero había más. Al salir del recinto, el ciudadano se exponía a las "burlas y las agresiones brutales de los campesinos" así como a los peligros de la campaña, la víbora, el tigre, la muerte repentina. En parte Sarmiento explica el estado bárbaro del campesino a base de la falta de estímulo que le presenta la llanura.

El estímulo falta, el ejemplo desaparece, la necesidad de manifestarse con dignidad que se siente en las ciudades no se hace sentir allí en el aislamiento y la soledad. Las privaciones indispensables justifican la pereza natural, y la

(11) Ibid.

(12) Ibid.

frugalidad en los goces trae en seguida todas las exterioridades de la barbarie. La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal aislada, reconcentrada, y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes (13).

En una palabra, porque faltan al campesino el "estímulo" y el "ejemplo" retrocede a la barbarie, conquistado por el aislamiento, la soledad, y sobre todo, por la "frugalidad en los goces", una observación acertada y perspicaz. No siente, como el ciudadano, la necesidad de manifestarse con dignidad. El resultado es la violencia, el salvajismo, la embriaguez.

Es de interés que Sarmiento nos da un ejemplo de un hombre culto, civilizado, que se rinde ante la monotonía de la vida y se deja apoderar por el vino.

Mas tarde supe que los vapores del vino avivaban aquella existencia monótona, para remontar su alma cuando el cuerpo decaía. Mientras vivimos juntos, nunca le vi en él ninguna de la exaltación extraordinaria, sin embargo, de que usaba del vino en cantidades inmoderadas, i en San Juan, es ésta una enfermedad que se lleva a centenares de vecinos. Al declinar de la edad, desencantados de la vida, sin esperanzas, sin emociones, sin teatros, sin movimiento, porque no hai ni educación, ni libertad, dan muchos en irse temprano a sus viñas. La soledad i el vacío del espíritu traen el tedio, éste llama al vino, como antídoto, i concluyen por perderse de la sociedad i darse a la embriaguez misantrópica, solitaria i perenne (14).

Aun cuando, como en este caso, el paisaje es mucho más ameno y tolerable que el de la pampa. Sarmiento está convencido de que la "frugalidad en los goces", a saber, la ausencia de teatros, de escuelas, de bibliotecas, pierde al campesino y hasta al culto. Nos dice "la soledad y el vacío del espíritu traen el tedio, éste llama al vino como antídoto", y las víctimas de esta situación triste concluyen por "darse a la embriaguez misantrópica, solitaria i perenne". Sin duda la soledad

(13) Ibid., p. 26.

(14) Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1944, p. 106.

dad y el aislamiento son factores de suma importancia dentro del marco de la lucha del hombre con el paisaje sudamericano.

A nosotros, las ideas de arriero, tan nuevas y revolucionarias en aquel entonces, nos parecen un poco ingenuas. Por una parte sabemos que la ciudad no es el refugio seguro que creía el gran argentino. Allí, por ejemplo, vemos al hombre darse sin freno a la misma "embriaguez misantrópica, solitaria i perenne" que Sarmiento atribuye al campo salvaje y bárbaro con su "frugalidad en los goces". Por otra parte, sabemos por experiencia que la ciudad puede abrigar igualmente bien, y algunas veces a la par, la civilización y la barbarie. Sin embargo, nos importa en grado sumo su análisis de un fenómeno bastante raro en la literatura de una naturaleza que hostiliza al hombre y le reduce a la barbarie, por la dureza de su lucha con ella: de una ciudad que parece ser su refugio y que le inculca las virtudes morales y cívicas, invirtiendo así los papeles tradicionales del campo y la ciudad. Es más de un interés pasajero, que el Concolorcorvo, al pasar por la Argentina ochenta años antes, hizo notar en su *Lazarillo* la diferencia entre el modo de vivir "semibárbaro" del campesino y el ciudadano culto, europeizado: pero no dió énfasis especial al disparate. A Sarmiento, con razón, ambos parecían "dos sociedades distintas", la una enemiga de la otra. Para él la ciudad fué literalmente la civilización en plena lucha con la barbarie del campo con toda su maldad y salvajismo. De allí se arrancó la antítesis civilización-barbarie que al andar del tiempo ha llegado a ser el símbolo de la actitud peculiar del sudamericano ante su campo y su ciudad. Sarmiento fué el primero que vió su mundo con ojos abiertos. El resultado fué un modo nuevo de ver y de sentir que aparta al sudamericano del europeo. Desde aquel entonces vienen siempre en aumento los autores, ya influídos por Sarmiento, ya por su propia observación y experiencia, que reafirman en esencia la actitud del gran argentino.

Hubiera sido asombroso si las ideas de Sarmiento expuestas en *Facundo* no hubieran tardado en hacerse sentir en la literatura creadora de su época. Publicado en 1845, el libro casi inmediatamente alcanzó enorme influencia, tanto entre las fuerzas antirrosistas como entre los políticos e intelectuales europeos que se interesaban en aquel entonces por la lucha interargentina. Sin embargo, fué José Mármol,

quien incorporó por primera vez la antítesis sarmientina en su novela, *Amalia*, publicada en 1851. Como Sarmiento, muy partidario de los unitarios, José Mármol vió la lucha que desgarró y alborotó a su desgraciado país, no tanto como una disputa entre dos partidos políticos, sino como a una batalla a muerte entre las fuerzas bárbaras del campo y las civilizadas y cultas de la ciudad. Después de un análisis más o menos largo de las condiciones existentes nos aclara, valiéndose de las mismas palabras de Sarmiento, que “eran la civilización y la barbarie las que quedaron para disputar más tarde su predominio. . .” (15).

En la mente artística de Mármol, desde luego, el enlace entre el hombre y su geografía asumía proporciones más grandes y más claras que en la de Sarmiento, que se interesaba más por una exposición política al escribir *Facundo* que por una filosofía de vida o por una teoría literaria. A Mármol le saltaba inmediatamente a la vista el enlace entre el hombre y su geografía inculta y salvaje. “Toda la naturaleza”, nos dice, “tenía allí ese aspecto desconsolador, agreste e imponente al mismo tiempo, que impresiona al espíritu argentino y parece contribuir a dar temple a sus pasiones profundas y a sus ideas atrevidas”. (16) En una palabra, Mármol creía que ésta fué una especie de “naturaleza especial en la América”, ambas “madre e institutriz” que formaba al hombre de su continente. Es sumamente significativo que aproveche la frase “madre e institutriz” al hablar del paisaje argentino que tanto hacía para formar el carácter peculiar del habitante de al pampa. En ninguna parte hace Sarmiento tanto hincapié en este hecho obvio. No obstante Mármol sigue hablando así de la influencia nefasta de la naturaleza sudamericana sobre el gaucho:

La Naturaleza no lo educa. Nace bajo los espectáculos más salvajes de ésta, y crece luchando con ella y aprendiendo de ella.

La inmensidad, la intemperie, la soledad y las tormentas de nuestro clima meridional son las impresiones que desde su niñez comienzan a templar su espíritu y sus nervios, y a formarle la consciencia de su valor y de sus medios. Solo, abandonado a sí mismo, aislado, por decirlo así, del trato de la sociedad

(15) José Mármol, *Amalia*, 3a. ed., Editorial Sopena Argentina, Buenos Aires, 1944, p. 236.

(16) *Ibid.*

civilizada; siempre en lucha con los elementos, con las necesidades y con los peligros, su espíritu se ensombrece a medida que él triunfa de su destino. Sus ideas melancolizan, su vida se reconcentra en vez de expandirse. La soledad y la naturaleza han puesto en acción sobre su espíritu sus leyes invariables y eternas... (17).

En estas palabras vemos las fuerzas que entraron en la formación del carácter del campesino, su aislamiento "del trato de la sociedad civilizada", "los espectáculos más salvajes", la "inmensidad, la intemperie" y hasta la "soledad" con que tiene que luchar cotidianamente. Son éstos los elementos que le temblan los nervios. En esta vida dura que lleva el gaucho, con sus "necesidades" y sus "peligros" que le establece la "habitud de verter la sangre" que "viene a convertirse en él de ocupación en necesidad, y de necesidad en diversión". (18) Aquí encontramos el eslabón que Sarmiento perdió: "la habitud de verter la sangre" que está a raíz de la barbarie que tanto lamenta el buen sabio. Mármol, con todo, sintió una intimidad más estrecha entre el campo y sus habitantes que Sarmiento. No obstante no debemos cegarnos al hecho de que los dos, Sarmiento y Mármol, a la larga, lo vieron todo en términos de la lucha sin tregua entre el campo y la ciudad, en fin, una lucha entre la civilización y la barbarie. Como dice Martínez Estrada, Sarmiento "simplificó demasiado un problema complejo y lo redujo a una antítesis": (19) sin embargo a raíz de su simplificación quedó la naturaleza peculiar de Sudamérica que la de su validez y que hizo posible que se ensanchara más tarde su actitud a lo largo y a lo ancho del continente meridional.

(17) Ibid., p. 232.

(18) Ibid.

(19) Martínez Estrada, *Sarmiento*, Editorial Argos, Buenos Aires, 1946, p. 85.

II: EXTENSION DE LA IDEA DE CIVILIZACION Y BARBARIE EN LA NOVELA MODERNA

La idea Civilización y Barbarie era, al principio, una manifestación puramente argentina: producto de la lucha por conquistar la pampa de la cual fué un incidente pasajero el conflicto entre los federales y los unitarios, entre Sarmiento y sus numerosos amigos y don Juan Manuel de Rosas. No es milagro que en sus desiertos Sarmiento concibiese esa lucha en términos extremos. Ante sus ojos, y más tarde, ante los de Mármol, Rosas personificaba la barbarie y anarquía de los campos en plena lucha con las tendencias civilizadoras de la ciudad, a saber, el liberalismo siglo diecinuevesco con toda su fe ciega e ingenua en el poder trascendente del capitalismo libre, de la ciencia y de la educación pública. Pero había más. Sarmiento, como ya hemos visto, formuló su teoría de la antítesis civilización-barbarie a base de una naturaleza hostil y destructora, el hombre a quien esta naturaleza empequeñece y embrutece, y la ciudad como refugio. Eso hizo posible que su concepto en esencia trascendiese los lindes de la Argentina y el compás del momento y fuese ensanchándose por lo ancho del continente meridional.

Hemos escogido tres novelas que ilustran brevemente la extensión de ese concepto en la novela sudamericana: el *Huasipungo*, de Jorge Icaza, *La vorágine*, de José Eustacio Rivera y *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos. *Huasipungo* y *La vorágine* exponen otros puntos más que tratar de la antítesis civilización-barbarie y en ellas no se encuentra la terminología sarmientina excepto una sola vez en que Icaza se refiere a un motín suprimido con crueldad por el Gobierno de Quito: "En los círculos gubernamentales la noticia (del motín) cayó, co-

mo han caído siempre estas noticias, como un acto de barbarie contra la civilización". (1). Desde luego, Icaza, habla en este caso con una franca ironía pero es significativo no obstante que se vale de la antítesis con el fin de enmarcar en ella los sucesos. Son los hechos y no precisamente el lenguaje los que se apegan a la antítesis de civilización-barbarie en *Huasipungo* y *La Vorágine*. En cambio *Doña Bárbara* se funda clara y visiblemente en esta teoría a través de toda su narración.

Huasipungo aunque importante como novela documental, es un libro lleno de defectos estructurales y estilísticos que dificultan su análisis. No obstante podemos interpretarlo como ejemplo de la noción sarmientina en plena flor. Trae el concepto de la ciudad como refugio, el de la naturaleza cruel, hostil, destructora, y por fin nos muestra la desintegración del hombre frente a ella. A costa de violar sobremanera el orden lógico de la exposición vamos a considerar primero el paisaje que forma el fondo del libro y que se impone en una u otra manera sobre las vidas y los destinos de los personajes. Este paisaje, como veremos más tarde, domina, a estos personajes casi con la misma insistencia que el de la *Vorágine*, su asiento es la cordillera oriental de los Andes, y vemos en ésta nuestra primera cita a la familia Pereira los antagonistas, y a los indios, los protagonistas del libro, juntos en la lucha encarnizada con la naturaleza, que les impone sus rigores inclementes. Aquí vemos vislumbrarse por vez primera no solamente la crueldad casi insoportable del paisaje que atraviesa la familia rumbo a su hacienda situada en un alto valle de la cordillera, sino también la crueldad del hombre frente a ella.

El hombre enderezó a la mula y siguió la marcha que desde ese momento se hace lenta, insufrible. El lodo. El lodo del páramo donde se sumen las bestias, donde la velocidad se enreda en el fango.

De improviso tienen que hacer alto. La mula delantera olfatea el suelo pantanoso, para las orejas, se irrita sin obedecer a las espuelas que le desgarran; por la piel corren ondas temblorosas como si el miedo le hubiera acariciado la grupa.

(1) Jorge Icaza, *Huasipungo*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1948, p. 128.

—¡Ya se estacó este animal! ¡José, Juan, Andrés!

—Amitú... —responden a coro los indios de emergencia— que vienen a la cola, sin dejarle terminar.

—Tu, José, como el más fuerte, carga a ña Blanquita.

—El Andrés y el Juan, para mí y Lolita, los otros quédense no más a las cargas.

Los tres indios, después de limpiarse en el revés de la manga los rostros escarchados por la neblina del páramo, se preparan para dejarse montar por la pulcritud de los patrones: se sacan los ponchos, se arrollan los anchos calzones de liencillo hasta las ingles, se quitan el sombrero de lana, doblan el poncho en doblez de pañuelo de apache, se dejan morder por el frío que se filtra por los desgarrones de la cotona pingosa y presentan las espaldas para que la familia pase de la mula al indio (2).

Este pasaje, claro está no sólo expone la dificultad sino la abundancia de la materia disponible. Aquí está nuestra introducción a los rigores de la naturaleza andina, el frío penetrante, el lodo, la escarcha, la neblina. Hasta las bestias de carga, las mulas, se niegan a seguir. Sólo los hombres, en este caso los indios, pueden continuar luchando contra obstáculos tan grandes y tan terribles. Cargan a cuestras, como hemos visto, no solamente los equipajes sino a la familia Pereira misma cuando se ha rendido la mula. Tanto los blancos como los indios sufren con el frío: “diluídos en bruma” (3) avanzan mientras tanto los indios que hacen de bestias tienen que resistir al páramo con su “hambre de carne india” (4) y no dejan sentir el “daño que les han hecho las espuelas en las costillas” (5). Al fin llegan todos al pueblo de Tomachi, el de la hacienda de la familia Pereira, “insensibilizados por el frío que les chorrea por el puente de la nariz” (6) y caminando “sin

(2) Ibid., p. 11.

(3) Ibid., p. 13.

(4) Ibid.

(5) Ibid.

(6) Ibid.

pensar en nada". (7) En otras palabras el frío fué tanto que paralizó la capacidad de pensar, de sentir y todo esto a pesar de que ya se había aclarado y se había mejorado la atmósfera y el paisaje se había suavizado. Pero este paisaje aun cuando se aclare no es un paraíso. Nos dice el autor, "el invierno, la montaña y la miseria han hecho de Tomachi un pueblo de lodo, de basura y de acurrumiento; se acurrucan las chozas a lo largo de la única calle lodosa y adornada de basureros, se acurrucan los guaguas a las puertas de las viviendas a jugar con el barro o a masticar el escalofrío del paludismo, se acurrucan las mujeres junto al fogón, tarde y mañana, a preparar la mazamorra de mashca o el loco de chuchipapa, se acurrucan los hombres, de seis a seis, junto al trabajo de la chacra, de la montaña, o se pierden por los caminos con sus mulas llevando carga a los pueblos vecinos". (8).

Y éste es el paisaje de dureza sin relieve en que entra la aristocrática y ya urbanizada familia Pereira con el fin de recuperar su fortuna despilfarrada y evitar en lo posible las consecuencias tristes de las indiscreciones de su única hija. Así es la sede de su casi olvidada hacienda, quemada por el sol del mediodía, helada por el frío de la noche. No es una naturaleza nada blanda, nada bondadosa la que vemos aquí, y que domina insidiosamente el libro y sus personajes, tanto a los de sangre indígena como a los de sangre europea.

Los fríos de los altos valles que ya tenemos señalados hacen sus estragos igualmente en los blancos y en los indios, pero los calores del mediodía son los que hacen sufrir más a los indios, únicos que pueden soportarlo. En breves palabras Icaza nos expone el destino del indio en plena lucha con los elementos:

Si el frío de las mañanas y de las noches no mordiera en los huesos, y si el sol de las doce no levantara ampollas en el pellejo como efervescencia de guarapo, la cosa sería fácil; pero bajo un sol meridiano sólo los indios pueden seguir hundiendo la pica en las sombras de sus cuerpos, vengándose así, la pica del sol que se hunde en las espaldas (9).

(7) Ibid.

(8) Ibid.

(9) Ibid., p. 54.

Estos calores y fríos dificultan el trabajo del indio y le embrute-
cen, pero al fin de cuentas, el mal recae sobre sus hijos de igual mane-
ra quienes por su corta edad y por su poca resistencia sufren todavía
más. He aquí una escena magistralmente dibujada de lo que pasa entre
los niños de la serranía abandonados y solos mientras trabajan sus pa-
dres.

Conforme se van acercando al zanjón, se hace más clara la voz y el llanto
de los guaguas. Los más grandecitos, al notar que se acerca la recua de muje-
res, se apresuran en cumplir la recomendación de la mamá y de taita: "darís al
guagua mazmora cuando shore", y cogiendo cucharadas de una cosa espesa
que hay en una olla de barro tapada con hojas de col, se esfuerzan por hacerles
mamar la cuchara de palo a los tiernos que, echados sobre la hierba, esperan la
vuelta de las madres para que les hagan probar la teta a la cual se la espera,
cuatro, seis, ocho horas, el tiempo que requiere la tarea de hacienda.

La faja de colores vivos, tejida por las mismas indias, les inmoviliza, les
hace pacientes, les aprisiona todas las angustias primeras, les amortigua los có-
licos que producen las mamorras guardadas, los mellocos y las papas frías, y,
les emboisa en secreciones de veinticuatro horas que fermentan y escaldan.

Los que han llegado, a la edad de sentarse, juegan aplastando sus excre-
mentos con las manos como si se tratara del mejor juguete. ¡Es muy divertido
verles hacer una masa de mierda, orines y tierra, para darle forma cubista en el
molde de la mano! Hay constantes revuelos de lágrimas por quitarse los entre-
tenedores.

Abre la exhibición un niño de seis años acurrucado bajo el poncho en ac-
titud de empollar la mejor sorpresa. Pero el ruido de la mula le espanta,
obligándole a levantarse con los calzones en la mano. Queda la señal de
su asiento: una mancha sanguinolenta de disentería. Se refugia entre las hier-
bas, desmoronándose boca abajo para aplastar el dolor que le muerde en las tri-
pas y con el culo sangrante como un botón rojo que mira al cielo (10).

Desne luego Icaza tiene el propósito de predicar aquí contra el
sistema de latifundios grandes que esclavizan a los indios, un objetivo
laudable y quizás necesario; pero, si consideramos con mesura los he-
chos que nos presenta, vemos que a raíz del problema está la natura-
leza hostil y parca. Si no hubiera los grandes latifundios, el indio se
vería sin duda en condiciones algo mejoradas, pero se encontraría

(10) Ibid., p. 24.

igualmente obligado a dedicarse a un trabajo duro y prolongado para arrebatarse lo de cada día de un suelo de escasa productividad y un clima nada favorable. El factor humano no es, pues, el decisivo. Es el terreno lo que limita al indio, aunque el vicioso sistema latifundista no alivia en nada su triste situación. Si no existiera, quedarían aún los fríos repentinos, las inundaciones, las sequías y las heladas que causan las cosechas inseguras. La cosecha de cualquier clase que sea, claro está, es la base de la economía india. Si la cosecha no es adecuada el individuo sufre y su lucha, a lo mejor dura y desigual, resulta improductiva. El resultado es el embrutecimiento que vemos descrito tan hábilmente en la última cita. . . padres que trabajan horas desmesuradas, niños abandonados, mientras tanto a sus sufrimientos de animales brutos, al contagio y a la alimentación intoxicante.

Pero no es exclusivamente su hábil pintura de la naturaleza salvaje e inhospitalaria de la alta serranía lo que hace a Icaza hijo legítimo de Sarmiento, sino también su dibujo igualmente hábil de la desintegración del carácter de su personaje principal. Alfonso Pereira, en contacto íntimo con esa naturaleza salvaje. Es, cuando le vemos por vez primera, hombre de ciudad, caballero de club y de café, un liberal y progresista en la política, bondadoso para con sus amigos y caritativo para con los pobres, en fin, un hombre ni más ni menos humano que los demás. Es, en el fondo, su generosidad la que le lleva al apuro que hace necesaria su mudanza al campo. Se jactaba en la ciudad de no ser tacaño, pero una vez que se encuentra en el campo todo va cambiando. Se presta a tacañerías notables. Ante nuestros ojos le vemos perder lo humano de su carácter hasta tal punto que se convierte en un monstruo. A la misma vida humana le tiene en poco si está en conflicto en lo más mínimo con su voluntad o aún con su conveniencia. Todo esto es producto de una lenta y gradual desintegración moral que acomete a Alfonso Pereira en el campo. En cierto modo las primeras muertes que resultan de su indiferencia son imprevistas. No es posible decir a punto fijo, por ejemplo, que los dos o tres niños indios que mueran mientras sus madres alimentan al niño ilegítimo de su hija, mueren inevitablemente, o que Alfonso Pereira pudo haber previsto semejante desenlace. El asunto del cauce del río, sin embargo, es de otra índole. Aquí Alfonso puede prever las consecuencias

aunque no inevitablemente de no limpiarlo a tiempo; lo probable es una inundación pavorosa que no sólo ha de barrer los huasipungos de la ribera, sino también a los seres humanos que les habitan. Pero, a decir verdad, importaron más a Pereira el aumento en las cosechas y la eliminación de los huasipungos que la vida humana. Si se ahogan unos indios... allá ellos. Cueste lo que cueste, hay que aumentar las cosechas y eliminar los huasipungos. Efectivamente murieron ahogados indios a centenares; el único sentimiento de Alfonso Pereira fué uno de alivio; ya no tenía que limpiar las riberas de tantos huasipungos. La pérdida de vida humana no le importó un comino.

Pero este cinismo llega a su colmo en el episodio de la construcción del camino con el cual Pereira quiere conectar su hacienda y el pueblo de Tomachi con el mundo de fuera. De este camino depende la explotación gananciosa de su hacienda y de sus bosques y Alfonso se empeña en adelantarlos a toda costa. Llegado a un obstáculo en su trayectoria, una ciénaga peligrosa, Alfonso, sobre la protesta de su ingeniero, insiste en seguir adelante lo antes posible. A Alfonso le importa más la pérdida de tiempo que la de la vida humana. “¿Quiere secar el pantano a punta de cadáveres?” (11), le pregunta el ingeniero asombrado. Alfonso, alcanzando la alta cumbre del cinismo, le contesta: “Que se pierdan veinte, que se pierdan treinta, no se ha perdido gran cosa. Pongamos que sean cincuenta, creo que será lo más que se puede perder... Sólo sirven para comer y pedir adelantado. Aquí en confianza le diré a usted que a éstos les compré baranco, me salen a unos dos o tres sures cada indio; en cambio el carretero quiere decir mi porvenir” (12). En toda la literatura mundial hay pocos casos de un cinismo comparable. No hay que decir que el asunto resultó según las predicciones del ingeniero. “A la aldea empezó a llegar carne india por costales” (13).

En esta novela, la ciudad, Quito, conserva su carácter de refugio. Doña Blanca vuelve a ella para sumirse de nuevo en la ronda

(11) Ibid., p. 64.

(12) Ibid., p. 66.

(13) Ibid., p. 67.

eterna de chismes y cañas de la alta sociedad. También es donde Alfonso quiere escaparse lo antes posible, y, por fin, cuando se sublevaron los indios sobre lo de los huasipungos, allí fué donde se escapó efectivamente.

La Vorágine es, en sumo grado, un libro de ambiente. Desde su principio hasta su fin, la naturaleza hace un papel destructor en las vidas de sus personajes principales, Arturo Cova, Alicia, don Clemente Silva, Fidel Franco y la niña Griselda. El lector nunca abriga incertidumbre. Sabe a ciencia cierta que la selva ha de triunfar sobre ellos por más que luchen por escaparse de sus influencias malignas. Quizás ningún otro libro haya captado en tanto grado la calidad maléfica del paisaje tropical, tanto la de la llanura como la del bosque, que impone al hombre una amarga y terrible lucha por sobrevivir. A la vez su belleza salvaje no deja de impresionarnos con fuerza conmovedora. He aquí los amantes Arturo Cova y Alicia, que en su fuga de Bogotá descubren por primera vez el pavoroso esplendor de una mañana en "Casanare", la región llanera de Colombia:

"Y la aurora surgió ante nosotros: sin que advirtiéramos el momento preciso, empezó a flotar sobre los pajonales un vapor sonrosado que ondulaba en la atmósfera como ligera muselina. Las estrellas se adormecieron, y en la lontananza de ópalo, al nivel de la tierra, apareció un celaje de incendio, una pintalada violenta, un coágulo de rubí. Bajo la gloria del alba hendieron el aire los patos chilonés, las garzas morosas como copos flotantes, los loros esmeraldinos de tembloroso vuelo, las guacamayas multicolores. Y de todas partes, del pajonal y del espacio, del estero y de la palmera, nació un hálito jubiloso que era vida, era acento, claridad y palpitación. Mientras tanto, en el arrebol que abría su palio inconmensurable dardó el primer destello solar, y, lentamente, el astro, inmenso como una cúpula, ante el asombro del toro y la fiera, rodó por las llanuras, enrojeciéndose antes de ascender al azul.

Alicia, abrazándome llorosa y enloquecida, repetía esta plegaria: ¡Dios mío, Dios mío! ¡El Sol, el Sol!

Luego nosotros, prosiguiendo la marcha, nos hundimos en la inmensidad" (14).

(14) José Eusracio Rivera, *La Vorágine*, Ediciones Universo, México (sin fecha), p. 14.

¡Cuán sarmientino es el toque final, hundirse en la inmensidad!

En esta inmensidad, solitaria, salvaje que abruma al hombre y le traga como alguna fiera proditoria. ¡Qué débil es el hombre frente a semejante fenómeno amenazador! “El aire caliente fulgía como lámina de metal, y bajo el espejo de la atmósfera, en el ámbito desolado, insinuábase a lo lejos la masa negruzca de un monte. Por momentos se oía la vibración de la luz” (15). El libro trae caudal de pormenores, así poéticos, espantosos en su belleza salvaje que nos hacen entender y sentir de este paisaje maligno que enreda inexplicablemente a los desgraciados cuyas vidas se despliegan ante nuestros ojos. Cada página que volvemos aumenta nuestra impresión original. Tal vez ningún otro autor, excepto Conrad, haya pintado tan hábilmente el horror trepador y la amenaza de la selva tropical.

Por primera vez, en todo su horror, se ensanchó ante mí la selva inhumana. Árboles deformes sufren el cautiverio de las enredaderas advenedizas, que a grandes trechos los ayuntan con las palmeras y se descuelgan en curva elástica, semejantes a redes mal extendidas, que a fuerza de almacenar en años enteros hojarasca, chamizas, frutas, se deforman como un saco de podredumbre, vaciando en la yerba reptiles ciegos, salamandras mohosas, arañas peludas.

Aquí, de noche, voces desconocidas, luces fantasmagóricas, silencios fúnebres. Es la muerte que pasa dando la vida. Oyese el golpe de la fruta que al abatirse hace la promesa de sus semillas: el caer de la hoja, que llena el monte con vago suspiro, ofreciéndose como abono para las raíces del árbol paterno: el chasquido de la mandíbula, que devora con temor de ser devorado; el silbido de alerta, los ayes agónicos, el rumor del regüeldo. Y cuando el alba riega sobre los montes su gloria trágica, se inicia el clamorco sobreviviente: el zumbido de la pava chillona, los retumbos del puerco salvaje, las risas del mono ridículo. ¡Todo por el júbilo breve de vivir unas horas más!

Esta selva sática y virgen procura al ánimo la alucinación del peligro próximo. El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos. En estas soledades, cuando nos habla, sólo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder, los nervios del hombre conviértense en haz de cuerdas, distendidas hacia el

(15) Ibid., p. 15.

asalto, hacia la traición, hacia la asechanza, los sentidos humanos equivocan sus facultades; el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ¡Huyamos, huyamos! (16).

En estas citas vemos dibujados, con fuerza y claridad emocionantes, el terror del paisaje y la actitud del hombre ante él. Vemos y sentimos el presagio de desastre inevitable que domina el libro, dándole movimiento trágico. En la primera, al proseguir la marcha, llanura adentro, Alicia y Arturo experimentan la sensación de hundirse "en la inmensidad". La última termina con el impulso de huir del terror y de la crueldad de la selva tropical. Es la inmensidad que ahoga, es el pavor que consume, el sufrimiento sin término, estos son los sentimientos que despiertan sus ecos por lo largo de la agreste trayectoria del libro. Es la podredumbre, "la muerte que pasa dando la vida"; es la desintegración física y moral, la "mandíbula que devora con temor de ser devorada"; y sobre todo es la inmensidad, la inmensidad, solitaria, vacía, de la llanura, la verde inmensidad de la selva que impone al hombre su terror y le empequeñece reduciéndole al nivel de las bestias, de los reptiles. Esta idea de inmensidad y los sentimientos que inspira en nosotros y en los personajes es la que da forma al libro y lo liga estrechamente con la actitud sarmientina. Según el argentino, fué en su inmensidad que estribó la mayor amenaza de la pampa.

En cuanto a la materia humana de la *Vorágine*, el libro es un estudio detallado de varios tipos de desintegración. Hasta sus personajes menores tipifican una u otra clase de decaimiento moral y espiritual... la madona Zoraída, el Pipa, Aquiles Vácates, llamado el general... todos se encuentran destrozados por la selva. Todos se encuentran menos de lo que eran al principiar su lucha con ella; viven todos como sombras de su ser inicial, aunque vistos superficialmente tienen algún éxito. Madona Zoraída, de joven tenía integridad espiritual que ha sacrificado en las aras de la avaricia; el Pipa, por negar su sangre blanca, sobrevive entre los indios; Aquiles Vácates, una vez un soldado valiente se vé convertido en capataz borracho y brutal. Sólo don Clemente Silva se levanta sobre el pésimo

(16) Ibid, p. 167.

nivel del ambiente destructor de la selva, conservando a duras penas su espiritualidad y fuerza vital; pero su victoria, producto de su fanatismo, es únicamente parcial y sólo sirve para poner en mayor relieve la caída de los demás.

Arturo Cova, el protagonista de la novela, es caso típico de esa desintegración. Mientras lo vemos, no llega a la etapa final del embrutecimiento pero lo vemos en buen camino hacia semejante término. Al salir de Bogotá con su amante, Alicia, era poeta y literato, un poco desencantado, quizás, pero con toda promesa de ser hombre verdaderamente humano, superior; sin embargo, entrado en Casapare, le vemos inmediatamente cambiándose de carácter; vemos surgiendo en él la violencia y la bestialidad. Bajo la influencia nefasta del ambiente bebe hasta elonquecerse; pega en arrebatos de ira a la niña Griselda; tiene celos de Alicia y la maltrata cruelmente; trata de matar por celos a su enemigo Barrera, en la estancia de Zubieta durante un escándalo escuálido; llegando a la selva, se prostituye con la madona Zoraída, engaña a Aquiles Vácates, y por fin, mata a Barrera y al Cayeno. El contraste aquí es patente. El hombre civilizado no bebe hasta el embrutecimiento, no arma escándalos sórdidos, no pega a las mujeres y sobre todo no mata al prójimo por buenos que sean sus motivos. Es la influencia maléfica del ambiente la que convierte a Arturo Cova en animal violento y destruye en él todo sentido moral. El mismo autor se da cuenta de que el ambiente desintegra a los hombres de allá: "animalizados por la floresta" (17), nos dice, y en otra parte generaliza: "Teniendo a la selva por enemigo, no saben a quién combatir, y se arremeten unos a otros y se matan y se sojuzgan en los intervalos de su denuedo contra el bosque" (18). Y otra vez: "la selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos; la crueldad invade las almas como intrincado espino, y la codicia quema como fiebre" (19). Ni siquiera las mujeres de allá escapan de esta influencia aciaga y brutal de la selva: "Ellas casi no han conocido la serena inocencia que la in-

(17) Ibid., p. 182

(18) Ibid., p. 169.

(19) Ibid., p. 126.

fancia respira, no tuvieron otro juguete que el pesado tarro de cargar agua o el harmonito sobre el cuadril. ¡Cuán impuro fué el holocausto de su trágica doncella! Antes de diez años, son compelidas al lecho, como a un suplicio; y descaderadas por sus patronos crecen entecas, taciturnas, hasta que un día sufren el espanto de sentirse madres, sin comprender la maternidad" (20). Y el autor concluye su catálogo con estas palabras proféticas: "La selva se defiende de sus verdugos, y al fin el hombre resulta vencido" (21).

Así es el ambiente de la selva tropical que enreda y destruye a Arturo Cova y a sus amigos. En todas partes anda la muerte, cruel, inexorable, a menudo, repentina; en todas partes la podredumbre, la enfermedad, el calor, la violencia. Por fin, la violencia se convierte en él en costumbre y no vacila en cometerla. En él la violencia interior coincide con la exterior, de la que nos brinda el libro ejemplos numerosos. Viene al caso el incendio de la llanura en el que se destaca la perversidad de su estado emocional.

La calurosa devastación campeaba en los pajonales de ambas orillas, culebreando en los bejuqueros, trepándose a los moriches y reventándolos con retumbos de prolección. Saltaban cohetes llamcantes a grandes trechos, hurtándole combustible a la línea de retaguardia, que tendía hacia atrás sus melenas de numo, ávida de abarcar los límites de la tierra y batir sus gonfalones flamígeros en las nubes. La devoradora falange iba dejando fogatas en los llanos ennegrecidos, sobre cuerpos de animales achicharrados y en toda la curva del horizonte los troncos de las palmeras ardían como cirios enormes.

El traquido de los arbustos, el ululante coro de las sierpes y las fieras, el tropel de los ganados pavóricos, el amargo olor a carnes quemadas, agasajaronme la soberbia; y sentí deleite por todo lo que moría a la zaga de mi ilusión, por ese océano purpúreo que me arrojaba contra la selva, aislándome del mundo que conocí, por el incendio que extendía sus cenizas sobre mis pasos (22).

Aquí vemos la violencia de la destrucción total de la vegetación y los animales de la llanura, pero la vista no estremece de compasión a Arturo Cova. Siente deleite por todo lo que muere, es a la vez una

(20) Ibid., p. 197.

(21) Ibid., p. 126.

(22) Ibid., p. 86.

forma de masoquismo y una falta total de simpatía por el prójimo: "En medio de las llamas empecé a reír como Satanás" nos dice, porque "¡Dios me desamparaba y el amor huía!". La violencia interior de Arturo Cova corresponde a la exterior, la de la naturaleza. De allí estamos sólo a un paso de buscarla con fin de satisfacer la inquietud interior. Arturo Cova se entregó en cuerpo y alma a la venganza. Pero en esta cita aún hay más. Sobresale la frase curiosa, "aislándome del mundo que conocí". El incendio con su ceniza borró los pasos de Arturo Cova, pero a la vez le aisló del mundo que conoció. En otras palabras Arturo Cova ya no puede regresar al mundo civilizado: se halla con el paso atajado. Es de sumo interés que los demás personajes de la *Vorágine* también se encuentran, por uno u otro concepto, aislados del mundo civilizado. Para ellos el refugio ya no existe, excepto en sus ensueños nostálgicos. Para todos existe alguna ciudad luminosa, conservada tiernamente en la memoria, como el asilo que nunca pueden alcanzar. Como dice Ramiro Estébanez: "El que dejó sus lares por conquistar a la fortuna no debe tornar pidiendo limosna" (23).

En Arturo Cova esta nostalgia por la ciudad, por la civilización es particularmente fuerte. Sueña con hacerse rico, primero en Casanare, más tarde en la selva, para realizar en Bogotá antiguos proyectos de familia, proyectos personales: "Mi familia realizando un antiguo proyecto se radicaría en Bogotá: y aunque la severidad de mis padres los indujera a rechazarme, les mandaría a la nodriza con el pequeño los días de fiesta. Al principio se negarían a recibirlo, mas luego, mis hermanas, curiosas, alzándole en los brazos, exclamarían: ¡Es el mismo retrato de Arturo! Y mi mamá bañada en llanto, lo mimaría gozosa, llamando a mi padre para que lo conociera; mas el anciano, inexorable, se retiraría a sus aposentos, trémulo de emoción" (24).

De esta clase son los ensueños de Arturo Cova a quien la ciudad es el refugio anhelado, pero Arturo, como todos los demás, sabe que sus ensueños son ilusorios, evasiones momentáneas de la dura realidad de la selva.

(23) Ibid., p. 232.

(24) Ibid., p. 38.

“Aquel ambiente de pesadilla me enflaquecía el corazón”, nos dice, “y era preciso volver a las tierras civilizadas, al remanero de la molicie, al ensueño y a la quietud” (25). ¡Imposible! Sumido en la plena barbarie de la selva, las tierras civilizadas están más allá de su alcance. Sin valerse directamente de las palabras distintivas de la antítesis “civilización-barbarie”, encontramos en la *Vorágine* todos los elementos de la actitud sarmientina.

En *Doña Bárbara*, sin embargo, encontramos no sólo todos los elementos de la actitud sarmientina sino su misma terminología. La ciudad es la civilización; el campo es la barbarie. Hasta el nombre del antagonista del drama, doña Bárbara, sugiere la idea de barbarie; seguramente su calificación, “devoradora de hombres” (26), que Gallegos aplica igualmente a ella y a la tierra inculta no nos deja en duda alguna. Doña Bárbara simboliza la barbarie, el campo con toda su inmensidad y toda su violencia. Está por añadidura que Gallegos da énfasis a la idea que se puede conquistar a la barbarie y reducirla al orden civilizado; claro que Sarmiento lo creyó posible al escribir *Facundo*. Maestros y educadores, como Gallegos y Sarmiento, adolecen por lo común de la creencia de que todo se rinde ante una sólida teoría educativa. En todo es Gallegos digno hijo de Sarmiento. Las diferencias entre los dos, siempre pequeñas, son al fin de cuentas, más aparentes que reales. En las primeras páginas de *Doña Bárbara* hallamos este comentario sobre la ciudad:

Caracas no era sino un pueblo grande —un poco más grande que aquel destruído por los Luzardos al destruirse entre sí—, con mil puertas espirituales abiertas al asalto de los hombres de presa, algo muy distante todavía de la ciudad ideal, complicada y perfecta como un cerebro, a donde toda excitación va

(25) Ibid. p. 81.

(26) Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, 10a. ed., Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1947. p. 281.

Aquí vemos la fusión de las dos acepciones de la frase: “Ya Lorenzo había sucumbido, víctima de la devoradora de hombres, que no fué quizás tanto doña Bárbara cuanto la tierra implacable, la tierra brava, con su soledad embrutecedora”... etc. Y otra vez: “Luchar contra doña Barbara, criatura y personificación de los tiempos que corrían...” (p. 26). Lo que quiere decir que doña Bárbara escritura y personificación de la barbarie.

a convertirse en idea y de donde toda reacción que parte lleva el sello de la eficacia consciente, y como este ideal sólo parecía realizado en la vieja y civilizada Europa, acarició (Santos Luzardo) el propósito de extirparse definitivamente, en cuanto concluyera sus estudios universitarios (27).

Aquí vemos en esencia el concepto sarmientino con diferencia de que la ciudad ideal ya está en el viejo mundo, una diferencia que no está en conflicto espiritualmente hablando con el concepto del argentino, quien creyó que fué la cultura europea, entrando continuamente por las ciudades de su país que le dió su valor como puntos focales de la civilización. Sin embargo, es precisamente este matiz de diferencia galleguina de la ciudad, refugio europeo, que se destaca en las letras modernas como hemos de ver al estudiar la obra de Gálvez: no obstante, en todo caso es la ciudad la que conserva su carácter de refugio. Pero aparte de esto, vemos en la ciudad primitiva de Gallegos todos los elementos de una cultura al menos rudimentaria, la presencia de universidades y "mil puertas espirituales abiertas al asalto". En una palabra la ciudad para Gallegos representa la civilización por primitiva que sea, un refugio seguro contra la barbarie del campo, personificada en doña Bárbara. No fué una ciudad "complicada y perfecta como un cerebro, a donde toda excitación va a convertirse en idea", concepto que encantó a Horacio Quiroga: pero por lo menos fué lugar capaz de inculcar en Lorenzo Barqueña, el primer civilizado de los Luzardo, y más tarde en su primo, Santos, los elementos de una cultura elevada.

Es, en primer término este Santos Luzardo, el protagonista del libro, el que personifica la cultura urbana en plena lucha contra la barbarie y el salvajismo del campo abierto. "La vida de la ciudad", nos dice de él Gallegos, "y los hábitos intelectuales habían barrido de su espíritu las tendencias hacia la vida libre y bárbara del hato..." (28). Santos, después de varios años de permanencia en Caracas volvió a su hato o hacienda, Altamira, con el fin de venderlo, pero una vista a la belleza salvaje e inculta del campo despertó en él ecos de viejas memorias y se encontró meditando si no sería

(27) Ibid., p. 24.

(28) Ibid.

mejor posponer temporalmente su regreso para luchar "contra la insalubridad que estaba aniquilando la raza llanera, contra la inundación y sequía que se disputan la tierra todo el año, contra el desierto que no deja penetrar la civilización" (29). Por fin, Santos decide lanzarse a esta lucha gigantesca con toda la energía de sus antepasados llaneros, pero "también con los ideales del civilizado, que fué lo que a aquellos les faltó" (30). Por estas citas es muy claro ver, que Gallegos piensa con la terminología sarmientina y que adopta las mismas actitudes espirituales. Vemos surgir a través de ellas la suma crueldad de la naturaleza y sobre todo la resistencia del campo a la civilización. ¡Cuán sarmientina es la calificación del hato vezolano como "una fundación primitiva, asiento de una industria rudimentaria y abrigo de una existencia semibárbara en medio del desierto!" (31). Es Gallegos en quien más han influido directamente las ideas de Sarmiento.

Es en uno de estos hatos primitivos, rodeados de "una vida libre y bárbara" en el que Santos Luzardo emprende la lucha por civilizar la llanura.

Si su barbarie le repugnó al menos su libertad y pavorosa hermosura le encantó y le evocó sentimientos olvidados en Caracas, una actitud que vemos también en Horacio Quiroga, quien vacila entre la admiración por la ciudad ideal y los encantos de la vida libre de la selva, un conflicto espiritual que podemos comprender cuando contemplamos con Santos Luzardo toda la belleza salvaje de la llanura al despertarse.

Avanza el rápido amanecer llanero. Comienza a moverse sobre la sabana la fresca brisa matinal, que huele a mastranto y a ganados. Empieza, a bajar las gallinas de las ramas del rotumo y del merecure; el talisayo insaciable les arrastra el manto de oro del ala ahuecada y una a una las hace esponjarse de amor. Silvan las perdices entre los patos. En el paloapique de la majada una paraulata rompe su trino de plata. Pasan los voraces pericos, en bulliciosas bandadas; más arriba, la algarabía de los bandos de güiriríes, los rojos rosarios de corocoras; más arriba todavía las garzas blancas, serenas y silenciosas. Y bajo la salvaje algarabía de las aves que doran sus alas en la tierna luz del amanecer,

(29) Ibid., p. 26.

(30) Ibid.

sobre la ancha tierra por donde ya se dispersan los rebaños bravíos y galopar las yeguas cerriles saludando al día con el clarín del relincho, palpita con un ritmo amplio y pederoso la vida libre y recia de la llanura. Santos Luzardo contempla el espectáculo desde el corredor de la casa y siente que en lo íntimo de su ser olvidados sentimientos se le ponen al acorde de aquel bárbaro ritmo (32).

Es interesante notar aquí ciertos paralelos entre este amanecer y el descrito por Rivera en la *Vorágine*. Encontramos los mismos animales y las mismas aves, los mismos toques descriptivos de la luz, la brisa matinal, el mismo sentido del movimiento al despertarse la llanura, pero en esta cita faltan la imponente soledad y el repentino espanto profético que nos comunica la de Rivera. Esta diferencia estriba sin duda en la semidomesticación del hato que ablanda en nosotros la impresión de salvajismo desencadenado que Rivera quiere fomentar en sumo grado: aquí vemos, por ejemplo, las gallinas, las vacas, las yeguas y oímos "el clarín del relincho"; por otra parte el salvajismo es idéntico, "la ancha tierra", la "salvaje algarabía", "la vida libre y recia"... todos estos adjetivos se suman a un "bárbaro ritmo" que despierta en Santos Luzardo "olvidados sentimientos". Es característica del protagonista civilizado que no sólo tiene que luchar contra la barbarie de fuera sino la de adentro. Santos Luzardo no es excepción: mientras lucha por sujetar la barbarie llanera al orden civilizado, se ve obligado a pelear reciamente por extirpar su propia barbarie interior. Este conflicto, naturalmente, presta gran interés a su drama.

Son muchos los que como Santos Luzardo han pretendido conquistar la barbarie de la llanura; Gallegos se da cuenta de que casi todos han tenido mal éxito. Surge entre estos escombros humanos la figura de Lorenzo Barquera que los simboliza, el hombre ya acabado por el alcohol y por fin abandonado por aquella "devoradora de hombres", doña Bárbara. Al regresar de Caracas al campo, "el primer civilizado de su familia", Lorenzo llevó consigo la teoría de que todos los llaneros llevaban por dentro un "centauro". Hay que acabar con el centauro porque "el centauro es la barbarie" (33). Pero

(32) Ibid., p. 71

Lorenzo no tuvo las fuerzas necesarias para llevar a cabo su propósito y se rindió a los encantos de la devoradora de hombres, la soledad y monotonía de la vida campestre, un hombre de los de Sarmiento que van "temprano a sus viñas". Con gran amargura, durante uno de sus intervalos lúcidos bastante raros, advierte a Santos Luzardo del peligro de permanecer en el campo.

—¡Matar al centauro! ¡Je! ¡Je! ¡No sea idiota, Santos Luzardo! ¿Crees que eso del centauro es pura retórica? Yo te aseguro que existe. Lo he oído relinchar. Todas las noches pasa por aquí. Y no solamente aquí; allá, en Caracas también. Y más lejos todavía. Dondequiera que esté uno de nosotros, los que llevamos en las venas sangre de Luzardo, oye relinchar al centauro. Y tu también lo has oído y por esto estás aquí. ¿Quién ha dicho que es posible matar al centauro? ¿Yo? Escúpeme la cara, Santos Luzardo. El centauro es una entelequia. Cien años lleva galopando por esta tierra y pasarán otros cien. Yo me creía un civilizado, el primer civilizado de mi familia; pero vastó que me dijeran; "venite a vengar a tu padre", para que apareciera el bárbaro que estaba dentro de mí. Lo mismo te ha pasado a tí; oíste la llamada. Ya te veré caer entre sus brazos y enloquecer por una caricia suya. Y te dará con el pie, y cuando tu le digas: "Estoy dispuesto a casarme contigo", se reirá de tu miseria y...

Se mesó los cabellos. La idea fija, que ya poco antes se deslizara en su discurso, había logrado, por fin, apoderarse de él. Se le desmadejaron los brazos, con hebras de cabellos entre los dedos, y hundiendo la cabeza en el pecho, se quedó murmurando:

—¡La devoradora de hombres! (34).

En este pasaje dramático vemos destacarse el tejido del simbolismo del libro. Salta a la vista que doña Bárbara no sólo es la mujer antagonista que devora a sus víctimas como Lorenzo Barquera, sino la tierra igualmente devoradora de hombres. Lorenzo en su estado débil y degenerado, confunde los dos. No obstante todas las palabras de Lorenzo sobre el centauro y doña Bárbara, símbolos de la barbarie llanera, Santos Luzardo no se deja persuadir de que sea imposible acabar con ella y se lanza a la conquista. El primer paso, según Santos, ha de ser el implantar la costumbre de la cerca, y fiel a su propósito empeiza la faena de separar su hato del de doña Bárbara con alambre de púa. "Por ella", sigue pensando, "empezaría la civilización de la llanura; la cerca sería el derecho contra la acción todo-

(34) Ibid., p. 92.

poterosa de la fuerza, la necesaria limitación del hombre ante los principios" (35). Con la cerca vendrían las leyes, las escuelas, la prosperidad, y, por fin, aquel símbolo por excelencia del progreso humano: el ferrocarril. "Algún día", espera Santos, "será verdad. El progreso penetrará en la llanura y la barbarie retrocederá vencida. Tal vez nosotros alcanzaremos a verlo; pero sangre nuestra palpitará en la emoción de quien lo vea" (36). ¡Cuán sarmientina es la idea de la barbarie que retrocede ante el progreso! Igualmente sarmientina es la concepción de Lorenzo Barquera acabado por el alcohol y la vida monótona del campo.

En los tres libros tratados en este capítulo, *Huasibwago*, *La virgen*, *Doña Bárbara*, hemos visto vislumbrarse las ideas y los sentimientos propios a la antítesis civilización-barbarie, tal como lo expresó Sarmiento. Hemos visto en uno u otro grado la naturaleza salvaje, inculta, inclemente, hostil, en fin, a los mayores esfuerzos del hombre por conquistarla y domarla. Hemos visto a ese hombre desintegrarse moral y físicamente ante sus asaltos y hemos visto a la ciudad destacarse como refugio y abrigo de la civilización. El primero de estos libros es del Ecuador, el segundo de Colombia, y el tercero de Venezuela. Eso sugiere la extensión que ha tenido en Sudamérica el concepto sarmientino en la literatura moderna. Todos estos países tienen paisajes distintos entre sí y diferentes al de la Argentina, en donde se originó el concepto; pero son todos, no obstante, paisajes que tienen un elemento en común, su hostilidad al esfuerzo humano, su inmensidad. Llegan por fin a empequeñecer a su víctima e inculcan en ella la desintegración moral. De esto podemos concluir que se ha ensanchado la actitud sarmientina a medida que corresponden las condiciones geográficas que hacen, por una experiencia de la naturaleza, que se asemejen a las de la Argentina.

(35) Ibid., p. 103

(36)

III: LA NATURALEZA DESTRUCTORA EN LA OBRA DE HORACIO QUIROGA.

Ya hemos visto, a través de *La Vorágine* de José Eustacio Rivera, la naturaleza destructora y hostil, tanto la de la selva tropical, como la de la llanura colombiana. Cuando volvemos con interés y expectación a la tierra de Sarmiento, encontramos que perdura todavía en su literatura el mismo concepto de la naturaleza en relación con la vida urbana que existió hacia mediados del siglo pasado cuando el argentino por primera vez precisó sus ideas. Eso no es de admirar. La naturaleza de la pampa y la selva semi-tropical no ha cambiado en nada; sin embargo la relación del hombre con su ambiente sí ha cambiado. La inmigración europea, fomentada por Sarmiento y otros presidentes de las repúblicas vecinas y el crecimiento normal de la población han alejado en cierto grado el elemento de la soledad; pese a eso la naturaleza en sí queda lo mismo. Como es de esperar, al leer con atención la obra de Horacio Quiroga y sus contemporáneos, vemos surgir ante nuestros ojos una pintura poderosa de la natura destructora y hostil, que se parece a la que ya hemos visto a través de las páginas magistrales de José Eustacio Rivera.

Pero ahora percibimos una diferencia de énfasis. Por una parte la soledad no impera tanto en la obra. No encontramos nada de frases del tipo de "la verde soledad" o "la inmensidad" que se repiten con fuerza montóna en la "*Vorágine*". Tampoco encontramos "la soledad, el despoblado sin una habitación humana" (1) de Sarmiento, ni su "inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmen-

(1) *Op. cit.*, *Facundo*, p. 19.

sos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiendo con la tierra". Horacio Quiroga pinta su paisaje con un pincel un poco más suave que el de Rivera o Sarmiento, resultado quizás del alejamiento de la soledad. Los hombres de Quiroga luchan con la naturaleza y son derrotados a menudo por ella; pero luchan no obstante, en compañía de otros o por lo menos con vecinos cercanos. Por otra parte el paisaje de Quiroga es en general semi tropical y por eso menos destructor que la plena selva de Rivera y menos abrumadora que la llanura de Sarmiento: en síntesis que Quiroga queda suspendido entre dos actitudes contradictorias: amar y admirar a su barbarie o condenarla. Rivera, al contrario, nunca está en dudas. Por bellos que sean ciertos aspectos de la barbarie tropical, conserva siempre su hostilidad hacia los esfuerzos del hombre que lucha con ella sin otro término posible que el embrutecimiento y la muerte.

Cabe decir que otro paralelo curioso existe entre la obra de Quiroga y la de Rivera. En las dos, la ciudad es siempre un lugar lejano, una escapatoria imprecisa, un refugio soñado y distante. Es verdad que Quiroga en su novela, *Historia de un amor turbio*, se vale como fondo de las ciudades París y Buenos Aires; pero las dos resultan abstractas y vagas, meros lugares en donde transcurren los sucesos de la historia. No surgen en Buenos Aires o la París que vemos, por ejemplo a través de las obras de Manuel Gálvez o Eduardo Mallea, bulliciosas, vívidas, llenas de gracia o fuerza creadora; ni la Buenos Aires histórica que vemos en la *Amalia*, de Mármol. A Quiroga la ciudad no le inspira ni los sentimientos, ni la poesía de la selva de Misiones. En efecto, todos sus ensayos de una literatura propiamente urbana resultan estériles y la ciudad permanece como un escenario impersonal.

No obstante, tiene Quiroga actitudes por lo menos negativas hacia la ciudad como abstracción. Es sobre todo, un refugio en la tradición sarmentina. La misma Misiones por ejemplo, con sus bares y boliches, sus escuelas y oficinas gubernamentales es el refugio por excelencia de los habitantes del campo cercano. Allí se congregan en la tarde para beber y hablar. Allí viven y algunas veces mueren los ex-hombres de sus cuentos cortos como Rivet, el químico y el doctor Else. Allí acudía de noche Juan Brown. En general a Buenos Aires o

Montevideo van individuos derrotados por la selva, como el americano Múter en *Gloria tropical* o Rienzi en *Los fabricantes de carbón*. En su larga novela de la selva, *Pasado Amor*, vemos al héroe, Morán, retirándose a Buenos Aires después de un contratiempo amoroso. La ciudad, pues, en Horacio Quiroga asume el carácter de un refugio nebuloso, al cual los afortunados acuden después de una mala andanza por la selva. Los demás o sobreviven sus dificultades o mueren allí como Subercasaux en *El desierto*.

Pese a todo Quiroga no entretiene siempre nociones halagüeñas de la civilización de la ciudad. Por ejemplo, Rohan, héroe de *Historia de un amor turbio*, observa de un viejo compañero a quien encuentra por casualidad en las calles de Buenos Aires: "Y a pesar de todo era un buen muchacho quien le hablaba, lo que hacía pensar de nuevo a Rohan de la dosis de corrupción civilizadora que se necesita para convertir en ese imbécil escéptico a un honrado muchacho" (2). Y de nuevo en *Tacuara-Mansción* nos dice de los hombres de Misiones: "Se comprende que no son tímidos gatitos de la civilización los tipos que del primer chapuzón o en el reflujo final de sus vidas han ido a encallar allí" (3). Quiroga habla a menudo de la civilización como factor debilitante en el carácter de los hombres que se lanzan a la selva. No obstante es capaz de hablar a veces de la ciudad en casi las mismas palabras de Gallegos y Sarmiento.

En su fábula *El león* nos dice:

Había una vez en una ciudad, levantada en pleno desierto, donde todo el mundo era feliz. La ciencia, la industria y las artes habían culminado al servicio de aquella ciudad maravillosa que realizaba el ideal de los hombres. Gozábese allí de todos los refinamientos del progreso humano, pues aquella ciudad encarnaba la civilización misma. (4).

(2) Horacio Quiroga, *Historia de un amor turbio*. 3a. ed., Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias, Buenos Aires, 1936. p. 9.

(3) Horacio Quiroga. *Los desterrados*, Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias, Buenos Aires, 1926, p. 85.

(4) Horacio Quiroga, *El desierto*, 2a. ed., Biblioteca de Buenas Ediciones Literarias, (sin fecha), p. 147.

El desierto les pertenecía. En balde, y desde tiempo inmemorial, los habitantes de la ciudad habían tratado de reducir a los leones. Entre la capital de la civilización y las demás ciudades que pugnaban por alcanzar ésta se interponía el desierto y su bárbara libertad. Idéntico ardor animaba a ambos enemigos en la lucha; la misma pasión que ponían los hombres en crear aquella gozosa vida sin esfuerzos, alimentaba en los leones su salvaje violencia. No había fuerza, ni trampa, ni engaño que no hubieran ensayado los hombres para sojuzgarlos; los leones resistían y continuaban cruzando el horizonte a saltos.

Tales eran los seres que desde tiempo inmemorial obstaculizaban el avance de la civilización. (5)

Pero los habitantes no eran del todo felices. Vivían rodeados de un desierto infestado de leones:

Estamos en presencia aquí de unas comparaciones interesantes que nos llaman la atención. Es curioso que Quiroga en la primera cita se expresa casi con las mismas palabras que Rómulo Gallegos, cuya "ciudad ideal, complicada y perfecta como un cerebro", ya hemos visto en el capítulo anterior. La de Quiroga es la "ciudad maravillosa que realizaba el ideal de los hombres". La única diferencia es que Gallegos da más énfasis al lado intelectual de la función de su ideal que lo hace Quiroga quien sigue en los pasos de Sarmiento, cuya ciudad también tuvo "todos los refinamientos del progreso humano" y "encarnaba la civilización misma". Tampoco deja de mencionar Sarmiento el papel de "la ciencia, la industria y las artes" en la vida urbana. Pero aún hay más. Al describir la colocación de la ciudad encontramos que como la de Sarmiento está "levantada en pleno desierto" cuya barbarie, simbolizada por los leones, la amenaza. "El desierto las circunda", nos dice el argentino de sus ciudades, "las cerca y las oprime", y sobre todo, "la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de la civilización enclavados en un llano inculto". Así, en efecto, es la ciudad imaginaria de Quiroga, sigue el modelo de la ciudad real de Sarmiento. Es interesante en sumo grado que esta ciudad es "la capital de la civilización" y que entre ella y "las demás ciudades que pugnaban por alcanzar ésta se interponía el desierto".

Sarmiento expone esencialmente el mismo concepto: "La ciudad"

(5) *Ibid.*, p. 145.

dad capital de las provincias pastoras, existe algunas veces ella sola sin ciudades menores", y en otra parte añade, "Buenos Aires y Córdoba son los que mayor número de villas han podido echar sobre la campaña como otros tantos focos de civilización". En los dos casos es la idea de una ciudad capital rodeada de ciudades menores la que nos importa, pero no es de menos importancia que los leones simbólicos de Quiroga son los que "desde tiempo inmemorial obstaculizaban el avance de la civilización" y que los habitantes de la ciudad "habían tratado" de reducirles sin éxito. Sarmiento nos dice que "los progreso de la civilización se acumulan sólo en Buenos Aires: la pampa es un malísimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias" (6), otra manera de decir lo mismo. La barbarie resiste el avance de la civilización, su enemiga mortal, y le opone "salvaje violencia". En las palabras de Sarmiento, "la barbarie y la violencia bajaron a Buenos Aires, más allá del nivel de las provincias" (7). En la misma actitud encarnada en palabras un poco diferentes: pero lo que no es sarmientino es la admiración que abriga Quiroga por sus leones y su desierto con su "bárbara libertad", una actitud que vemos vislumbrarse en Gallegos quien no fué indiferente a los encantos de la "vida libre y bárbara" de las llanuras venezolanas.

Sin embargo, Quiroga lleva el asunto más allá de Gallegos cuyas opiniones nunca dejan de conformarse a las de Sarmiento en lo esencial. Su admiración por la barbarie es, a veces franca y abierta. Los de la ciudad logran seducir y civilizar superficialmente a uno de sus leones, pero al nacer sus cachorros el padre ya viejo les devuelve al desierto, quedando largas horas en silencio, mirando hacia lo lejos... "lo que ya no podía ver. Volvióse luego, pues sentía hambre: apetito de platos bien aderezados, en un restaurante de la civilización. Tal era, y no podía ser más otra cosa. Pero no importa. Allá iban sus hijos liberados, las salvajes fieras de garras y colmillos agudísimos, ya prevenidas desde el nacer: los cachorros redentores, suprema esperanza de los leones vencidos" (8).

(6) *Op. cit., Facundo*, p. 22.

(7) *Ibid.*, p. 21.

(8) *Op. Cit., El desierto*, p. 153.

Son pues, "los cachorros redentores", las "salvajes fieras de garras y colmillos agudísimos" los que han de reestablecer la libertad perdida del hombre que la civilización encierra y enfrena, idea poco sarmientina que ligada con otras frases como "corrupción civilizadora" y "tímidos gatitos de la civilización" traicionan en Quiroga sus dudas del valor de la civilización.

En efecto pone claramente en dudas hasta la humanidad del hombre civilizado cuya capa de cultura sólo cubre imperfectamente su salvajismo y violencia inherentes, una violencia más atroz que la de las fieras del bosque. En una fábula encantadora, Quiroga expone sin obstáculos esta idea. Juan Darién, quien es en realidad el cachorro de un tigre salvado por una madre humana que ha perdido su propio hijo es el protagonista del cuento emocionante. Esta madre "en el resto de la noche, al oír los gemidos de hambre del cachorrito, y al ver cómo buscaba su seno con los ojos cerrados, sintió en su corazón herido que, ante la suprema ley del Universo, una vida equivale a otra vida... Y dió de mamar al tigrecito" (9). Un hombre al pasar la casa siente el animal odiado y trata de entrar con el fin de matarlo. La madre se asusta, temiendo la muerte de su hijo adoptado; sin embargo, una vieja serpiente aparece y habla así:

—Nada temas, mujer —le dijo—. Tu corazón de madre ha permitido salvar una vida del Universo, donde todas las vidas tienen el mismo valor. Pero los hombres no te comprenderán, y querrán matar a tu nuevo hijo. Nada temas, ve tranquila. Desde este momento tu hijo tiene forma humana; nunca lo reconocerán. Forma su corazón, enséñale a ser bueno como tú, y él no sabrá jamás que no es hombre. A menos... a menos que una madre de entre los hombres lo acuse; a menos que una madre no le exija que devuelva con su sangre lo que tu has dado por él. (10).

Aquí vemos con anticipación el desenlace del cuento. Juan Darién, pese a su forma humana no es querido por el pueblo cuyas gentes "no gustan de los muchachos demasiado generosos y que estudian con toda el alma" (11).

(9) Ibid., p. 171.

(10) Ibid., p. 172.

(11) Ibid., p. 174.

Por fin, al morir la madre, el maestro de escuela del pueblo, llega a sospechar que Juan es, en efecto, un tigre en forma humana y empieza su persecución.

Es preciso matar a Juan Darién. Es una fiera del bosque, posiblemente un tigre. Debemos matarlo, porque si no, él, tarde o temprano, nos matará a todos. Hasta ahora su maldad de fiera no ha despertado: pero explotará un día u otro, y entonces devorará a todos. Debemos, pues, matarlo. La dificultad está en que no podemos hacerlo mientras tenga forma humana, porque no podremos probar ante todos que es un tigre. (12).

Así habla el hombre más civilizado del pueblo. Es significativo que el maestro de escuela sea el líder en la persecución del inocente Juan Darién. Por fin las gentes, exaltadas le someten a torturas atroces para hacerle cambiar de forma, y, teniendo éxito, le dejan por muerto: sin embargo Juan, moralmente superior a los demás, sólo ha cambiado de forma, y, al volverse en sí, organiza a los tigres para tomar venganza al pueblo que nunca le mostró clemencia ni siquiera en su agonía. El cuento termina con esta nota aciaga:

El viento cálido les trajo en ese momento, desde el fondo de la noche, el estampido de un tiro.

—Es en la selva —dijo el tigre—. Son los hombres. Están cazando, matando, degollando.

Volviéndose entonces hacia el pueblo que iluminaba el reflejo de la selva encendida, exclamó:

—¡Raza sin redención! ¡Ahora me toca a mí! (13).

En una palabra Horacio Quiroga cree que los animales del bosque superan al hombre civilizado, cuya barbarie esencial se esconde bajo una capa de cultura superficial. Somos una raza sin redención que se verá obligada a rendirse ante la superioridad moral de las fieras, una idea poco sarmientina. Es significativo que ni el maestro de escuela, símbolo de la clase más civilizada de la sociedad escapó de la barbarie lo suficientemente para amparar al inocente Juan Darién.

(12) Ibid., p. 178.

(13) Ibid., p. 189.

Al contrario se convirtió en su persecutor, principal y sublevó al gentío en su contra. Esta idea no sería importante si quedara aislada, pero no lo es. Aparece repetidas veces en los cuentos. Siempre la violencia y el salvajismo de los hombres son más atroces que los de los animales. Sin embargo, lo que nos importa aquí es la tendencia de Quiroga de pensar dentro del marco de la antítesis sarauientina. En su mente, como en la de Sarmiento, la civilización se opone a la barbarie. Importa poco que Quiroga ponga en duda el valor final de la civilización y que le encante sobremanera la barbarie.

Creo los cuentos de Horacio Quiroga en cuatro grupos principales: las fábulas del tipo de *León y Juan Darién*; los cuentos de animales a la manera de Kipling, como *Anaconda*; los de la selva como *El desierto*; y por último, los de la ciudad. De los cuatro los de la ciudad son menos simpáticos y originales. La ciudad nunca entusiasma a Quiroga, nunca le despierta sentimientos. Por eso sus cuentos de ambiente urbano son puras fantasías algo pálidas y forzadas. Por lo contrario los de los animales que se parecen a las fábulas son vívidos y fuertes. Hemos calificado este grupo con la frase "a la manera de Kipling". En verdad, estos cuentos están muy apartados de los de Kipling. Los animales hablan y viven en la selva, pero no son idealizaciones de seres humanos como los del "*Jungle Book*", cuyo elefante es filósofo, cuyo tigre carece de garras y cuya loba da de mamar a un niño. Los animales de Kipling, como es inevitable odian al hombre y le tienen miedo, pero el asunto no llega más allá. Los de Quiroga, principalmente víboras, están en lucha encarnizada con el enemigo. En general, van perdiendo y la muerte repentina es su destino; algunas veces son derrotados y mueren en masa como en *Anaconda*; otras veces mueren solos de un balazo o machetazo como en *El regreso de Anaconda*; pero nunca hay duda de que estén en guerra de matar o ser matados. Sus vidas corren en asechanza continua; rodeados de peligro se sobresaltan de momento en momento: sufren profundamente en consecuencia de las inundaciones y sequías del bosque, cuyos estragos nefastos se hacen sentir en la vida cotidiana; pero sobre todo, son los hombres los que les inspiran mayor miedo. Sólo con suerte pueden atacar a su enemigo con éxito:

El peón, al sentir su pie descaizo quemado por los dientes de la yarará lanzó una exclamación y se agitó. No mucho; pero lo suficiente para que el cuerpo colgante de la cobra real oscilara y alcanzase a la pata de la mesa, donde se arrojó velozmente. Y con ese punto de apoyo, arrancó su cabeza de entre las manos del peón y fué a clavar hasta la raíz los colmillos en la muñeca izquierda del hombre de lentes ahumados —justamente en la vena. (14).

Esta vez la casualidad favorece a las víboras y se escapan, dejando atrás la muerte.

Allá, de la muñeca del hombre pendían dos negros hilos de sangre pegajosa. La inyección de una hamadriás en una vena es cosa demasiado seria para que un mortal pueda resistirla largo rato con los ojos abiertos —y los del herido se cerraban para siempre a los cuatro minutos. (15).

—¡Se acabó! ¡Y esta vez definitivamente!—murmuró Nacainá, despidiéndose con esas seis palabras de una vida bastante feliz, cuyo sacrificio acababa de decidir. Y con un violento empuje se lanzó al encuentro del perro, que, suelto con la boca blanca de espuma, llegaba sobre ellas. El animal esquivó el golpe y cayó furioso sobre Terrífica, que hundió los colmillos en el hocico del perro. Daboy agitó furiosamente la cabeza, sacudiendo en el aire a la cascabel; pero ésta no soltaba.

Neuwied aprovechó el instante para hundir los colmillos en el vientre del animal; más también en ese momento llegaban sobre ellas los hombres. En un segundo Terrífica y Neuwied cayeron muertos, con los riñones quebrados.

Urutú Derado fué partido en dos, y lo mismo Cipo. Lanciolada logró hacer presa en la lengua del perro; pero dos segundos después caía tronchada en tres pedazos por el doble de vara, al lado de Esculapia.

El combate, o más bien exterminio, continuaba furioso, entre silbidos y roncós ladridos de Daboy, que estaba en todas partes. Cayeron una tras otra, sin perdón —que tampoco pedían—, con el cráneo triturado entre las mandíbulas del perro o aplastadas por los hombres. Fueron quedando masacradas frente a la caverna de su último Congreso. Y de las últimas, cayeron Cruzada y Nacamíná.

No quedaba una ya. (16).

Pero más a menudo es el exterminio total que espera a las víboras:

Es curioso que esta carnicería no despertó en los hombres que la

(14) Horacio Quiroga, *Anaconda*, 2a. ed., Biblioteca de Buenas Ediciones Literarias, Buenos Aires, (sin fecha), p. 32.

(15) *Ibid.*

(16) *Ibid.*, p. 53.

fomentaron ningún sentimiento visible. De ellos Quiroga nos dice, que “se sentaron, mirando aquella total masacre de las especies, triunfante un día” (17). Significativo es que este sentimiento es del autor, los hombres ni piensan ni sienten —sólo miran el resultado de su trabajo lúgubre. Es Quiroga quien cree que las víboras han de triunfar— otra instancia de su convicción de que la barbarie de los hombres es peor en esencia que la de las bestias. Ya hemos visto en *Juan Darién* su exclamación mordaz... “¡Raza sin redención!” En el mismo cuento nos dice: “Hombre y Devastación son sinónimos desde tiempo inmemorial en el pueblo entero de los animales. Para las víboras en particular, el desastre se personificaba en dos horrores: el machete escudriñando, revolviendo el vientre mismo de la selva, y el fuego, aniquilando el bosque en seguida, y con él los recónditos cubiles” (18). El asunto, desde luego, no se limita a la destrucción de las víboras, sino se extiende en igual grado a toda la vida animal y vegetal de la floresta. El hombre es un destructor sin conciencia y muy a menudo sus estragos son sin propósito. José Eustasio Rivera, aquel hermano espiritual de Quiroga le ha calificado con palabras parecidas: “El hombre civilizado es paladín de la destrucción” (19).

El animal destruye siempre con el fin determinado, de defenderse, de conseguir sus alimentos; pero la destrucción en el hombre es una especie de lujuria: destruye para satisfacer el nefasto dictado de su torcida perversidad que procede en primer término de su “corrupción civilizada”. En los conceptos fundamentales Quiroga y Rivera, nunca se apartan gran cosa; se formaron en la misma dura escuela de la observación de una naturaleza inclemente, impersonal y nada bondadosa. Eso les prestó la capacidad de ver al hombre con ojos críticos y calificarle según sus méritos. El europeo, en cambio, puede conservar sus ilusiones: su naturaleza nunca le sujeta a una prueba tan dura como la de la desnuda selva sudamericana que pronto revela en el hombre su salvajismo básico y la lujuria de pervertido espíritu destructor. Si en el análisis final la floresta derrota al hom-

(17) *Ibid.*, p. 54.

(18) *Ibid.*, p. 7.

(19) *Op. cit.*, *La Vorágine*, p. 168.

bre es por el conjunto de sus recursos inagotables y no por uno solo de sus factores. La floresta es demasiado vasta y sus antagonistas son demasiado pocos.

Sin embargo, por pocas veces que sean, el animal de cuando en cuando puede derrotar al hombre y destruir su obra. Quiroga en uno de sus cuentos nos describe en detalle el caso del peón, Fragoso, cuyo porvenir y el de sus cuatro perros depende de una buena cosecha de maíz. Fragoso quemó y sembró media hectárea de pajonal y contento con su trabajo se puso a esperar con toda paciencia el fruto de su labranza.

Lo vió nacer, lo vió crecer magníficamente hasta cinco centímetros. Pero nada más.

En el tacupí bajo él y alimentándose acaso de sus brotes, viven infinidad de roedores. Cuando aquel se seca, sus huéspedes se desbandan y el hambre los lleva forzosamente a las plantaciones. De este modo los tres perros de Fragoso, que salían una noche, volvieron enseguida restregándose el hocico mordido. Fragoso mató esa misma noche cuatro ratas que asaltaban su lata de grasa.

Yaguai no estaba allí. Pero a la noche siguiente él y sus compañeros se internaban en el monte (aunque el foxterrier no corría tras el rastro, sabía perfectamente desenterrar tutus y hallar nidos de urues), cuando Yaguai se sorprendió del rodeo que efectuaban sus compañeros para no cruzar el rozado. Yaguai avanzó por él, no obstante; y un momento después lo mordían en la pata, mientras rápidas sombras corrían todos lados.

Yaguai vió lo que era; e instantáneamente, en plena barbarie de bosque tropical y miseria, surgieron los ojos brillantes, el rabo alto y duro, y la actitud batalladora del admirable perro inglés. Hambre, humillación, vicios adquiridos, todo se borró en un segundo ante las ratas que salían de todas partes. Y cuando volvió por fin a echarse en el rancho, ensangrentado, muerto de fatiga, tuvo que saltar tras las ratas hambrientas que invadían literalmente la casa. (20).

En este caso triunfaron las ratas, pero es un caso especial que ocurre muy de cuando en cuando en los cuentos de Quiroga. El móvil de las ratas fué el hambre y el propósito de la destrucción de la milpa de Fragoso, fué la satisfacción de sus estómagos que les habla-

(20) Horacio Quiroga, *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, Biblioteca de Buenas Ediciones Literarias, Buenos Aires, (sin fecha), p. 135.

ron a gritos. El hombre, en contraste, destruye a menudo sin propósito. Cualquiera puede poner por ejemplo al cazador quien ha matado cien patos silvestres cuando sólo puede comerse dos o tres. El animal nunca hace esto. Su destrucción nunca pasa más allá de la necesidad del momento. A la larga, son, tal vez, los animales inofensivos como los roedores y los insectos los que están más capacitados para derrotar al hombre. La víbora y el tigre con sus acometidas repentinas y momentáneas son capaces de privar al hombre de la vida, pero nunca ponen en peligro verdadero su obra. Son meramente factores en el cuadro total de las dificultades que le presentan una naturaleza inhospitalaria. No es de admirar que Quiroga se inclina a favorecer a los animales silvestres. Esta actitud procede de su observación y su crítica y rigurosa objetividad. Por los límites de sus instintos los animales superan moralmente al hombre con toda su civilización urbana.

Por otra parte, sin embargo, el ambiente en que se encuentran esos animales no es más blando para ellos que para los hombres. No se encuentra en la obra de Quiroga, nada de los mansos bosques de tarjeta postal que adornan como escenario la de Kipling. La vida allá es vida de colmillo y garra sin tregua, de sangre y sufrimiento y de muerte pavorosa. Allá los animales padecen indefensos y mueren sin socorro. De día en día tienen que resistir o rendirse los unos a los otros y sobre todo, a las fuerzas destructoras y gigantescas de la naturaleza que los oprimen con sus cercas de hierro candente. Aunque pueden aguantar estos rasgos crueles, a veces horribles, de su ambiente, mejor que los hombres, no obstante, les hacen sus estragos y cuando menos sufren en sumo grado.

Eran las diez de la noche y hacía un calor sofocante. El tiempo cargado pesaba sobre la selva, sin un soplo de viento. El cielo de carbón se entreabría de vez en cuando en sordos relámpagos de un extremo a otro del horizonte; pero el chubasco silbante del sur estaba aun lejos. (21).

Y otra vez:

(21) Op. cit., *Anaconda*, p. 5.

El día avanzaba igual a los precedentes de todo ese mes; seco, limpio, con catorce horas de sol calcinante, que parecía mantener el cielo en fusión y que en un instante resquebraba la tierra mojada en costras blanquecinas. . . . Entre tanto el calor crecía. En el paisaje silencioso y encogeciente de sol el aire vibraba a todos lados, dañando la vista. (22).

Entonces tenemos las sequías que hacen insoportable a veces la vida tropical:

Desde dos meses atrás no tornaba la lluvia sobre las polvorientas hojas. El rocío mismo, vida y consuelo de la flora abrasada, había desaparecido. Noche a noche, de un crepúsculo a otro, el país continuaba desecándose como si todo él fuera un horno. De lo que había sido cauce de umbríos arroyos sólo quedaban piedras lisas y quemantes; y los esteros densísimos de agua negra y camalotes, hallábanse convertidos en páramos de arcilla surcada de rastros durísimos que entrecubría una red de filamentos deshilachados como estopa, y que era cuanto quedaba de la gran flora acuática. A toda la vera del bosque, los cactus, enhiestos como candelabros aparecían ahora doblados a tierra, con sus brazos caídos hacia la extrema sequedad del suelo, tan duro que resonaba al menor choque. (23).

Pero si los animales sufren en las sequías y calores de su selva, allá también pierden la vida a veces en las inundaciones frecuentes:

Nadie ignora todo lo que arrastra, a flor de agua o semisumergido, una gran crecida. Ya varias veces habían pasado a la vista de Anaconda, ahogados allá en el extremo Norte, animales desconocidos de ella misma, y, que se hundían poco a poco bajo un aleteante picoteo de cuervos. Había visto a los caracoles trepando a centenares a las altas ramas columpiadas por la corriente y a los años rompiéndolos a picotazos. Y al esplendor de la luna, había asistido al desfile de los carambatas remontando el río con la aleta dorsal a flor de agua, para hundirse todos de pronto con una sacudida de cañonazo. (24).

Y otra vez:

Ahora bien: en una creciente del Alto Paraná se encuentran muchas cosas antes de llegar a la vida elegida. Árboles enteros, desde luego, arrancados de cuajo y con las raíces negras en el aire, como pulpos. Vacas y mulas muertas, en compañía de buen lote de animales salvajes ahogados, fusilados o con una flecha plantada aún en el vientre. Altos conos de hornaigas amontonadas sobre un rai-

(22) Op. cit., *Cuentos de amor*.

(23) Horacio Quiroga, *Cuentos escogidos*, Aguilar, Madrid, 1950., p. 466.

(24) Op. cit., *Los desterrados*, p. 27.

gón. Algún tigre, tal vez; camalotes y espuma a discreción—sin contar, claro está, las víboras. (25).

Y de nuevo:

Diez noches y diez días continuos el diluvio cernióse sobre la selva flotando en vapores; y lo que fuera páramo de insoportable luz, tendíase ahora hasta el horizonte en sedante napa líquida. La flora acuática rebrotaba en planísimas bolsas verdes que a simple vista se veía dilatar sobre el agua, hasta lograr contacto con sus hermanas. (26).

Y por último:

Había llegado la hora. Ante los ojos de Anaconda, la zona al asalto desfiló. Victorias nacidas ayer, y viejos cocodrilos rojizos; hormigas y trigres; camalotes y víboras; espumas, tortugas y fiebres, y el mismo clima diluviano que descargaba otra vez, —la selva pasó, aclamando al boa, hacia el abismo de las grandes crecidas. (27).

Todo esto no es, claro está, el ambiente de un cuento de hadas. Es otra versión más mesurada de “la muerte que pasa dando la vida”, de “la mandíbula que devora con miedo de ser devorada”. En este ambiente de grandes cataclismos metereológicos los animales a la par que las plantas sufren las torturas de los condenados. Por muchos conceptos es una especie de infierno en miniatura, un infierno de sequías y aguas torrenciales, de calores insoportables capaces de acabar con la vida en unas cuantas horas y a veces en unos cuantos segundos. Los sobrevivientes son los fuertes o los afortunados. Una especie sobrevive sólo a fuerza de su fecundidad, una ventaja negada al hombre cuya flexibilidad y cuya inteligencia son sus únicas armas efectivas. Hasta la podredumbre de aquel ambiente ayuda a veces con su calor la propagación de nueva vida y siempre la fertiliza: “al fecundo calor de su descomposición (hombre muerto) póstumo

(25) Op. cit., *Cuentos de amor*, p. 148.

(26) Op. cit., *Los desterrados*, p. 21

(27) *Ibid.*, p. 23

tributo de agradecimiento, que quizá la selva hubiera comprendido —Amconda comenzó a poner sus huevos” (28).

La impersonalidad, terrible y a la vez austera de este comentario sencillo es una de las notas más persistentes en la obra de Horacio Quiroga. Hay horror en sus cuentos, pero es impersonal y objetivo: la selva de Rivera, en cambio, nos trae un horror intenso y en sumo grado personal, casi íntimo; tiene toda la fuerza subjetiva de una atroz pesadilla. He aquí dos párrafos que ilustran aquella diferencia importante:

Tengo trescientos troncos en mis estradas y en martirizarlos gasto nueve días. Les he limpiado los bejuqueros y hacia cada uno desbrocé un camino. Al recorrer la taimada tropa de vegetales para deribar a los que no lloran, suelo sorprender a los castradores robándose la goma ajena. Reñimos a mordiscos y a machetazos, y la leche disputada se salpica de gotas enrojecidas. Más ¿qué importa que nuestras venas aumenten la savia del vegetal? ¡El capataz exige diez litros diarios y el fuate es usurero que nunca perdona!

¿Y qué mucho que mi vecino, el que trabaja en la vega próxima muera de fiebre? Ya lo veo tendido en las hojarasca, sacudiéndose los moscones, que no le dejan agonizar. Mañana tendré que irme de estos lugares, derrotado por la hediondez; pero robaré la goma que haya extraído y mi trabajo será menor. Otro tanto harán conmigo cuando muera. ¡Yo, que no he robado para mis padres, robaré cuanto pueda para mis verdugos! (29).

Salta inmediatamente aquí la subjetividad de Rivera. En primer lugar don Clemente Silva no se limita meramente a cortar surcos en sus árboles para cobrar su leche... les “martiriza”; por añadidura no son meramente árboles sino una “taimada tropa” y para explotar esa tropa se ve obligado a derribar “a los que no lloran”, a saber, a los que no dan goma. Por otra parte, sus compañeros de trabajo no son caucheros a secas sino “castradores”, la sangre de cuyas venas durante la riña aumente “la savia vegetal”. Hasta el fuate del capataz se personifica: es “usurero que nunca perdona”. Por fin, cuando ocurre la muerte de su rival de la “vega próxima”, su relación con la muerte por indiferente que parezca, no deja de ser perso-

(28) Ibid., p. 40.

(29) Op. cit., *La Vorágine*, p. 162.

nal. Ve al hombre morir, "sacudiéndose los moscones, que no le dejan agonizar", notando en el acto estos detalles y pensando en la "hediondez" que el día siguiente tendrá que soportar y en que su propia muerte será así. Su sentimiento dominante, sin embargo, es que puede sacar utilidad de la muerte, al menos por un día. Esa no es simpatía, claro está; pero la relación no obstante es en sumo grado personal; hasta la alta cumbre de su reflexión filosófica es personal: "¡Yo, que no he robado para mis padres, robaré cuanto pueda para mis verdugos". Todo aquí es personal y subjetivo; aún los objetos impersonales, árboles, el fuste reciben un bautismo bajo la pluma de Rivera que los convierte en seres vivos capaces de una relación personal e íntima no sólo con los personajes de la novela, sino con sus lectores. Esta clase de personificación ocurre rara vez en Quiroga, cuyo "póstumo tributo de agradecimiento, que quizá la selva hubiera comprendido" es al fin de cuentas, la negación. El subjuntivo aquí indica claramente que a la mente realista de Quiroga, la selva es incapaz de sentimiento humano, pero si fuera de otro modo, agradecería el "tributo póstumo". En esta muerte dibujada por Quiroga, por lo tanto, no interviene ningún elemento personal.

Es curioso observar que la selva de Quiroga es selva silenciosa; la de Rivera en cambio, está llena de sonido. Esta ausencia de sonido, rasgo poco verosímil, es desconcertante. ¿Por qué esta asombrosa ausencia, cuando la selva tropical es a toda hora un conjunto de sonido viviente: el grito de agonía de los que mueren horriblemente, el alarido de protesta, el lloro plañidero. Hasta las plantas al brotar levantan una voz lastimera y los animales al morir se desahogan en sordo y pesado chillido entrecortado. Así es la selva en la realidad. La de Quiroga; sin embargo, existe en un vacío en el que nunca penetra un eco. Quizá sea esta ausencia de sonido la que contribuye más que nada al efecto impersonal de su bosque.

Por otra parte, la tierra caliente de Quiroga es bastante verosímil. Ni los animales ni los hombres se encuentran cómodos o seguros allá; todos sufren; todos luchan; la muerte repentina está siempre en acecho, a un paso de todos ellos. Hasta un paseo de recreo en canoa, puede traer sus peligros súbitos e inesperados.

El sur, sin embargo, había cambiado de aspecto. Sobre el monte lejano, un blanco rollo de viento ascendía arrastrando tras él un toldo azul de lluvia. El río, súbitamente opaco, se había rizado.

Todo es rápido. Alzamos la vela, empujamos la canoa, y bruscamente, tras el negro bloque, el viento pasó rapando el agua. Fué una sola sacudida de cinco segundos; y ya había olas. Remamos hacia la punta de la restinga, pues tras el parapeto del acantilado no se movía aun una hoja. De pronto cruzamos la línea—imaginaria, si se quiere, pero perfectamente definida—, y el viento nos acogió.

Véase ahora: nuestra vela tenía tres metros cuadrados, lo que es bien poco, y entramos con 35 grados en el viento. Pues bien; la vela voló, arrancada como un simple pañuelo y sin una sacudida. Instantáneamente nos arrastró. No mordía sino en nuestros cuerpos; pero era bastante para contrarrestar remos, timón, todo lo que hicimos. Y ni siquiera de popa; nos llevaba a costado, borda tumbada como una cosa náufraga.

Viento y agua, ahora. Todo el río, sobre la cresta de las olas, estaba blanco por el chal de lluvia que el viento llevaba de una ola a otra, rompía y anudaba en bruscas sacudidas convulsivas. Luego, la fulminante rapidez con que se forman las olas a contracorriente, río que no da fondo allí a sesenta brazos en un solo minuto el Paraná se había transformado en un mar huracanado, y nosotros, en dos náufragos. Ibamos siempre empujados al costado, tumbados, cargando veinte litros de agua a cada golpe de ola, ciegos de agua, con cara dolorida por los latigazos de la lluvia y temblando de frío. (30).

Hay aquí muchos pormenores, interesantes, pero sobresale uno: el frío. El frío también, como las tempestades repentinas, puede ser a veces una de las amenazas de los trópicos. El autor nos dice en otra parte: "En Misiones, con una tempestad de verano, se pasa muy fácilmente de cuarenta grados a quince, y en un solo cuarto de hora" (31). Estos fríos bruscos, tan inesperados de los trópicos, son en sumo grado incómodos, a veces peligrosos. Además, el invierno subtropical puede ser en alto grado desagradable como sabe Quiroga.

Ese invierno fué en extremo riguroso, y no sólo en Misiones. Pero desde fines de Junio las cosas tomaron un cariz extraordinario, que el país sufrió hasta las raíces de su vida superficial.

(30) *Op. cit.*, *Anaconda*, p. 82.

(31) *Ibid.*, p. 83.

En efecto, tras cuatro días de pesadez y amenaza de gruesa tormenta, resuelta en llovizna de hielo y cielo claro al sur, el tiempo se serenó. Comenzó el frío, calmo y agudo, apenas sensibles a mediodía, pasaba sin transición de las madrugadas blancas en Misiones, para helarse en la oscuridad a las primeras horas de la noche. (32).

Pormenores como éstos, nunca aparecen en los escritos de autores sobre los trópicos como London y Maugham, cuya permanencia en ellos se limitó a uno que otro viaje. Eran turistas. Vieron la selva y sintieron su vida pujante sólo en momentos breves, por eso nunca lograron tener la honda comprensión que de ella tienen Rivera y Quiroga. Este frío, tan característico de la zona, tampoco lo menciona Melville, cuya experiencia se confinó a una isla pequeña en medio del mar, circunstancia que en sí le dió conocimientos limitados de la meteorología general de los trópicos. El mar impone siempre un clima estable sobre una área no muy extensa. Una isla, por lo tanto, no puede ser, por su naturaleza, muy representativa del clima tropical que es variable y sobre todo, nada blando y suave. En los trópicos verdaderos, el frío por regla general no hiela el agua ni mata la vegetación; pero en los subtrópicos del tipo de Misiones, sí puede hacer todo esto en mayor escala... puede helar el agua y matar la vegetación. Aquí vemos que el país sufrió "hasta las raíces de su vida superficial" por las tormentas que se resolvieron "en llovizna de hielo". En otras palabras la vegetación resultó helada y estropeada por los intensos fríos de las "madrugadas blancas" y la "llovizna de hielo". Una de las amenazas a la agricultura en estas zonas, son precisamente estos fríos que nos describe tan hábilmente en este pasaje Horacio Quiroga: son en general repentinos, difíciles de pronosticar y echan a perder muchas cosechas delicadas. Un frío inesperado por ejemplo en Florida o en el mismo Misiones, puede perder por completo toda una cosecha de vegetales o frutas. El lector superficial, sin embargo, suele sacar sus impresiones de los trópicos de autores igualmente superficiales, como London y Maugham, y, por consiguiente, lo que más les ha impresionado es el calor de la zona. No saben que es posible sufrir allí de un ocasional frío penetrante y a la vez peligroso que a muchos vecinos se los ha llevado a causa

(32) Ibid., p. 99.

de las pulmonías. En una docena de tristes historias, Quiroga nos ha dado sobradas noticias de estos fríos que no son menos significativas, que las de los caolres sofocantes, húmedos, a veces secos, pero siempre insoportables, que nos pinta también magistralmente.

Eran las dos y media de la tarde, la hora por excelencia de las apoplejías, cuando es imposible tocar un cabo de madera que haya estado abandonado diez minutos al sol. Monte, campo, basalto y arenisco roja, todo reverberaba, lavado en el mismo tono amarillo. El paisaje estaba muerto en un silencio henchido de un zumbido uniforme, sobre el mismo tímpano, que parecía acompañar a la vista dondequiera que ésta se dirigiese. (33).

Este pasaje es, tal vez, innecesario. Ya hemos visto varios de contenido semejante, referentes al ambiente de la selva que pueden marchar al lado de éste sin perder el paso. El calor es, en los trópicos un antagonista formidable. Que es a veces mucho peor en la zona templada no viene al caso, porque se combina con la humedad de forma que la vida resulta casi insupportable. Al mediodía los animales y los hombres se vuelven torpes y buscan por necesidad la sombra bajo la cual siguen sufriendo. En otra parte Quiroga nos dice: "Era tal allí el calor, que no se sentía entrar el aire en los pulmones. Las barretas de fierro quemaban en la sombra" (34). Y así es el calor de la sombra... hasta "las barretas de fierro queman"... a veces. Claro está que una asoleada puede acabar con una vida... con todo su horror de espasmos y congestiones asfixiantes que nadie puede aliviar con eficacia, ni siquiera un médico. La temperatura de la zona templada, al contrario, no se intensifica por la humedad; aunque es mucho más subida por regla general, nunca es tan desastrosa como la de los trópicos. Por añadidura hay las lluvias torrenciales, tan típicas de la zona, que acrecentan en vez de mitigar los efectos aplastantes de esa alta temperatura.

Nadie tiene idea en Buenos Aires de lo que es aquello cuando un temporal de agua se asienta sobre el bosque. Lleva todo el día sin cesar, y al otro, y al siguiente, como si recién comenzara, en la más espantosa humedad de ambiente

(33) Op. cit., *El desierto*, p. 39.

(34) Op. cit., *Anaconda*, p. 116.

que sea posible imaginar. No hay frotador de caja de fósforos que conserve un grano de arena, y si un cigarro ya tiraba mal en pleno sol, no queda otro recurso que secarlo en el horno de la cocina económica—donde se quema, claro está. (35).

Y otra de los mismos:

Yo había llegado a aquella región lloviendo, y durante cuatro meses no hubo en el país más que agua: agua en el cielo, agua en la tierra cribada por la lluvia y los manantiales, y agua en los objetos y la ropa. Las tormentas se formaban unas tras otras, desde cualquier punto del horizonte. Llovía toda la noche sin cesar, y de día, entre calmas sofocantes con pleno sol, los chubascos torrenciales mantenían en bramas al país. (36).

Son lluvias como éstas que intensifican los calores y los sufrimientos de la zona tropical. Peligrosas en sí, como ya hemos visto, pueden desarraigar plantas y hasta árboles grandes, ahogar animales y paralizar toda actividad humana. Es imposible trabajar, caminar bajo una lluvia semejante, los ríos resultan innavegables y las carreteras se transforman en lagos. Todo el paisaje cambia. Puente's y casas desaparecen. A causa de tales lluvias es casi imposible construir y mantener un sistema de caminos en esta zona: el trabajo de semanas desaparece totalmente en una sola noche y una siembra que ha costado meses de labor se deshace ante los ojos en unos cuantos minutos, llevándose consigo toda la esperanza de un año. Así como el sol puede paralizar la vida en los períodos de su mayor intensidad, marchitar las plantas y postrar a los animales, de igual modo las lluvias pueden causar los más grandes desastres. Tampoco está la vida humana segura durante una lluvia. Quiroga nos describe varios de estos casos: "Llovió aún toda la noche sobre el moribundo la lluvia blanca y sorda de los diluvios otoñales, hasta que a la madrugada Po-deley quedó inmóvil para siempre en su tumba de agua" (37). Contra las lluvias torrenciales de los trópicos no hay poder que valga en el cielo o sobre el mar. Estos grandes cataclismos de la naturaleza nunca dejan de empequeñecer al hombre cuyo mayor esfuerzo resul-

(35) Ibid., p. 60.

(36) Horacio Quiroga, *Los perseguidos y otros cuentos*, García y Cía., Montevideo, (sin fecha), p. 140.

(37) Op. cit., *Cuentos de amor*, p. 123.

ta nulo frente a su embestida. Si no fuera por otra cosa, por haber experimentado la lluvia tropical, Quiroga habría compartido del punto de vista de Sarmiento.

Pero no quedan los insectos que a la par con el calor y la humedad hacen insoportable la vida en los trópicos. A menudo peligrosos en sí, dificultan en sumo grado la lucha por la supervivencia. En el *Monte negro*, Quiroga nos presenta en pocas palabras, un horrendo retrato del infierno que los insectos pueden hacer de la vida en plena selva: "A esa hora el estero comenzaba a zumbiar, y enviaba sobre ellos nubes de mosquitos tan densas, que tenían que comer el plato de loco, caminando de un lado para otro. Aún así, no le traban paz: o devoraban mosquitos o eran devorados por ellos. Dos minutos de esta tensión acababa con los nervios más templados" (38). Pero al pasar el tiempo, esto iba de mal en peor. "Como el tiempo continuó pesado, los mosquitos recrudecieron en forma tal que ya ni caminando era posible librar el loco de ellos" (39). Por añadidura, durante el día los polvorines hacían la vida un tormento. "Dormían la siesta, defendidos de los polvorines por mosquiteros de gasa, que permitiendo apenas pasar el aire, levantaban aún la temperatura. Con todo, ese martirio era preferible al de los polvorines" (40). Todo lo que vemos aquí es bastante malo; pero hay insectos cuya mordedura es mortífera. En uno de sus mejores cuentos *El desierto*, Quiroga nos describe una tragedia de selva que resulta de semejante mordedura. Al principio pareció a Subercasaux, la víctima, cosa de poca monta; no obstante, se medicinó y esperó en los dioses.

Subercasaux no lograba reducir una (de las mordeduras) que tenía en un dedo, en el insignificante meñique del pie derecho. De un agujerillo rosa había llegado a una grieta tumefacta y dolorosísima, que bordeaba la uña. Yodo, bicloruro, agua oxigenada, formol, nada había dejado de probar. (41).

Y no sirvieron para nada.

(38) Op. cit. *Anaconda* p. 117.

(39) Ibid.

(40) Ibid, p. 116.

(41) Op. cit., *El desierto*, p. 21.

Subercasaux reconocía que en otras condiciones de vida habría logrado vencer la infección, la que sólo pedía un poco de descanso. El herido dormía más, agitado por los escalofríos y vivos dolores en las altas horas. (42).

Sin embargo, dos días más tarde:

El frío lo traspasaba. El hielo interior irradiaba hacia fuera, a todos los poros convertidos en agujas de hielo erizadas, de lo que adquiría noción al mínimo roce con su ropa. Apelotonado, recorrido a lo largo de la médula espinal por rítmicas y profundas corrientes de frío, el enfermo vió pasar las horas sin lograr calentarse. (43).

El día siguiente la infección había corrido por todo su cuerpo:

El brazo derecho, desde el codo a la extremidad de los dedos, sentía ahora un dolor profundo. Quiso recoger el brazo y no lo consiguió. Bajó el impermeable, y vió su mano lívida, dibujada de líneas violáceas, helada, muerta. Sin cerrar los ojos, pensó un rato en lo que aquello significaba dentro de sus escalofríos y del roce de los vasos abiertos de su herida con el fango infecto del Yabebirí, y adquirió entonces, nítida y absoluta, la comprensión definitiva de que todo él también se moría—que estaba muriendo. (44).

Y el día siguiente Subercasaux sí amaneció muerto. En los trópicos la mordedura de un insecto cualquiera puede acabar, si se infecta, con una vida útil en unas cuantas horas. El peligro de la infección siempre está presente en aquel ambiente donde las mismas plantas crecen con la rapidez de un relámpago.

A veces, desde luego, heridas o picaduras infectadas no resultan mortíferas, pero muy pronto con un poquito de descuido se vuelven ascosas. Cuando en *La Vorágine* José Eustacio Rivera nos presenta por primera vez a don Clemente Silva, el pobre anciano no está en condiciones mucho mejores que las de Subercasaux, descritas en el párrafo anterior. Arturo Cova nos dice de él —“Cuando el anciano se movió para abedecerme, le miré las canillas llenas de úl-

(42) Ibid.

(43) Ibid., p. 26.

(44) Ibid., p. 31.

ceras. Dióse cuenta de mis miradas y con acento humilde encareció: Abran ustedes mismos el mapire. Verdaderamente, provocó asco". (45). Naturalmente Arturo le pregunté por sus úlceras y de dónde procedieron. "¡Ay, señor", contestó el anciano. "parece increíble! Son picaduras de sanguijuelas. Por vivir en las ciénagas picando goma, esa maldita plaga nos atosiga, y mientras el cauchoero sangra los árboles, las sanguijuelas lo sangran a él" (46). Pero ni Arturo Cova ni el mismo don Clemente Silva se dieron cuenta en aquel momento de lo infectado que estaban esas úlceras. La mañana siguiente presenciámos esta escena conmovedora entre los dos y Fidel Franco.

—Por ahora es preciso curar sus llagas. Permítame que le haga remedios.

Y aunque el viejo, asombrado, se resistía, remanguele hasta la corva el pantalón y me arrodillé para examinarlo.

—Fidel, ¿estás ciego? ¡En estas úlceras hay gusanos!

—¡Gusanos! ¡Gusanos!

—Sí; hay que buscar otoba para matárselos.

El viejo comentaba, quejándose:

—¿Será posible? ¡Qué humillación! ¡Gusanos, gusanos! ¡Y fué que un día me quedé dormido y me sorprendieron los moscones!

Cuando lo condujimos a la barraca repetía:

—¡Engusanado, engusanado, y estando vivo! (47).

Subercasaux murió de su infección, pero la selva negó a don Clemente esa dignidad. Tuvo que soportar la humillación de sus llagas agusanadas.

Pero la infección de la mordedura no es el único peligro que presenta el insecto de los trópicos. Allá vagan a veces hordas de hormigas carnívoras, que son capaces de dejar en huesos, en unas cuantas horas a un hombre incapacitado o matar y descarnar a un hombre hábil, si no tiene medios de escaparse de su camino. Ambos, Rivera y Quiroga, han escrito páginas dramáticas sobre el tema; Rivera con grandes pinceladas. Quiroga, con sus característicos toques finos; los dos casi de igual manera captan el frío terror de estas hordas devoradoras en marcha. La diferencia es que Quiroga nos presenta su

(45) Op. cit., *La Vorágine*, p. 125.

(46) *Ibid.*, p. 126.

(47) *Ibid.*, p. 127.

materia con cierta mesura e impersonalidad: se puede encontrar un párrafo como el siguiente, en un libro sobre la Zoología:

Son pequeñas, negras, brillantes y marchan velozmente en ríos más o menos anchos. Son esencialmente carnívoras. Avanzan devorando todo lo que encuentran a su paso: arañas, grillos, alacranes, sapos, víboras, y a cuanto ser no puede resistirles. No hay animal por grande y fuerte que sea, que no huya de ellas. Su entrada en una casa supone la exterminación de todo ser viviente, pues no hay rincón ni agujero profundo donde no se precipite el río devorador. Los perros aullan, los bueyes mugen, y es forzoso abandonarles la casa, a trueque de ser roído en diez horas hasta el esqueleto. Permanecen en un lugar uno, dos, hasta cinco días, según su riqueza de insectos, carne o grasa. Una vez devorado todo, se van. (48).

Rivera nos presenta casi los mismos hechos, pero los incorpora en su drama, de manera que tenemos el sentimiento de presenciar uno de los vastos e incontenibles movimientos de la naturaleza. Quiroga nos dirige la atención hacia el drama en pequeño con la aguda presentación de unos cuantos pormenores sobresalientes. Su novela *La miel silvestre*, es la historia de un hombre, de un novato en los trópicos, quien no sabe que la miel de aquellos lugares tiene, a veces, los efectos de una especie de opio paralizante. Intoxicado y temporalmente paralítico, se encuentra desvalido e incapaz de moverse un centímetro. Ve las hormigas negras acercarse, primero con indiferencia, producto de su ignorancia de aquella zona y del propósito de los insectos, después con miedo, que pronto se convierte en terror, al ver cómo los animales implacables comienzan su funesto trabajo. Sus compañeros están lejos y no se dan cuenta del peligro que corre, ni siquiera de su paradero. "Tuvo aún fuerzas para arrancarse a ese último espanto, y de pronto lanzó un grito, un verdadero alarido, en que la voz del hombre recobraba la tonalidad del niño aterrado; por sus piernas trepaba un precipitado río de hormigas negras. Alrededor de él la corrección devoradora obscurecía el suelo, y el contador sintió, por bajo del calzoncillo, el río de hormigas atraídas de mometno por el olor de la carne humana; no es uno de los grandes y pavorosos movimientos en masa que nos describe Rivera.

(48) Op. cit., *Cuentos de amor*, p. 153.

(49) Ibid., p. 158.

Sin embargo, no pierde nada de su fuerza dramática. Por muchos momentos, sí son los insectos una de las amenazas más temidas de los trópicos.

Se pueden poner al lado de las citas de Quiroga, ya referidas, en el párrafo anterior, dos de semejante aspecto que corresponden a Rivera. Vemos aquí magistralmente dibujados todo el terror y la amenaza de la hormiga en marcha.

Una mañana, al salir el sol, vino una catástrofe imprevista. Los hombres que en el campamento curaban su hígado oyeron gritos desahorados y se agruparon en la roca. Nadando en medio del río, como si fueran patos descomunales, bajaban los bolones de goma, y el cauchero que les arreaba venía detrás, en canoa minúscula, apresurando con la palanca a los que se desmoraban en los remansos. Frente al barricón, mientras pugnaba por encerrar su rebaño negro en la ensenada del puertecito, elevó estas voces, de más gravedad que un pregón de guerra:

— ¡Tambochas, tambochas! ¡Y los caucheros están aislados!

¡Tambochas! Esto equivalía a suspender trabajos, dejar la vivienda, poner caminos de fuego, buscar otro refugio en alguna parte. Tratábase de la invasión de hormigas carnívoras, que nacen quién sabe dónde y al venir el invierno emigran para morir, barriendo el monte en leguas y leguas, con ruidos lejanos, como de incendio. Avispas sin alas, de cabeza roja y cuerpo cetrino, se imponen por el terror que inspiran su venenoso y su multitud. Toda guarida, toda grieta, todo agujero; árboles, hojarasca, nidos, colmenas, sufren la filtración de aquel oleaje espeso y hediondo que devora pichones, ratas, reptiles y pone en fuga pueblos enteros de hombres y de bestias.

Esta noticia derramó la consternación. Los peones del tambo recogían sus herramientas y macundales con revoltosa rapidez.

— ¿Y por qué lado viene la ronda?— preguntaba Manuel Cardoso.

— Parece que ha cogido ambas orillas. ¡Las dantas y los cafuches atraviesan el río desde esta margen, pero en la otra están alborotadas las abejas!

— ¿Y cuáles caucheros quedan aislados?

— ¡Los cinco de la ciénega de El Silencio, que ni siquiera tienen canoa!

— ¿Qué remedio? ¡Qué se defiendan! ¡No se les puede llevar socorro! (50).

Por fortuna, los hombres aislados, abandonados así tan sin clemencia por sus compañeros en la miseria y el peligro, no murieron pavorosamente consumidos por la hueste devoradora, sino que se re-

(50) Op. cit., *La Vorágine*, p. 173.

fugieron precariamente en la ciénaga, dejando pasar a sus enemigos. No obstante, pasaron ratos angustiosos.

—¡Santo Dios! ¡Las tambochas!

Entonces sólo pensaron en huir. Prefirieron las sanguijuelas y se guarecieron en el rebalse, con el agua sobre los hombros.

Desde allí miraron pasar la primera ronda. A semejanza de las cenizas que a lo lejos lanzan quemas, caían sobre la charca fugitivas tribus de cucarachas y coleópteros, mientras que las márgenes se poblaban de arácnidos y reptiles, obligando a los hombres a sacudir las aguas mefíticas para que no avanzara en ellas. Un temblor continuo agitaba el suelo, cual si las hojarascas hirvieran solas. Por debajo de troncos y raíces avanzaba el tumulto de la invasión, a tiempo que los árboles se cubrían de una mancha negra, como cáscara movediza, que iba ascendiendo implacablemente a affligir las ramas, a saquear los nidos, a colarse en los agujeros. Alguna comadreja desorbitada, algún lagarto moroso, alguna rata recién parida, eran ansiadas presas de aquel ejército que las descarnaba, entre chillidos, con una presteza de ácidos disolventes.

¿Cuánto tiempo duró el martirio de aquellos hombres, sepultados en cieno líquido hasta el mentón, que observaban con ojos pávidos el desfile de un enemigo que pasaba, pasaba y volvía a pasar? ¡Horas horripilantes en que saborearon a sorbo y sorbo las alquitaradas hueses de la tortura! Cuando calcularon que se alejaba la última ronda, pretendieron salir a tierra, pero sus miembros estaban paralizados, sin fuerzas para desplegarse del barrizal donde se habían enterrado vivos.

Más no debían morir allí. Era preciso hacer un esfuerzo. El indio Venacio logró agarrarse de algunas matas y comenzó a luchar. Agarróse luego de unos bejucos. Varias Tambochas desgarradas le royeron las manos. Poco a poco sintió ensancharse el molde del fango que lo ceñía. Sus piernas, al desligarse de lo profundo produjeron chasquidos sordos. “¡Upa!, otra vez y no desmayar! ¡Animo!

Y salió: En el hoyo vacío burbujeó el agua.

Jadeando, boca arriba, oyó desesperarse a sus compañeros, que imploraban ayuda. “Déjeme descansar”. Unas horas después, valiéndose de palos y maromas, consiguió sacarlos a todos. (51).

Es interesante observar aquí la diferencia de la técnica narrativa empleada primero por Quiroga y después por Rivera. En unas palabras breves y concisas Quiroga nos presenta la situación y su desenlace inevitable; Rivera amontona detalle sobre detalle, desarrollando su tema con lentitud mesurada, hasta que sentimos en nues-

(51) Ibid., p. 180

tros propios nervios la marcha destructora de las hormigas y el terror que inspiran en los hombres que se encuentran aislados y sin medios de escapar de su camino. Rivera pone en juego aquí toda la naturaleza, que al igual que los hombres, sufre los estragos de la hueste devoradora. "Alguna comadreja desorbitada, algún lagarto moroso, alguna rata recién parida, eran ansiadas presas de aquel ejército que las descarnaba, entre chillidos, con una presteza de ácidos disolventes". Desde el principio tenemos el terror de los que pueden huir; más tarde el horror paralizante de los que no lo pueden; los que durante "horas horripilantes" saboreaban "a sorbo y sorbo las alquitaradas hieles de la tortura". Aquellos hombres se vieron obligados a escoger entre la muerte casi segura de un ataque en masa de las hormigas carnívoras y una muerte posible en la ciénaga, a causa de una acometida de las sanguijuelas, casi igualmente feroces. Agotados por el miedo y exhaustos por los ataques de las sanguijuelas, los hombres, lograron salirse de la ciénaga; pero uno resultó tan maltrecho de tan horrible prueba, que cayó muerto; los demás, ya insensibles, "no tuvieron lástima del cadáver" (52). Al lado de este magistral relato de Rivera, la miniatura de Quiroga resulta un poco estilizada y pálida.

Pero las víboras apenas quedan a la zaga de los insectos tropicales, como amenaza. Cualquier paso en falso, cualquier descuido, y cae el repentino golpe de la víbora, a menudo con consecuencias funestas.

El hombre pisó algo blandusco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vió una yararacusú que arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente y sacó el machete de la cintura. La víbora vió la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, deslocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violeta, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo, y siguió por la picada hacia su rancho.

(52) *Ibid.*, p. 181.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que como relámpago habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho, y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. El hombre quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba. (53).

Este hombre muere, desde luego, pero en los cuentos de Quiroga, semejante desenlace no es siempre inevitable: algunos sobreviven, aunque padecen tormentos insoportables antes de encontrar alivio. Algunos de sus mejores cuentos desarrollan el tema.

Otros, sin embargo, destacan el tema de la vegetación: fecunda, a menudo trepadora, como ya hemos visto en la *Voróque*, esta vegetación es uno de los estorbos más grandes al esfuerzo humano que nos presenta la tierra caliente. Si no existieran los obstáculos ya referidos, la fecundidad prodigiosa de la vegetación tropical bastaría en sí, para empequeñecer al hombre y hacerle sentirse desamparado. Horacio Quiroga nunca nos permite olvidar la fuerza aplastante y asombrosa de la vegetación tropical la que describe magistralmente en uno de sus mejores cuentos, *Gloria tropical*. Un joven funcionario de una compañía, Mólter, quien se aficiona a la horticultura, recién llegado de Montevideo, pretende practicar su afición predilecta.

El primer domingo bajó a tierra y comenzó su huerta. Terreno no faltaba, desde luego, aunque por razones de facilidad eligió una área sobre la costa misma. Con verdadera pena debió machetear a ras del suelo un espléndido bambú que se alzaba en medio del terreno. Era crimen; pero las raicillas de sus futuros porotos lo exigían. Luego cercó su huerta con varas recién cortadas, de las que usó también para las divisiones de los canteros, y luego tutores. Sembradas al fin de sus semillas, esperó. (54).

(53) Op. cit., *Cuentos de amor*, p. 77.

(54) Op. cit., *Anaconda*, p. 75.

Málter se enfermó y pasó varios días en cama. Al levantarse "halló todas sus semillas brotadas y ascendiendo con sorprendente vigor. Pero al mismo tiempo, todos los tutores de sus porotos habían prendido también, así como las estacas de sus canteros y del cerco. El bambú con espléndidos retoños, subía a un metro" (55). Málter pronto rehizo su huerta y volvió a enfermarse. Al levantarse de nuevo encontró su huerta en peor estado que antes. Quiroga nos dice lacónicamente que "Málter sintió que la fatalidad lo llevaba rápidamente de la mano" (56). Esta vez por las dudas, Málter reemplazó todos sus tutores y varas con maderas bien huertas y secas, resuelto a conseguir porotos y nada más. Con todo arreglado esperó tranquilo el nuevo acceso de la fiebre.

Y éste llegó, con nuevos días de postración. Llegó luego la tregua, y Málter bajó a su huerta. Los porotos subían siempre, pero los gajos leprosos y clavados contra-savia habían prendido todos. Entre las legumbres, y agujereando la tierra con sus agudos brotes, el bambú aniquilado echaba al aire triunfantes retoños, como monstruosos y verdes habanos. (57).

Esta vegetación, creciendo siempre con rapidez y profusión increíbles es en sumo grado difícil de dominar. Las malas hierbas crecen a la par con las plantas productivas, ahogándolas por la raíz y dificultando la agricultura tropical, la cual resulta una empresa de éxito dudoso: precisamente por eso los mismos indígenas de semejantes regiones son, en su mayoría, gentes mal alimentadas y enfermizas. Los trópicos están lejos de ser el paraíso terrestre con el que sueñan los románticos. Como ya hemos visto, a través de las páginas de Rivera, allá escasean siempre los alimentos y es muy posible perecer de hambre en medio de su asombrosa vegetación lozana, el destino de Arturo Cova, Alicia, Pidel Franco y la niña Griselda. El único que se escapó de esa muerte aciaga fué don Clemente Silva.

Pero muy por encima de los insectos, las víboras, el calor, la humedad y la vegetación como obstáculos en la senda del conquistar de los trópicos están las fiebres que nunca dejan de amenazar

(55) Ibid., p. 76.

(56) Ibid., p. 77.

(57) Ibid., p. 78.

la vida humana en aquella región. En media docena de cuentos, Quiroga nos ha dado detalles gráficos de ellas, que sólo Rivera sabe superar. Hay muchos tipos de fiebres ya conocidas, pero son muchas más las desconocidas. Todas son desagradables y muchas son peligrosas. Allí el paludismo puede alcanzar una fuerza desconocida en la zona templada; un tipo de fiebre, de un centenar, puede acabar con una vida útil en una sola tarde. A menudo ni la higiene personal, ni la salubridad pública, ni la ciencia médica, pueden defender al individuo de los resultados nefastos de estas fiebres; e igualmente a menudo la historia de una vida en los trópicos es casi literalmente una historia clínica, que de vez en vez termina con la muerte. En *Gloria tropical*, Quiroga nos habla de un paludismo de este tipo, cuyos estragos estropean completamente la salud del desgraciado Málter y cuyo principio fué así: "Málter constó que tenía la piel extremadamente sensible al contacto de la ropa", y "media hora después sus compañeros lo veían llegar al pontón, tiritando" (58). Ni siquiera pudo saludarles. "A Málter los dientes castañeteaban de tal modo, que apenas podía hablar, y pasó de largo a acostarse. Durante quince días de asfixiante calor estuvo estirado a razón de tres accesos diarios. Los escalofríos eran tan violentos, que sus compañeros sentían, por encima de sus cabezas, el bailoteo del catre" (59). Semejantes accesos postraron a intervalos a Málter durante tres meses, obscuriéndose "en destruir toda esperanza de salud que el enfermo pudiera conservar para el porvenir" (60). Poco más que una cáscara hueca Málter volvió a Montevideo para morir en paz:

Cuando regresó de Fernando Poo a Montevideo, sus amigos paseaban por los muelles haciendo conjeturas sobre como volvería Málter. Sabíase que había habido fiebres y que el hombre no podía, por lo tanto, regresar en el esplendor de su bella salud normal. Pálido, desde luego. ¿Pero qué más?

El ser que vieron avanzar a su encuentro era un cadáver andante, con un pescuezo de desmesurada flacura que danzaba dentro del cuello postizo, dando todo él, en la expresión de los ojos y la dificultad del paso, la impresión de un pobre viejo que ya nunca más volvería a ser joven. Sus amigos lo miraban mudos. (61).

(58) Ibid., p. 76.

(59) Ibid.

(60) Ibid., p. 78.

(61) Ibid., p. 73.

Quiroga termina el cuento con que Málter "se fué a su casa a morir". Y son millares los que como Málter, han regresado de la selva para morir; y millares más, los que han regresado para vivir inválidos todo el resto de su vida. Al fin de cuentas, son pocos los que triunfan sobre las fiebres tropicales, que constan del elemento más destructor de la tierra caliente.

Es curioso que Rivera, tan realista como Quiroga, haya elegido tratar de las fiebres tropicales en una manera simbólica, concentrando, as su atención sobre los estados emocionales y psíquicos que producen en vez de los pormenores externos de las enfermedades. En eso estriba, tal vez, una de las diferencias principales de la técnica de los dos autores. Quiroga nos presenta el exterior de sus personajes; en general nos vemos obligados a adivinar su estado emocional a raíz de lo que hacen y lo que dicen; Rivera, al contrario, entra en el estado emocional de sus personajes hasta tal grado que a menudo tenemos que adivinar sus acciones y sus palabras a base de la corriente de sus emociones. Eso no quiere decir que Quiroga sea menos psicólogo que Rivera: es sólo que busca un método menos subejtivo que el de Rivera, cuyo fuerte es la emoción flúida y siempre cambiabile. He aquí de Rivera un retrato de uno de los ataques de fiebre de Arturo Cova, interpretado a base de alucinaciones que produce en su víctima:

A veces, para distraer la preocupación, empuñaba el remo hasta quedar exhausto, procurando indagar en las miradas de mis amigos el estado de mi salud. Con frecuencia los sorprendí haciéndose guiños de desconsuelo, pero me estimulaban así: "No te fatigues mucho: hay que saber lo que son las fiebres".

Sin embargo, yo comprendía que se trataba de algo más grave y hacía esfuerzos poderosos de sugestión para convencerme de mi normalidad. Enriquecía mis discursos con amenos temas; resucitaba en la memoria antiguos versos, complacido de la viveza de mi razón, y me hundía luego en lasitudes letárgicas, que terminaban de esta manera:

—Franco: dime, por Dios, si me has oído algún disparate.

Poco a poco mis nervios se restauraron. Una mañana desperté alegre y me dí a silbar un aire de amor. Más tarde me tendí sobre las raíces de un caoba, y, cara a los grumos, me burlé de la enfermedad, achacando a la neurastenia mis aprehensiones pretéritas. Más pronto empecé a sentir que estaba muriéndome de catalepsia. En el vahído de la agonía me convencí de que no soñaba. ¡Era lo fa-

tal, lo irremediable! Quería quejarme, quería moverme, quería gritar, pero la rigidez me tenía cogido y sólo mis cabellos se alborotaban, con la premura de las banderas durante el naufragio. El hielo me penetró por las uñas de los pies y ascendía progresivamente, como el agua que invade un terrón de azúcar; mis nervios se iban cristalizando, retumbaba mi corazón en su caja vítrea y el globo de mi pupila relampagueó al endurecerse.

Aterrado, aturdido, comprendí que mis clamores no herían el aire; eran como ecos mentales que se apagaban entre mi cerebro, sin emitirse, como si estuviera reflexionando. Mientras tanto, proseguía la lucha tremenda de mi voluntad con el cuerpo inmóvil. A mi lado empuñaba una sombra la guadaña y principió a esgrimirla en el viento, sobre mi cabeza. Despavorido esperaba el golpe, más la muerte se mantenía irresoluta, hasta que, levantado un poco el astil, lo descargó a plomo en mi cráneo. La bóveda parietal, a semejanza de un vidrio ligero, tintineó al quebrarse y sus fragmentos resonaron en lo interior, como las monedas entre la alcancía. Entonces la caoba meció sus ramas y escuché en sus rumores estos anatemas:

—¡Picadlo, picadlo con vuestro hierro, para que experimente lo que es el hacha en la carne viva! ¡Picadlo, aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que conozca nuestro martirio!”

Por si el bosque entendía mis pensamientos, le dirigí esta meditación:

—¡Mátame, si quieres, que estoy vivo aún!

Y una charca me replicó:

—¿Y mis vapores? ¿Acaso están ociosos?

Pasos indiferentes avanzaron en la hojarasca. Franco acercóse sonriendo y con la yema de su dedo índice me tentó la pupila extática.

—¡Estoy vivo, estoy vivo! —le gritaba dentro de mí—. Pon el oído sobre mi pecho y escucharás las pulsaciones.

Extraño a mis súplicas mudas, llamó a mis compañeros para decirles, sin una lágrima:

—Abrid la sepultura, que está muerto. Era lo mejor que podía sucederle.

—Y sentí con angustia desesperada los golpes de la pica en el arenal.

Entonces, en un esfuerzo superhumano, pensé al morir: ¡Maldita sea mi estrella aciaga, que ni en vida ni en muerte se dieron cuenta de que yo tenía corazón!

Moví los ojos. Resucité. Franco me sacudía:

—No vuelvas a dormir sobre el lado izquierdo, que das alaridos pavorosos.

—¡Pero yo no estaba dormido! ¡No estaba dormido! (62).

(62) Op. cit., *La vorágine*, p. 114.

Desde luego todo eso pasó en gran parte sólo en la imaginación de Arturo Cova y son ilusiones que le dió la fiebre. En *La Vorágine* se encuentran capítulos enteros dedicados a fantasías semejantes, en las que se mezclan inextricablemente la alucinación y la realidad, de suerte que es casi imposible determinar cuáles son los sucesos verdaderos y cuáles son justamente las imágenes torcidas del cerebro febril. A veces el asunto se complica con un simbolismo elaborado de mitos y leyendas autóctonas, a la par que con imágenes concretas, tomadas de la vida cotidiana de la selva, lo cual dificulta en extremo la interpretación del pasaje. Esta cita con su intercambio entre Arturo Cova y los árboles de la selva demuestran esto último: los capítulos anteriores, con su simbolismo de patos y mariposas, de dioses indígenas, de princesas indias encantadas explican el primero. No encontramos aquí nada de la patología concreta de Horacio Quiroga, tal como la hemos visto en el caso Málter, cuyos dientes "castañeteaban de tal modo, que apenas podía hablar" y cuyos escalofríos eran tan violentos, que "sus compañeros sentían, por encima de sus cabezas, el bailoteo del catre". Quiroga se limita a presentarnos los síntomas físicos; si una ilusión o alucinación es una parte íntegra del complejo de la patología, Quiroga la describe magistralmente, pero rara vez entra en detalles en el estado espiritual que produce en la víctima. Esa es la particularidad de Rivera. El contraste aquí es interesante. Con las mismas materias primas, con el mismo punto de partida, los dos artistas han creado obras muy diferentes entre sí. En el fondo, sin embargo, se parecen: retratan al hombre que lucha con y es derrotado por un paisaje hostil y destructor.

En un estudio que se ha publicado últimamente sobre Horacio Quiroga, un libro en sumo grado útil y de no pocos méritos en sí, se encuentra un capítulo que es a la larga bastante discutible. Su autor, Raymond Davis Weeter, pretende explicar la obra de Quiroga a base de la fatalidad, el destino. He aquí su posición:

Lo que impresiona, sobre todo en los cuentos de Quiroga, es el sentido de la fatalidad. Siempre se siente, si no lo presencia, la amenaza de una fuerza misteriosa y omnipotente que gobierna la vida. A veces, apenas perceptible; otras, se destaca con violencia incontenible. Contra esta fuerza el hombre es impotente. Puede —debe— luchar, pero siempre es vencido y tiene que arrojarse ante el hado inevitable.

El destino se hace sentir de muchas y variadas maneras. Ahora impone su voluntad por medio de los fenómenos meteorológicos —la lluvia, el calor, el frío la sequía. Ahora recurre a otras manifestaciones de la naturaleza— la fecunda vegetación tropical, los grandes ríos, los animales salvajes. Puede emplear medios más sutiles para dominar; por ejemplo, la atracción que ejercen los trópicos sobre cierto tipo de hombres. Estas son las influencias exteriores de que dispone el destino para imponerse, pero hay otras fuerzas que aparentemente se originan dentro del hombre mismo —los vicios y las aflicciones humanas— Estos son algunos de los obstáculos que afronta el hombre en su camino por la vida y que lo derrotan inexorablemente. Pero en fin, ¿qué importa la causa del fracaso? Todas son simplemente manifestaciones diversas de una sola fuerza suprema: el destino.

Aunque es cruel e implacable esta fuerza, también es imparcial. Las angustias que sufre el hombre no son únicas. Los animales de la selva, los grandes árboles, todo ser vivo sufre de igual modo. El hombre no recibe atención especial; no es el centro del universo como él suele creer. Él no es más que un elemento como cualquier otro, y como tal, existe, sufre y muere en los cuentos de Quiroga (63).

Estamos en presencia aquí de una dificultad semántica algo seria. En primer término las palabras, "fatalidad" y "destino" implican más o menos una fuerza o inteligencia consciente que decide y dirige los asuntos. De esto se da cuenta el señor Weeter al calificarle "una fuerza misteriosa y omnipotente que gobierna la vida". Este concepto, claro está, se diferencia materialmente de él, de puro accidente o ciega casualidad, como explicación de los sucesos y asuntos del universo. En segundo término, sabemos a ciencia cierta que Horacio Quiroga fué siempre un escéptico y libre pensador, cuyo interés mayor se concentró en la ciencia en vez de una interpretación espiritual y mística de la vida. Es cierto que muchas veces sus cuentos nos llevan al borde de lo misterioso y lo inexplicable, pero, pese a esta propensión en él, tenemos que andar con pies de plomo cuando se trata de explicar su obra y definir su actitud a base de términos como la "fatalidad" y el "destino". El misticismo que implican estas palabras no cuadra con el temperamento conocido del autor de los cuentos. Por eso es de rigor que el señor Weeter se apoye en citas que

(63) Raymond Davis Weeter, *Los cuentos de Horacio Quiroga*, México, 1952, p.86.

amplifican y comprueban su concepto de la filosofía fundamental y básica de Quiroga. En lo que sigue de este capítulo *El sentido de la fatalidad*, no hay una sola cita ni un solo renglón que sostenga la posición de que fué Quiroga partidario de la fatalidad. Lo que nos presenta en cambio, es la fuerza que desempeña un ambiente desfavorable en la vida humana, animal y vegetal. Lo que vemos en juego, a veces, es la ciega casualidad. Más allá no llegó Quiroga. Hasta el señor Weeter advierte en otra parte este hecho sobresaliente. Nos dice: "las fuerzas de la naturaleza están presentes en la mayoría de los cuentos. A veces resultan con tanto poder, que aún llegan a ser el verdadero protagonista y a reducir al hombre a un mero elemento como cualquier otro en la narración" (64). Si entendemos el sentido de esta palabra "naturaleza" para incluir cualquier ambiente nos aproximaremos casi exactamente al sentido de Quiroga cuya opinión fué que casi todo ambiente concebible en este mundo es desfavorable a la vida. Pero eso es diferente de un sentido de la fatalidad tal como se ve por ejemplo en Thomas Hardy o en José Eustacio Rivera.

En uno de sus pasajes más elocuentes y poéticos, Rivera nos señala su creencia en la fatalidad en términos indiscutibles:

¡Oh, selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina!

¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramales, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cauto tus copas estremecidas y mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? ¿Aquellos celajes de oro y múrce con que se viste el ángel de los ponientes, por qué no tiemblan en tu dombo? ¿Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpura las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos picachos me vi a la altura de las cordilleras! ¿Sobre qué sitio erguirá la luna su apacible faro de plata? ¿Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbrá las hojarascas de tus senos húmedos!

¡Déjame huir, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad! ¡Tú misma

(64) Ibid., p. 108.

pareces un cementerio enorme, donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vista no tiene obstáculos y se encumbra el espíritu en la luz libre! Quiero el calor de los arenales, el espejo de las canículas, la vibración de las pampas abiertas. ;Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esa ruta de lágrimas y sangre que recorrí en nefando día, cuando tras la huella de una mujer me arrastré por montes y desiertos, en busca de la Venganza, diosa implacable que sólo sonrío sobre las tumbas! (65).

No se encuentran pasajes por el estilo en Quiroga. El lirismo de este arrebató es ajeno a su naturaleza. Desde luego sintió con fuerza igual la fascinación de la selva, pero nunca sintió que la fatalidad lo llevó allá ni de que lo tuvo prisionero. Para él la selva fué un conjunto maravilloso de plantas, árboles y animales, la vida, en fin, en su forma más elemental y salvaje que le ejerció sus encantos innegables; pero en todas sus páginas sería difícil descubrir una que se asemeje a ésta. Su selva es silenciosa, cruel, implacable, pero nunca es "esposa del silencio" a quien le llevó un "hado maligno". La mente y por consiguiente la poesía de Quiroga son de otro género, a la vez más científico y más objetivo que el de Rivera. También sus personajes nunca se sienten hombres presos como los de Rivera quienes no pueden por más que lo quieran, escaparse de la selva y de sus influencias malignas. Para los de Quiroga, la selva puede ser y a veces es "una cárcel verde" y por fin "un cementerio enorme", pero tienen siempre un sentido del libre albedrío y pueden retirarse en cualquier momento oportuno. Muchos, como ya hemos visto, lo hacen como consecuencia de sus derrotas. Cuando pierden la vida se trata generalmente de algún desastre imprevisto y momentáneo, se les apaga como una vela ante una ráfaga repentina. Como ha notado el señor Weeter, el protagonista es en una u otra forma la naturaleza, o más bien, el ambiente que no tiene nada de sobrenatural por misterioso que parezca en aquel momento. Es siempre un fenómeno explicable el que da la ilusión de lo sobrenatural en un suceso que de otro modo resulta normal. Es más bien Rivera que Quiroga quien es partidario de la fatalidad. Si el señor Weeter hubiera estudiado a Rivera en vez de a Quiroga, las conclusiones alcanzadas en su capítulo sobre el sentido de la fatalidad habrían

(65) Op. cit., *La Vorágine*, p. 87.

do más al grano. Rivera sí es creyente en el destino y es posible encontrar en su obra citas abundantes para comprobarlo.

En un libro excelente, *La vida de Horacio Quiroga*, escrito por dos de sus amigos, Alberto Brignole y José Delgado, aparece un fallo curioso sobre el temperamento de Quiroga y su aparente alejamiento de la voga de su tiempo por lo gauchesco. "La razón de tal destierro reside, con toda certeza, en la impermeabilidad que Quiroga mostró siempre para ese género literario, sobre todo en sus aspectos líricos. Aceptaba de buen grado, y alabándolos, muchos de los relatos de Javier de Viena y otros escritores costumbristas, pero de allí no pasaba. Nunca se interesó por conocer a derechas la epopeya de Martín Fierro. Su cultura, su sensibilidad, eran totalmente europeas..." (66) Por lo visto creen Brignole y Delgado que la única señal de lo americano en las letras es la gauchesca y que un autor que se aparta de esa tradición literaria tiene que ser a fuerza europeo. Nada puede ser más erróneo. Es muy cierto que Quiroga como otros muchos aprendió su oficio a los pies de dos autores europeos, Kipling y Guy de Maupassant, pero fué su oficio y no su modo de ver y sentir lo que aprendió de ellos. Por otra parte su tercer maestro literario fué Poe, indiscutiblemente un americano. Es muy cierto, también, que el modernismo de su día (era muy amigo de Lugones y conocía a Rubén Darío), no dejó tampoco de imprimir su huella en su espíritu: pero lo que es de valor permanente en su obra no pertenece a su aprendizaje europeo que no pasó de un esmerado dominio sobre la forma y el lenguaje. Lo original en su obra y en su espíritu procede de su observación directa de la naturaleza sudamericana. Al volver de su primer viaje a Misiones donde pasó unos meses ayudando en un estudio de las ruinas del imperio jesuíta que allí abundan, un proyecto patrocinado por el gobierno argentino y dirigido por el mismo Lugones, los mismos autores de su biografía notaron con acierto que llevó todo el aspecto de "leñador montés que anda de paso", (67) una característica en Quiroga que nunca lo dejó después. Ante sus ojos había desplegado por primera vez la selva primitiva con toda su barbarie y todos sus encantos

(66) Ibid., p. 154.

(67) Delgado y Brignole, *Vida de Horacio Quiroga*, García y Cía., Montevideo, 1936. p. 94.

salvajes. Eso no dejó de impresionarle hondamente ni de convertirle en un escritor típicamente americano. La gauchesca no es la única tradición literaria en las Américas. La sarmientina en cuyas filas se encuentran algunos autores gauchescos es igualmente auténtica e indígena.

Como Rivera, Horacio Quiroga vió sus materias primas con ojos abiertos y con independencia y en el análisis final fueron ellas las que amoldaron su actitud fundamental, una actitud que se parece en algunos aspectos importantes a la de Sarmiento. Sin duda nadie nos ha dejado un cuadro más poderosamente dibujado de la naturaleza inhospitalaria a los esfuerzos del hombre por dominarla y conquistarla como Horacio Quiroga. Casi todos sus personajes encuentran sólo la derrota en su lucha con ella; los pocos que tienen éxito lo tienen por pura casualidad. Es, a lo sumo, significativo que aproveche Quiroga la antítesis sarmientina al definir y precisar su ideología; carece de importancia a la larga que sea partidario de la bárbara libertad y de que exalte a veces a las fieras. Lo importante es que piensa dentro del marco estrecho de la tradición sarmientina; en su mente la "plena barbarie del bosque tropical" se opone a la civilización cuyo refugio es la ciudad. Allí vuelven sus hombres y sus exhombres después de sus fracasos en la selva, algunas veces como el desgraciado Málder para morir en paz, otras veces como Morán para cobrar fuerzas para otra acometida. Por desgracia no vemos en los cuentos de Quiroga la lenta desintegración de carácter frente al salvajismo de la naturaleza que hemos visto con tantos pormenores a través de las páginas de los novelistas; su forma; el cuento corto, imposibilita semejante desarrollo lento; pero en cambio no faltan detalles de los elementos destructores de la naturaleza de los trópicos que con sus inundaciones y sus sequías, sus fríos y sus calores insoportables, sus fiebres y su vegetación anárquica amenaza la vida humana y en gran parte anula los esfuerzos del hombre por establecerse cómoda y seguramente allá. La tierra caliente de Quiroga dista mucho del paraíso romántico que nos han pintado prosistas eminentes como London y Melville, Maugham y Hudson. Esta diferencia de énfasis en su obra estriba en el modo peculiar de ver y sentir sudamericanos que coloca a Quiroga dentro de la tradición sarmientina.

IV: LA CIUDAD CONQUISTADA POR LA BARBARIE DEL CAMPO

YA HEMOS VISTO a través de la obra de Horacio Quiroga la desintegración del hombre frente a una naturaleza dura y destructora y la ciudad como lejano refugio. En todo esto Quiroga continúa la tradición sarmientina: el campo inculca en el hombre el mal; es la barbarie personificada. Sólo un escritor de sentimientos románticos, como Ricardo Güiraldes, ve el paisaje meridional con ojos simpáticos. *Don Segundo Sombra* es una obra destacada en su género, pero es, en el fondo, una obra impresionista y poética, que no interpreta, con realismo cabal, la vida de la pampa. Es una idealización de esa vida que pasa por alto pormenores importantes y significativos. Benito Lynch, al contrario, al tratar de la misma región, es indiscutiblemente de los hijos de Sarmiento. Conserva, como inevitable consecuencia de sus observaciones, el concepto de la naturaleza destructora; esencialmente encontramos en él la actitud de la civilización y la barbarie, que alcanza en *Los caranchos de la Florida* una expresión nítida. (1)

... "La vida del campo no es buena para la gente joven. Los muchachos se hacen chácaros... ¿está usted...? se acostumbran mal y concluyen después por amachimarse con cualquier china... Sin ir más lejos, ahí tiene usted a Eduardito y a los ingleses de La Torre. Da lástima ver mozos instruídos, mozos bien educados, criados como quien dice 'entre pañales de Holanda', completamente perdidos por causa de una vida de dejadez y de abandono. Su hijo es joven todavía, don Pancho, y las malas compañías pueden perjudicarles..." P. 83.

(1) Benito Lynch, *Los caranchos de la Florida*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1938, p. 83.

Hay, desde luego, elementos sarmientinos en *El inglés de los güesos* y en sus otros libros, pues es observador sensible y honesto; pero es en *Los caranchos* que el concepto sarmientino recibe su mayor desarrollo. Por añadidura, se puede afirmar que estos mismos elementos existen en la obra de Güiraldes cuyo objeto es crear un héroe épico, cueste lo que cueste: por eso viola la lógica conforme a su propósito trascendente. Las obras de Xavier de Viana y de Justino Zavala Muñoz, que pintan con realismo la violencia de la vida campestre, tienen también en más o menos escala, los elementos en cuestión. Podemos sacar de este bosquejo breve, que no se trata aquí de un par de casos aislados, sino de una tradición, de un modo de ver y de sentir.

Sin embargo, al volver nuestra atención hacia la obra de Manuel Gálvez, nos encontramos en presencia de un matiz nuevo en la evolución de nuestro tema: la ciudad ya no es el refugio seguro que abriga la civilización contra la barbarie del campo, como lo era en la obra de Sarmiento. Hemos visto surgir en *Doña Bárbara* el concepto de la ciudad europea como refugio ideal: en esencia Manuel Gálvez sigue el mismo sendero: son las ciudades europeas, principalmente París y las de España las que representan para él la vida civilizada y espiritual. Sarmiento vió con sus propios ojos que el campo pudo amenazar e inundar con su barbarie las ciudades civilizadas de su día; no obstante conservó la de que fué ése un estado temporal y pasajero. Fué Mármol quien vió los hechos con más claridad. Previó que la barbarie del campo pudo inundar la ciudad, y en *Amalia* notó los comienzos de ese movimiento que la industrialización del siglo ha de acelerar más tarde. Personifica en el carácter de uno de sus personajes menores el fenómeno, calificándole de "hombre del vulgo; de ese vulgo de Buenos Aires que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatía a la civilización, y con la pampa por sus costumbres holgazanas". (2)

En la persona de ese Juan Merlo ya había empezado la conquista de la ciudad por la barbarie del campo, hecho que ha de lastimarle las sensibilidades a Gálvez casi un siglo en adelante. Manuel Gálvez es cabalmente un novelista de la ciudad.

(2) Op. cit., *Amalia*, p. 8.

Bajo la indumentaria de varias terminologías expone e interpreta la lucha trágica de la civilización urbana contra esa barbarie campestre. El que el campesino invasor de su urbe no sea siempre el gaucho o sus descendientes no cambia en lo esencial las consecuencias aciagas de esa lucha encarnizada. Para él la ciudad argentina es una especie de tierra de nadie donde tienen lugar esas batallas indecisas. Es natural, pues, que las ciudades europeas le parezcan refugios de la cultura y de la civilización. Muy a menudo los bárbaros de Gálvez llevan trajes de etiqueta que disfrazan sólo parcialmente aquel símbolo de la barbarie, el poncho.

Se puede decir sin equivocarse en nada, que el primer libro importante de Gálvez, *El solar de la raza*, es la historia espiritual de su búsqueda por la ciudad ideal, la ciudad como refugio de la civilización que se encuentra amenazada en su Buenos Aires por la barbarie campestre. Si nuestro novelista se hubiera sentido a gusto en el Buenos Aires de su día, no habría ensayado libro semejante; pero no lo hacía, y como resultado, se empeñó en buscar las raíces de la argentinidad en la cultura de las viejas ciudades de España. Casi desde un principio Gálvez pone en claro su concepto de que la Argentina de su día se prestaba a la barbarie. "Pasados los primeros tiempos de intrepidez física, de labor casi heroica, hemos sentido la necesidad de atemperar con retoques de espiritualidad la barbarie de las energías materiales". (3) ¡"La barbarie de energías materiales!" He aquí su lema. Como todo joven optimista afirma terminantemente su propósito al escribir su libro: "atenuar el torpe materialismo que hoy nos agravia y avergüenza". (4) Hay algo de manifiesto en el desarrollo de esa finalidad: "Brava lucha es la nuestra. Tenemos que pelear lindamente —en los libros, en los diarios, en la cátedra, en todas partes— contra los calibanescos intereses creados que son los hábitos materialistas. Tenemos que predicar maníacamente el amor a la patria, a nuestros paisajes, a nuestros escritores, a nuestros grandes hombres; desentrañar el idealismo y la originalidad de nuestro pasado, y enseñar cómo estas cualidades de la patria romántica y pobre pueden salvar, sin

(3) Manuel Gálvez, *El solar de la raza*, Editorial Tor, Buenos Aires, 1936, p. 11.

(4) *Ibid.*

menoscabarla en su grandeza material, a la actual patria viviente. Y tenemos, por último, que buscar por toda la anchura de la tierra, ejemplos de idealismo y tratar de crear, en el alma de nuestros conciudadanos, la misma emoción purificadora que estremeció a la nuestra". (5) ;Son finalidades, éstas, bastante amplias! No es de admirar que unos escasos años más tarde Gálvez fuese perdiendo aquel optimismo luminoso de la primera juventud febril, y entrando, cada vez más, en su obra novelística la nota pesimista. Manuel Gálvez no es, ni mucho menos, el único profeta que se haya encontrado rodeado de una "generación de víboras". (6) Las altas esperanzas de la juventud, por lo común, dan lugar a la decepción.

No obstante, es interesante notar que Gálvez encontró en las viejas ciudades españolas el tipo de refugio espiritual que no le ofrecían las ciudades argentinas, ni en general, las europeas que no le hablaron al alma. Inundadas por el materialismo, que en su vocabulario de aquel entonces equivalía a la barbarie, Gálvez vió en ellas la falta grave de la alta espiritualidad que buscaba con tanto afán.

Pero en España no sucede lo mismo. Allí vive el pasado, y se diría que en algunos lugares castellanos, la vida se detuvo hace tres siglos. Segovia, Toledo, Avila, Salamanca, Sigüenza, Santillana del Mar, nos hablan en lenguaje profundo y sencillo, nos conmueven hondamente, nos arrancan de las realidades de la vida, llevándonos a una vida más alta. ¡Ah, estas ciudades que nos extasían con su arte humano e inquietante, ciudades señoriales y místicas que hacen pensar en Dios, ciudades amigas a cuyo contacto nos hacemos más puros, más nobles, más buenos, más idealistas! Barrés ha dicho de Toledo que es un verdadero hogar para el alma. Frase admirable y definitiva que debe aplicarse a todas las ciudades castellanas y que condensa cuanto pudiera yo decir.

No conozco ninguna ciudad que evoque tanto lo infinito y sea tan opulenta de efluvios espirituales, como cualquiera de las ciudades castellanas. Esto se explica. España es, quizás, el país donde más se ha vivido en Dios y para Dios, lo que quiere decir: donde más se ha vivido espiritualmente. No hay, en efecto, vida tan alta, tan espiritual, tan profunda, ni tan intensa, como la del creyente verdadero. No es preciso serlo para reconocer esta verdad. William James la comprueba y la afirma cuando demuestra la superioridad espiritual y

(5) Ibid, p. 13.

(6) El Santo Evangelio, según San Mateo, Cap. 3, v 7.

moral de la vida del convertido sobre su vida anterior a la conversión. Los grandes creyentes viven todos sus momentos en un ambiente espiritual y aun sus ocupaciones materiales les otorgan motivo para elevarse hacia Dios. Así de los más comunes menesteres ascienden a un mundo ideal y ni por un instante sus pensamiento le alejan de Dios. Además, España no sólo vivió en Dios durante siglos, sino que en ella aún persiste algo de esa forma de vida, y es, sin duda, el país que más ha conservado las cosas de aquella época en que se vivía en Dios.

Gavinet ha dicho que lo místico es permanente en España.

Pero la existencia de este ambiente espiritual no deriva solamente del misticismo. España fué país de soñadores y contemplativos, de artistas extraordinarios; posee una gran literatura, y no olvidemos que es español el libro más humanamente idealista que se haya escrito en el mundo. Es natural, pues, que todos estos hombres y cosas crearan aquel ambiente espiritual que es, en su altura, casi exclusivo de España (7).

Y Gálvez, joven entusiasta que fué, sigue elaborando con pormenores interesantes, las calidades espirituales de las viejas ciudades castellanas.

Se diría que ciertos pueblos sólo existen para la catedral, que la catedral constituye la razón de ser del pueblo. León, Burgos, Toledo y Sigüenza, son sus catedrales; y la vida de ellas, toda la vida de estos pueblos. En España la espiritualidad de las iglesias no queda encerrada en ellas mismas, sino que, como las cosas circundantes no le son hostiles, desborda lógicamente sobre la vida, el carácter y el ambiente de la ciudad. Así en los pueblos castellanos, al salir de las iglesias nos parece continuar en ellas. No sentimos contraste alguno. Las callejuelas silenciosas, donde nuestros pasos resuenan como sobre las baldosas de las actedrales, son a modo de largas naves de iglesia. Los rincones y patios solitarios que finalizan alguna calle, recuerdan las capillas misteriosas y sombrías, y, a veces, un Cristo o un santo en su hornacina completan la semejanza; y hasta los paseos, formados invariablemente por tres o cuatro calles de árboles, nos inducen a creer que recorreremos las naves de la catedral. Este fenómeno de que la calle sea una prolongación de las iglesias es exclusivo de las viejas ciudades castellanas. En ningún otro país he recibido la misma impresión (8).

Hemos sacado de su texto, a expensas de ser prolijos, estas dos

(7) Ibid., p. 19.

(8) Ibid., p. 21.

citas largas; pero es importante, desde un principio, poner en claro, el punto de vista y el propósito de nuestro autor. En esto tenemos mucha suerte, porque son muchos los artistas creadores que no aclaran en ensayos su punto de vista sobre el arte y la vida, sus materias primas. Nos vemos obligados a veces con incertidumbre a deducirlo a raíz de su obra misma, un expediente que a lo mejor nos da resultados discutibles. Manuel Gálvez es de esos autores que no sólo crean una obra creadora e imaginativa, sino nos expone sus finalidades en ensayos claros. Podemos, pues, apoyarnos con certeza en ellos, explicando así, el fondo filosófico e idealógico de su novelística. Es el ambiente espiritual y religioso de los pueblos castellanos que encanta a Gálvez y le "conmueven hondamente". En estas ciudades, que se acercan a su ideal, encuentra un "hogar para el alma". Es precisamente ese "hogar para el alma" que le importa sobre todo, y que no vió en el Buenos Aires de su día. Muy significativas son sus palabras sobre España como lugar de soñadores contemplativos, de artistas extraordinarios", porque sentía que la Argentina de su época rechazaba estas mismas calidades humanas que son imprescindibles en una civilización madura y completa. Nunca nos deja perder de vista su concepto del sentido religioso de la vida sin el cual no es posible una civilización que valga. El idealismo y la espiritualidad son los componentes principales del ambiente cultural que hace posible el arte y la civilización, y los dos son imposibles sin un hondo entendimiento del catolicismo. Por eso, el concepto del pueblo como una extensión de la catedral es de tanta importancia a Gálvez.

Es de sumo interés e importancia que contrastemos con los conceptos arriba expuestos el de su Buenos Aires de entonces, una ciudad que no tenía nada de las características de las viejas ciudades castellanas, para él, tan encantadoras y satisfactorias espiritualmente hablando. En un ensayo breve, *La fealdad de Buenos Aires*, se queja del ambiente inhospitalario y feo de su ciudad, dada a la barbarie del materialismo:

En Buenos Aires, el paseante con una sensibilidad cultivada, no tiene dónde poner los ojos y encontrar un placer estético. Las calles —me refiero no sólo a la edificación, sino a sus líneas y a todo lo que en ellas constituye obra pública y exterior— son de una monotonía desesperante. Todas iguales, abso-

lutamente iguales Buenos Aires no posee avenidas con jardincillos centrales, como Berlín; ni calles curvas, como todas las ciudades de Europa; ni magníficas y cantantes fuentes como Roma; ni grandes parques interiores, como Nueva York o Londres; ni las maravillosas perspectivas que nos ofrece cada rincón de París, sobre todo a lo largo del Sena, o cada trozo del Cairo o de Constantinopla; ni un río que la cruce, acuchillado de puentes como Viena o Budapest; ni colinas por donde las calles van trepando, como Lisboa o Praga. Las calles aquí, todas a un mismo nivel y trazadas todas como a cordel, no se diferencian las unas de las otras. Las plazas son, también, todas idénticas, y sólo presenta algún carácter la de San Martín. No cuenta con una iglesia digna de su riqueza —excepto, quizá, la del Santísimo Sacramento— esta ciudad de dos millones y medio de habitantes. Los teatros, incluso el Colón, carecen de valor estético. Los edificios públicos podrían competir en fealdad los unos con los otros.

Pero nada tan horrible como la edificación privada. . . Toda la ciudad, la gigantesca ciudad que abarca leguas, está construida en el viejo tipo de la casa porteña; una serie de cuartos en hilera. Estas casas que recuerdan las caballerizas, están hechas de tal modo que, como escribió Lucio López, se puede matar al cocinero desde la puerta de la calle, con un tiro de fusil. Casas bajas, sin estilo, insignificantes, pobres, tardarán muchísimos años en desaparecer. No dudo de que dentro de dos siglos, ya no habría rastros de ellas: pero por ahora dan la verdadera fisonomía a Buenos Aires. A veces, una colosal construcción de doce pisos se eleva junto a una de estas casas; el resultado de conjunto no puede ser más deplorable (9).

A la monotonía y fealdad pésimas que Gálvez siente en su Buenos Aires, agrega la falta de espiritualidad:

Pero la fealdad de Buenos Aires no es sólo material, sino también moral. No conozco una ciudad tan pobre de sugerencias espirituales. No se le exige que sea "un hogar para el alma", como dijo Barrés que era Toledo. Ninguna ciudad de dos millones y medio de habitantes puede serlo. Pero, siquiera, que despierte en nuestro espíritu, aunque por rara excepción, un pensamiento noble. Si tiene algún encanto, como el de aquellas calles en la noche, es un encanto para los ojos. Nada hay para el espíritu. Nada para el alma. Ciudad de idiosincrasia fenicia, habitada por gentes superficiales y que sólo aspiran a los goces vulgares; que carecen por completo de un sentido religioso de la vida; que, por adorar al dios Peso, se han olvidado de Cristo; que no tienen vida in-

(9) Manuel Gálvez. *La Argentina en nuestros libros*, Editorial Ercilla, Santiago de Chile, Chile, 1935, p. 183.

terior; que ignoran, o no sienten con sinceridad, las nobles preocupaciones del arte, Buenos Aires jamás poseerá la verdadera belleza. Si es cierto, como hemos dicho en otra parte, que "en el ambiente de las ciudades hay como un dejo espiritual de los hombres que han vivido en ellas", yo me pregunto cuál será el dejo espiritual de esta gran urbe cosmopolita y materialista (10).

Aquí vemos con claridad lo que agradó poco a Gálvez en su Buenos Aires. Era una ciudad de superficies, en gran parte feas, y su gente se dedicaba a fines materialistas y egoístas. Lamenta la grave falta del "sentido religioso de la vida", "los goces vulgares", la adoración "al dios Peso", y, tal vez, lo más importante de todo, la falta de sentir, "con sinceridad, las nobles preocupaciones del arte". Manuel Gálvez es, sobre todo, un artista. El ambiente materialista de Buenos Aires no se prestó a la creación artística, ni al concepto idealista de la vida. Desde luego, no nos toca discutir la validez de su concepto religioso y católico de la civilización que se aparta materialmente del de Sarmiento y del de muchos otros que han escrito sobre el tema. Lo que nos importa es su idea de la ciudad como refugio de la barbarie. Para él ya no es Buenos Aires o ninguna ciudad argentina, sino las de España. La ciudad, sin embargo, no deja por eso de ser el refugio, ni pierde su carácter de recinto. En cierto modo este carácter fundamental se aumentó y se destaca más en el pensamiento de Gálvez que en el de Sarmiento. La ciudad que quiere Gálvez es literalmente el recinto religioso, el abrigo de la espiritualidad católica.

Ni tampoco debemos poner en duda su concepto de la civilización y la barbarie. Sus ideas son muy claras. Las encontramos expuestas en otro ensayo afortunado, "Religiosidad y barbarie" en el cual nos dice: "Las grandes civilizaciones o culturas han coexistido con el entusiasmo religioso, como que la religión es una de las formas en que se expresa una cultura. La falta de un sentido religioso de la vida, lleva en los pueblos al pauperismo espiritual, a la vejez prematura, cuando no al envilecimiento". Cree con firmeza que una "íntima relación entre la moderna barbarie y la falta de un sentido religioso de la vida". (11) De eso podemos sacar que Gálvez identifica la civilización con el "sentido religioso de la vida". Sobre la barbarie nos dice:

(10) Ibid., p. 194.

(11) Ibid., p. 178.

El mundo civilizado está invadido por una flamante especie de barbarie, derivada del maquinismo, del ansia de placeres y del desprecio por los estudios desinteresados. Barbarie pura es el concepto mecánico de la existencia que han propagado los yanquis. Barbarie es el predominio de las fuerzas materiales sobre los valores morales. Barbarie es la estupidez africana del jazz-band y el frenesí del baile, que se ha apoderado de la humanidad. Barbarie es el comunismo, que, como lo vemos en Rusia, conduce al crimen sistemático e inútil y al derrumbe de todas las normas morales. Y barbarie es este afán desenfrenado de ganar dinero y de lograr placeres sensuales, que aflige a las sociedades de estos días.

Y bien: contra estas formas de barbarie y de otras que pudiera agregar, no existe más defensa eficaz que la del sentido religioso de la vida. Nunca será bárbaro el hombre o el pueblo, que crea en ciertas realidades superiores al dinero o al placer sensual; ni el que sepa que la vida no es sólo una lucha de intereses y fuerzas materiales, sino también una cosa noble y trascendental; ni el que posea la convicción de que existe lo sobrenatural; ni el que piense, en medio de los trabajos cotidianos, que no termina en este mundo la vida humana (12).

Con eso, Gálvez se explica. Es interesante y significativo que se vale de la terminología sarmientina, aunque dándola otro matiz al exponer sus ideas. La civilización es espiritual, católica; la barbarie es material, mecánica, dedicada a los placeres y goces sensuales. Para el bárbaro no existe un "más allá" de lo cotidiano; al civilizado no le falta un sentido de lo sobrenatural, de los valores y "realidades superiores al dinero". El bárbaro desprecia los estudios desinteresados, los esfuerzos que no le traen premios en efectivo. En fin, tiene en poco la religión, el arte en cualquier forma, el altruismo, y hasta la amistad verdadera y desinteresada. Semejante ambiente nunca es propicio a la creación: el artista o el sacerdote tiene que satisfacerse con un lugar en la estimación pública considerablemente más bajo que el del comerciante, del abogado, del médico y del actor popular. Los valores espirituales son, o por lo menos parecen ser secundarios. El artista está lejos de ser el primer ciudadano. En una palabra, Gálvez encuentra todos sus valores al revés, y, sin pensar mucho, se lanza a la batalla. Lo probable es que los valores estuvieron siempre al revés. El polvo y la neblina del tiempo nos ciegan hasta tal punto que olvidamos que

(12) Ibid., p. 179

después de todo Atenas era en el fondo una ciudad de esclavos y comerciantes que dió muerte a Sócrates, que Scribonius Curio valía más en la Roma de su día que aquellos trovadores de César Augusto, Virgilio y Horacio, y que el pueblo más espiritual de todos, el judío, crucificó a su mayor profeta, Jesucristo, y que Cervantes andaba hambriento y desamparado por las calles de las viejas ciudades castellanas.

Es de dudar que el hidalgo español del siglo XVI tuviera por lo común más gracia espiritual que el comerciante de Buenos Aires o Nueva York. Al examinar minuciosamente las obras de Alvar Núñez, Cieza de León, el Padre de las Casas, Bernal Díaz y el propio Hernán Cortés, lo que salta a la vista es el interés que las motivó. Desde luego el conquistador arrastró al asunto a la Virgen, pero, su primera pregunta era: ¿dónde está el oro? En cambio, mientras que nos saca utilidad el comerciante nos habla de los beneficios del progreso, de una norma elevada de la vida y de una civilización más amplia y universal para todos. Objetivamente se puede preguntar... ¿cuál supera a cuál? La única diferencia entre los dos parece ser que el uno hizo su trabajo con la espada y el otro con la pluma, pero el móvil dominante en los dos casos es el interés. Por añadidura, es de dudar que el artista o el desinteresado de cualquier materia se haya encontrado jamás a sus anchas en este triste mundo donde la mayoría se dedica a comer bien, a dormir mejor y a perseguir con afán a todos los placeres que pueden. En las épocas cuando el sacerdote se ha visto respetado y poderoso en la sociedad fueron más bien su caudal y el poder de su organización dentro del estado los que le hicieron estimado, en lugar de sus valores espirituales. De igual modo sucedía precisamente en aquellas épocas, cuando las obras de arte eran de más provecho como adorno o propaganda, que el artista se vió más afortunado. Sus valores espirituales eran siempre incidentales y de sobra. Si olvidamos, muchas veces, estos pormenores, cuánto más los olvidaría un joven en vísperas de su carrera, un joven que se halla despreciado un poco como un inservible. Todos queremos ser el ombligo del mundo.

Pese a que el joven Gálvez hizo caso omiso en su análisis de muchos factores pertenecientes a la situación en que se encontró, todos los observó. Muchas veces un autor es mejor reportero que analista; indiscutiblemente Gálvez es lo primero; su análisis es a menudo de-

fectuoso a medida que de costumbre no estima plenamente las fuerzas sociales y económicas que están en juego ante sus ojos. Por ejemplo, si repasamos con esmero y atención la materia de las últimas dos citas sobre Buenos Aires, veremos implicados entre renglones hechos de suma importancia que al autor le pasaron por alto. "El mundo civilizado", nos dice, "está invadido por una flamante especie de barbarie derivada del maquinismo". Y en otra parte observa con altivez: "Barbarie pura es el concepto mecánico de la existencia que han propagado los yanquis". Califica a Buenos Aires como una ciudad "de idiosincrasia fenicia". En el fondo son todas observaciones acertadas y justas, pero como un análisis hondo de la situación no nos sirven de mucho. En primer término... ¿quiénes eran los fenicios? Sabemos que eran comerciantes y fabricantes que extendieron su dominio comercial sobre una gran parte del mundo conocido de su época en competencia con sus semejantes de las ciudades griegas. Por recordar a sus poetas, solemos olvidar que los griegos eran también comerciantes y fabricantes de primera categoría. Los dos pueblos lograron sus resultados con esclavos y con máquinas sencillas, según nuestras normas, primitivas; esencialmente era la mano de obra la que importaba. ¿Y en dónde encontraron los fenicios y los griegos sus esclavos? Les sacaron por uno u otro expediente del campo... generalmente mediante una guerra afortunada. A raíz de esa esclavitud unos escasos centenares de ateneos y fenicios vivían en libertad y a veces en un lujo al menos mediano. Los demás vivían en una miseria indecible que no tenía nada de común con las academias de Sócrates y de Platón o el senado fenicio. ¡Al pasar los siglos hemos perdido de vista el que las ciudades griegas y fenicias eran en efecto y en el fondo extensas cárceles de esclavos o artífices sin ninguna libertad verdadera. Fué sólo una casualidad que la barbarie incipiente en aquella situación no se hizo sentir; el poeta en su jardín apartado, habló con una voz más vibrante que la del esclavo cuya barbarie no tuvo medios de llegar a nosotros plenamente. Pero al perfeccionar la máquina en la última mitad del siglo XVIII la situación cambió. La llamada revolución industrial llevó a la ciudad no esclavos sino campesinos libres en hordas cada vez mayores cambiando en el acto el carácter mismo de la urbe. La ciudad medieval en contraste había sido de veras un centro de la civilización; un lugar pequeño, era la sede de unos cuantos artesanos li-

bres, unos cuantos profesionales y comerciantes, la sede del gobierno, de colegios, de iglesias y de conventos. En fin, la ciudad medieval era un lugar de nivel cultural muy por encima del campo que le rodeaba. Hasta sus mismos artesanos, por su educación solían ser hombres que pretendían una cultura al menos rudimentaria; mientras tanto el campesino tenía sólo la fuerza de su brazo y unos escasos conocimientos de la labranza. La máquina eliminó al artesano en primer término, simplificó el trabajo, multiplicó los bienes y por último, preparó la entrada en el recinto sagrado de la ciudad por las hordas campestras. El campesino, claro está, ya convertido en trabajador urbano traía consigo toda la barbarie de su estado anterior; la máquina no le exigió grandes conocimientos; anteriormente no le habían exigido más las fábricas griegas y fenicias en las cuales la organización hacía las veces de la máquina moderna. Desafortunadamente la máquina hizo posible una extensión del sistema industrial muchísimo mayor que el de los griegos y fenicios, quienes se encontraron limitados en gran parte por sus métodos primitivos de transporte de manera que la inundación de sus ciudades nunca alcanzó la plenitud que hemos visto en las nuestras. En aquellas ciudades como en las nuestras, la cultura quedó limitada a una ciudadela pequeña en medio de una barbarie circundante, una ciudadela habitada por unos cuantos hombres cultos y desinteresados que se ven obligados a luchar a muerte con la barbarie invasora que les amenaza con la extinción. Puesto que su vida procede de y se armoniza con la máquina no es milagro que el bárbaro moderno tenga un concepto mecánico de la vida, o que Gálvez pueda creer que su barbarie procede del maquinismo. El maquinismo en una u otra forma es su vida, una vida que no mitiga en nada la barbarie de su estado anterior. Ninguna ciudad occidental se ha escapado de esa invasión campestra tan lamentada por Gálvez y otros muchos y tampoco se ha escapado del concepto mecánico de la vida cuya corrección no ha sido lograda por ciudad alguna. El concepto mecánico de la vida es la consecuencia directa e inevitable del empleo extenso de la máquina. No es por ser yanqui, sino por ser el pueblo más industrializado de todos por lo que semejante concepto ha alcanzado su mayor auge en los Estados Unidos.

Si Gálvez no entendió todas las sutilezas de la invasión de la ciudad

por la barbarie del campo y no las mencionó en sus ensayos, por lo menos, al escribir sus primeras novelas se dió cuenta del fenómeno. No describe muy hábilmente, en *Nacha Régules*, el tipo bárbaro con dinero, el bárbaro de traje de etiqueta, producto de nuestra etapa de la ciudad industrializada. Vale la pena transcribir el párrafo entero para que no nos falten pormenores importantes.

El hombre solitario examinaba a aquel sujeto alto y corpulento, cariancho, afeitado, con una cicatriz en la barba, de grandes espaldas, de piel oscura, de ojos chicos, duros y algo indígenas y de modales autoritarios y antipáticos. Gran perla en su corbata plastrón, polainas blancas sobre los botines de charol y enormes anillos en los dedos. Individuo de esos que abundan entre la gente porteña. Rastacueros, exhiben sus pesos y sus mujeres. Viven maritalmente con alguna muchacha bonita, pues si así no lo hicieran, sino tuvieran "hembra", se sentirían sin prestigio. Pasan las noches en los teatros y cabarets con otros amigos y sus queridas. Beben champaña, hacen ruido, molestan, hablan a gritos, "tutean" a algún "candidato" ocasional. Son rumbosos, agresivos, audaces. ¡Cuidado del que mire a sus mujeres! ¡Cuidado del que tenga en ellas los ojos! El revólver les abulta el muslo derecho y es habitual apéndice de su mano. A las mujeres las tratan sin delicadeza, ni ternura, ni simpatía humana. Y sin embargo, las mujeres se ligan fuertemente a ellos, tal vez porque les consideran "muy machos", porque saben lucirlas y porque la violencia del instinto es tan grande en ellos que les hace inagotables en el amor. Algunos de estos hombres tienen título de abogado, o llevan un apellido notorio. Son todos carreristas y jugadores. Viajaron por Europa, injuriando, con su arrogancia y su rastacuerismo, a las gentes civilizadas. En París, iban siempre acompañados de prostitutas y escandalizaban en tabernas y cabarets para mostrar su gracia y su coraje criollos. Mezcla de bárbaros y civilizados, de compadritos y personas decentes, constituyen la descendencia urbana del gaucho Juan Moreira. ¡Seres sin escrúpulos, sin moral, sin disciplina, sin más ley que su capricho y su placer! (13).

En vista de lo que íbamos diciendo sobre la barbarie invasora del campo estas observaciones de Gálvez son muy interesantes. Este Dalmacio Arnedo, que tiene por mal nombre "el Pampa", es el prototipo, según Gálvez, del bárbaro, o semibárbaro que ha invadido la ciudad. ¿De dónde procede? Gálvez nos dice sin rodeos de su tipo: "constituyen la descendencia urbana del gaucho Juan Moreira". ¡Y allí está!

(13) Manuel Gálvez, *Nacha Régules*, Editorial Tor, Buenos Aires, p. 8

El Pampa Arnedo, con su dinero y sus trajes finos, con sus mujeres, sus teatros y sus cabarets, su champaña, sus casas chicas y hasta a veces con sus títulos de abogado médico, está sólo un poco más allá del Juan Merlo de Mármol. La diferencia entre los dos es únicamente el dinero y la forma exterior. Debajo del exterior vive todavía poco modificado el pasar el tiempo, el bárbaro campesino, listo para sacar su revólver, corajudo, arrogante, antipático, aficionado al ruido, a la carcajada despectiva, al bullicio, al juego, a la vulgaridad en una palabra, a las superficies. Ha adquirido sólo los exteriores de la cultura urbana, sus vicios; le ha pasado por alto su alma, su espíritu. Desde luego Gálvez no pretende generalizar este tipo; se limita a observar al tipo argentino; claro está que semejante tipo parisiense o neoyorquino no lleva revólver, pero se parecen en el fondo. Hablan en todas partes a gritos, asumen la apariencia de importancia, lucen con mal gusto su dinero, su ropa, sus joyas chillantes, y sobre todo, lucen a sus mujeres. Son las superficies las que valen. De los estudios desinteresados, del arte, de la cultura verdadera no sacan utilidad alguna; por consiguiente los desprecian y los menoscaban. Son unos bandidos en los negocios; lo que vales es el éxito. Como observa Gálvez, son "seres sin escrúpulos, sin moral, sin disciplina, sin más ley que su capricho y su placer".

Cabe decir también que la barbarie de la Argentina, y de la cual escribe Gálvez, es de una suerte peculiar, de una intensidad insólita, debido al complejo de razones ya expuestas por Sarmiento. Cuando, en el último párrafo, nos referimos a la barbarie en general inundando las ciudades como resultado inevitable de la revolución industrial, hay que tener presente que este término barbarie es muy relativo y no incluye nada del salvajismo, que caracteriza la de la Argentina o la sudamericana en general. El nivel cultural del bárbaro, o campesino europeo, estuvo en casi todos los casos, muy por encima del argentino; por eso, no encontramos el fenómeno de la violencia y del revólver, pero, encontramos no obstante, todas las demás características en más o menos escala. En otras partes del mundo señala el revólver al criminal o al hampón; no fué, claro está, el propósito de Gálvez, al dibujarnos al Pampa, representarlo como de la clase criminal, sino como un tipo de la clase media, procedente de la barbarie gauchesca.

En otros libros y en distintas formas esta idea de la barbarie invasora se repite. Exclama Gálvez en *Hombres en Soledad*: "¿En dónde encontrar un refugio contra la barbarie invasora? No lo encontramos en nuestro entorno, y entonces mirábamos hacia Europa" (14). Se escribió en 1911 *El solar de la raza*; en 1936 se escribió *Hombres en Soledad*; en el intervalo de veinticinco años más o menos, se han reemplazado en la mente del autor las viejas ciudades castellanas, símbolos de la ciudad-refugio, por toda la Europa; pero son, de todas formas, las ciudades europeas las que le importan. Tampoco ha cambiado en los veinticinco años su concepto de que con la barbarie invasora, sus frutos resultados, tiene que ver con el gaucho, que es el bárbaro según Sarmiento. "¿Por qué los argentinos teníamos tan extraño pudor de revelar nuestro verdadero fondo íntimo? Acaso el hacerlo nos parecía poco viril, cosa de mujeres. Pensábamos, como el gaucho, que el hombre no debe quejarse de nada, ni contar a nadie sus preocupaciones. Nuestro ser interior estaba lleno de pampa, de un desierto en donde las voces humanas carecen de eco". (15) Manuel Gálvez habla aquí de un aspecto de la barbarie invasora que le impone al hombre civilizado la falta de verdadera comunicación entre los hombres de la cual resulta la soledad en que vivían. También es de interés que después de corridos los veinticinco años Gálvez describe en casi las mismas palabras que se encuentran en *Nacha Régules*, las características del bárbaro.

¿Y por qué gritaban tanto, por qué tantas gesticulaciones? A veces reían de la exaltación de alguno de los otros, se burlaban de su exagerado acaloramiento, que les parecía injustificado. Claraval veía en todo eso una necesidad de hacer bulla. Más que las ideas les interesaban las palabras, los ruidos; exclamaciones de asombro, risas, chillidos, gritos, llamados de atención mediante el golpear de una mano con la otra o de un cuchillo contra un vaso. El verdadero intercambio de ideas no les interesaba realmente o no eran capaces de realizarlo. La exposición y defensa de las ideas, exige una serenidad, una comprensión, una interna pasión intelectual que no tenían. Y lo más curioso era que cada uno hablaba por sí y no para comunicarse con los otros. Aunque los demás no le atendieran, queriendo hacerse oír. No esperaba que los demás se dispusieran a oírlo. Ocupados en imponer sus propios argumentos, cada uno seguía hablando, gri-

(14) Manuel Gálvez, *Hombres en soledad*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1942, p. 66.

(15) *Ibid.*, p. 275.

Seguía hablando, haciendo ruido. La cuestión no era convencer a nadie, sino imponerse. Y no tampoco imponer su modo de pensar, al cual, en el fondo, y tratándose de ese tema, no le daban gran importancia, sino de imponer su persona, su temperamento, su "yo". No era aquél un diálogo. Era un conjunto de monólogos ruidosos. Acaso no les interesaba el comunicarse y, sin saberlo, preferían quedar en su aislamiento, en esa soledad de la que después algunos se quejaban (16).

Aquí faltan algunos pormenores que trae el retrato original, pero su espíritu es el mismo. Se trata en este pasaje de personas muy por encima del nivel del Pampa y sus amigos, pero lo curioso es que tienen características muy parecidas, la afición a la bulla, la vulgaridad, la falta de cortesía, del respeto al prójimo; pero, después de veinticinco años, Gálvez suaviza algo el golpe: nos dice al concluir... "tenemos algo de salvajes como los niños".

Sin embargo, cuando abarca el tema del argentino en Europa, su lenguaje no pierde nada al pasar los años:

Pero no era necesario venir a Buenos Aires para enterarse de la mala educación y guaranquería de los argentinos. Ella los había visto en París. Muchachos que llevaban apellidos ilustres escandalizaban en los cabarets y restaurantes, provocaban a los concurrentes con cualquier pretexto, pegaban a los mozos, rompían las copas y los platos, gritaban como energúmenos y hasta se resistían a la autoridad. Andaban por París como por tierra conquistada, con aire superior, casi siempre con una mujer a su lado (17).

En *El mal metafísico*, una novela que parece estar de medio camino entre *Nacha Régules* y *Hombres en soledad* encontramos las mismas ideas sobre la barbarie poco cambiadas; "nadie tenía la culpa de nuestra barbarie," exclama uno de los personajes del libro... "Era cuestión de raza, nada más. ¡Descendemos de indios y se españoles! ¡Qué gran país! (18) En parte todo eso se explica a base del desarrollo económico de la nación:" en este país jamás hubo literatura, ni la habría en muchos años. Ella vendría con la riqueza. Mientras la República permaneciese en un período de civilización primitivo, como era el

(16) Ibid., p. 276.

(17) Ibid., p. 277.

(18) Manuel Gálvez, *El mal metafísico*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1943, p. 45.

agropecuario, no había que pensar en tener literatura. Sólo se escribían buenos versos cuando hubiese en el país muchas fábricas". (19) En estas citas vemos el enlace entre la barbarie invasora, procedente de los antepasados gauchos de *Nacha Régules* y matices de la misma idea en *Hombres en soledad*. Aquí es cuestión de la "raza" que todavía no se ve modificada y cambiada por la cultura que está en un estado relativamente primitivo. Es de notar que Gálvez no pierde de vista la posibilidad de que, al andar el tiempo, se civilizara su Argentina. Los "buenos versos" que en este caso simbolizan la civilización, vendrán cuando haya bastantes "fábricas" y bastante tiempo para asimilar sus productos. Mientras tanto, desde luego, queda, en efecto, la barbarie que Gálvez caracteriza en sus ensayos como falta de espiritualidad, falta de desinterés en los estudios. Son estudios interesados los que hacen los semi-bárbaros; nos dice Gálvez del héroe del *Mal metafísico*, Carlos Riga:

Además odiaba la Facultad, el espíritu chicana que predominaba en ella, la carencia de ideales que ostentaban los estudiantes, la mediocridad de los profesores. Eran raros los muchachos que amaban desinteresadamente el Derecho. Tomaban los estudios como un medio de alcanzar una carrera productiva. Y por eso, lo único importante para ellos era saber bien los códigos. Despreciaban a los que tenían interés por la Filosofía, por la Economía política, por cualquiera de las "materias líricas". No leían jamás un libro, no ya de literatura, pero ni siquiera de sociología. Al verso le execraban como a un enemigo personal (20).

Lo importante es abrirse camino, cueste lo que cueste. Cualquier cosa o cualquier materia que no promueve ese fin resulta inútil e inservible. Buenos Aires, según Manuel Gálvez, es "un territorio admirable para los hombres de presa, para los conquistadores audaces" (21).

Es curioso que sea el "conquistador" audaz el que interesa a Gálvez. Es él bárbaro, su símbolo. Sus libros pertenecen casi exclusivamente a la clase media, a la clase superior. Casi nunca interviene en ellos la clase obrera, los trabajadores de las fábricas, de los muelles, de las estancias. Es casi como si no existiese semejante componente de la

(19) Ibid.

(20) Ibid., p. 94.

(21) Ibid., p. 143.

sociedad. Cuando interviene en sus novelas una u otra figura de esta clase es un hombre visto a lo lejos, una sombra que se vislumbra brevemente y desaparece sin dejar huella. Sólo de cuando en cuando vemos algo del impacto de esta gran masa de los argentinos en sus novelas, y entonces es el impacto del conjunto, no de individuos. Tomando como punto de partida un viaje de tranvía, Gálvez mediante su héroe, Claraval, observa:

Un solo asiento estaba libre y allí se instaló. Debajo, como era frecuente encontrar en los tranvías de Buenos Aires, un maleducado había dejado un charco de escupidas. Para peor, un sujeto tarareaba sin parar, y dos amigotes hablaban a grito pelado. Claraval, exasperado, recordó otras formas de barbarie habituales entre nosotros: el que gritaba en la calle, llamando a alguien; el que corría por la calle; los que, el domingo, cuando volvían de sus excursiones, insultaban desde sus camiones a los que iban en automóvil y decían groserías a las señoras; lo que, por la noche, mutilaban las obras de arte en los pascos y en las plazas; los que, por hacer una broma, arrojaban fósforos encendidos en los buzones; los que hacían propaganda al tango nuevo, escribiendo con carbón en todas las paredes de la ciudad; los que en las rutas de acceso a la capital cambiaban los letreros para hacer equivocar a los automovilistas, o los destruían; los que aturdían a sus vecinos haciendo funcionar la radio en su máxima potencia; los que fumaban en donde estaba prohibido hacerlo, y los que querían entrar antes que aquéllos a quienes les correspondía. Claraval veía en todo esto, desorden, indisciplina social, placer de desobedecer, barbarie orgánica e irremediable (22).

Es esa "barbarie orgánica" que constituye el fondo de las novelas de Gálvez. Casi se puede decir que sin entenderla bien no se puede entender la novelística de Gálvez. Es la antagonista, a veces sutil, de la tragedia. Su papel es de suma importancia. Es la fuerza bruta contra la cual luchan todos los personajes principales de Gálvez, el escollo contra el cual casi todos los héroes naufragan, tarde o temprano. Por eso hemos expuesto prolijamente el concepto del autor sobre el particular para que tengamos presente su mayor alcance y todos sus pormenores. En general no se halla personificada en un solo personaje antagonista que encarna todas sus características; más bien se hace sentir en todo el ambiente, en el conjunto de los personajes menores. Por eso calificamos de sutil, de perversa a esa fuerza visible y a la vez

(22) Op. Cit., *Hombres en soledad*, p. 73.

invisible contra la cual lucha el protagonista. En cierto sentido esta fuerza, esta barbarie, reemplaza, en la tragedia que se despliega ante nuestros ojos, al destino de la tragedia griega. Su efecto en las vidas de los protagonistas es igualmente implacable y aplastante.

Ya que hemos visto los pareceres de Gálvez sobre la barbarie podemos preguntar. . . ¿Cuáles son sus opiniones de la naturaleza, . . . del paisaje? Por fortuna, aunque no sea de esperarse, nos ha expuesto una teoría muy interesante en un ensayo titulado, *El paisaje como aventura*. En fin, cree que hay una relación íntima entre el paisaje y el estado espiritual del hombre, y que el argentino sufre severamente por la falta de un paisaje interesante. Sea lo que sea, plantea, como principio general que “el paisaje, o, si se quiere, la contemplación del paisaje, es algo necesario al hombre, al inculto como al sabio, al que tiene educada su sensibilidad como al que se mantiene en estado bruto”. (23) Y sigue explicándonos: “Para comprender el efecto de la permanente contemplación del paisaje en el hombre, basta observar al campesino de cualquier país; más profundo que el trabajador de las ciudades, más noble, más preocupado por las grandes cosas, más moral”. (24) No nos toca, desde luego, discutir este punto. De seguro, hay que acceder en que “la vida ciudadana está hecha en gran parte de artificio”. Y es su parecer que “el paisaje influye en la cultura de los sentimientos, en el arte, en la poesía, en la calidad del amor, en la serenidad del alma en la variedad del espíritu, en las formas sociales”. (25) Así es la importancia del paisaje. No es el único factor, pero influye en las cosas del espíritu, de la civilización. “En Europa”, observa Gálvez, “el paisaje forma parte de la vida del hombre”, (26) y cree que es la mayor desgracia del argentino el no tener los efectos benéficos de un paisaje estimulante:

El hombre de Buenos Aires, y en general el de casi todo el litoral argentino, padece la desgracia inmensa de no tener paisaje a su alrededor. He viajado algo, por el mundo, y creo que Buenos Aires es la única ciudad sin paisaje. No tiene montañas en sus cercanías, ni la cruza un bello río, no la rodean magníficos bos-

(23) Op. Cit., la Argentina en nuestros libros, p. 199.

(24) Ibid., p. 199.

(25) Ibid.

(26) Ibid., p. 201.

ques. Todo es llano, monótono, igual. El Plata es una pampa de agua, sin belleza, ni variedad, ni sentido (27).

Gálvez concluye sus observaciones con que, "por esto, la vida del artista es tan pobre y tan desolada en Buenos Aires", (28) y que "miles de almas se sientan desterradas" (29) allí. Todo esto, desde luego, dista mucho del concepto de Sarmiento sacado de una naturaleza destructora, pero está en camino hacia semejante concepto. En parte, por lo menos, el argentino de Gálvez es un bárbaro porque el paisaje no contribuye a su civilización.

Cuando volvemos a la novelística encontramos las mismas ideas repetidas allí. En *Hombres en soledad* Gálvez nos dice:

El hombre de Buenos Aires carecía hasta de paisaje, que era para él una aventura. Había bellos paisajes en la Argentina, pero hartos lejos, y no tenían todavía un sentido, no habían sido incorporados a nuestra vida, a nuestros dolores (30).

La semejanza entre estas dos citas es llamativa. En la última, Claraval cree que su aislamiento, su soledad depende en parte de esta falta de paisaje que nota el autor en la cita anterior. Las dos citas se expresan en casi las mismas palabras.

Sin embargo, cuando Gálvez se puso a escribir sus novelas históricas, estableció un contacto más íntimo con el paisaje. Se realizan raras veces batallas y campañas militares dentro de los confines de la ciudad. Se encontró Gálvez necesitado de romper con los límites de la vida urbana y contemplar, superficialmente, por lo menos, la influencia del paisaje en las vidas de sus soldados. Lo que vió, muy probablemente a través de los documentos, cartas y diarios, fué bastante desconcertante. Es la naturaleza la que asume las proporciones del mayor enemigo del soldado, una generalización bastante acertada en cualquier tiempo y en cualquier lugar. El soldado tiene que conquistar primero la naturaleza antes de que pueda pelear con éxito contra el enemigo hu-

(27) Ibid., p. 199.

(28) Ibid., p. 202.

(29) Ibid.,

(30) Op. cit., *Hombres en soledad*, p. 66.

mano. En cuanto a la conquista de la naturaleza los ejércitos de hace cien años eran menos hábiles que los de hoy día. Gálvez dibuja con maestría a sus soldados en plena lucha con las inclemencias de la naturaleza, especialmente en su imponente epopeya, *Escenas de la guerra del Paraguay*:

Pocos inviernos tan crueles como aquél. Cada dos días, sino día por medio, tormentas espantables derrumbábanse sobre el campamento. El huracán arrancaba las carpas, las sacudía violentamente, y los soldados quedaban, bajo la noche lóbrega, semidesnudos, estremecidos de frío, a merced de la tempestad. Los campos se convertían en bañados, y el río Uruguay, que iban costeanado, era un mar. Durante leguas y leguas, las tropas para marchar, debían chapalear en el lodo, cuando no soportar el agua hasta la cintura. Las heladas agravaban la obra de los temporales. Noches hubo en que, apagados los fogones por el ventarrón, la falta de leña impedía encenderlos; o bien la leña, mojada, no prendía. Varios hombres perecieron de frío. Acostábanse sanos, aunque debilitados por las fatigas y la mala alimentación, y amanecían muertos. Y estas marchas terribles hacíanlas descalzos, con los pantalones arremangados hasta la rodilla, lastimándose los pies y las piernas con las espinas y las piedras del camino. Innumerables soldados marchaban con las piernas rayadas de lastimaduras o ensangrentadas o con los pies hinchados (31).

Esta sí es una naturaleza verdaderamente hostil. Es una escena, esa, que puede repetirse muchas veces en la novela y añadirse por menores más graves. En el segundo libro de la serie, *Humaní tí*, encontramos a los soldados alrededor del fogón acordándose de sus sufrimientos de campaña:

Este hombre rememoraba la marcha desde la costa del Uruguay hasta Corrientes: tres meses de ríos y bañados, con el agua, a veces, hasta los hombros; de cansancio y de hambre; de vendavales que hacían volar las carpas; de enfermedades que se llevaban los compañeros a montones. Otro evocaba el campamento de Itatí, a pocas leguas de Corrientes; un martirio de moscas y de mosquitos, de hedores de osamentas.

—¡Qué ne hemos padecido! —exclamó alguien—. Yo vide cuando un rayo mató al sargento Farías y al cabó Núñez. En rueda, con cuatro soldados, apretaos lo unos con los otros, sentaos sobre los talones, aguantaban el frío y la tormenta...

(31) Manuel Gálvez, *Los caminos de la muerte*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1945, p. 111.

Otro vió a un hombre meterse en la selva y oyó sus gritos cuando el tigre lo destrozaba. Alguien enumeró los que murieron picados por las víboras y los que se ahogaron al vadear los ríos.

—¡Bah! --exclamó el sargento, que acababa de agregarse—. Eso no es nada, así lo de lo que hemos padecido aquí, en el Paraguay. ¿Se han olvidado de aquellos días del desembarco?

Las cabezas se agacharon, recordando. El sargento evocó las penas de aquellas crueles jornadas. ¡Seis días sin comer más que galleta y sin dormir ni media hora! Día y noche, era vadear arroyos y esteros, meterse entre carrizales cruzados de riachos y pantanos. Descansaban sobre el barro. Las municiones quedaban inservibles al mojarse. Las espinas se clavaban en las carnes. Los insectos mortificaban hasta desesperar. Todos se llenaron de piojos, y el pique hizo estragos. Raros escapaban del chucho. Algunos lo soportaban, pero a otros la fiebre diaria y los temblores los enflaquecían lastimosamente. Los médicos, sin quinina, envenenaban a los palúdicos con arsénico (32).

Es difícil imaginar un enemigo humano que pueda haber sido peor, que pueda haber hecho más estragos en el ejército aquél que las fuerzas nada benéficas de la naturaleza. No obstante no se detiene Gálvez para hacer teorías sobre la naturaleza y sus efectos adversos en la vida humana. Es en primer término un novelista de la ciudad, y se interesa más por el desarrollo del carácter de sus personajes, de los sucesos militares y políticos que en el paisaje. Como se puede deducir de las citas arriba expuestas, nota el paisaje, sus dificultades, sus terrores y sus bellezas, y además, observa con exactitud y mesura, la plena lucha de sus personajes, con ello, pero no es, ni mucho menos, el punto de enfoque que es el ambiente de Buenos Aires. En una palabra en sus novelas históricas, no hace el paisaje, el papel importante y compulsivo del ambiente bárbaro en las de la ciudad. Puede ser que ésto tenga su razón en que escribe de una época ya pasada y muerta; no escribe del campo vivo o de personas vivas; por eso no sacó un concepto de la naturaleza como agente formativo en la barbarie como lo hicieron Sarmiento y Mármol. Habrían sido otros sus conceptos si hubiera escrito sobre el campo vivo y contemporáneo, pero no lo hizo, y no podemos ir más allá de nuestro autor. No obstante, podemos decir, que sintió el efecto del paisaje, o, al menos su ausencia, en la barbarie

(32) Manuel Gálvez, *Humaitá*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1947, p. 8.

de Buenos Aires, y que observó con acierto la naturaleza destructora. Y no sólo podemos decirlo, sino podemos apoyarnos en citas sacadas de un ensayo en donde expone a la plena luz del día su filosofía básica

Ya hemos hablado de paso del héroe trágico de Gálvez. Es importante que veamos un poco más de cerca a este héroe, o protagonista. Conocemos por añadidura, a través de numerosas citas sacadas de sus ensayos y novelas los matices del concepto de Gálvez de la civilización y de la barbarie. El ambiente, materialista, interesado, vulgar, conducente a los goces sensuales, y sobre todo, interesado y mecánico, es el antagonista del drama. Son, al contrario, los calificativos opuestos los que caracterizan al héroe-protagonista, que encarna y simboliza en su persona la civilización. Vemos en el primer éxito novelístico de Gálvez, *Nacha Regules*, a Fernando Monsalvat, quien es más bien que Nacha, el personaje central de la historia, introducido así: "muchos ojos se amontonaron sobre un hombre extraño, solitario en una mesa. Era extraño a fuerza de tristeza y preocupación, y por su absoluta indiferencia a todo lo que le rodeaba. Vestía de negro, con elegancia y severidad. Su rostro era magnéticamente atrayente. Se sentía que ese hombre tenía un alma. Y que esa alma sufría. Por sus facciones diluía una expresión atormentada". (33) Lo importante es que Fernando Monsalvat tenía "alma". Precisamente es el alma lo que le falta al bárbaro, el alma y la capacidad de sufrir en un ambiente materialista. Vale la pena hacer hincapié en que la "indiferencia" de Fernando Monsalvat, en este caso, es a los placeres y goces sensuales del cabaret en que se encuentra, y no a la vulgaridad que le rodea. En esa vulgaridad, ese materialismo que derrota al héroe trágico de Gálvez tan seguramente como la dureza y hostilidad de la naturaleza derrota a los de Quriga o Rivera. La historia de Fernando Monsalvat es una de desintegración frente al ambiente. Y son sus ideales que le incapacitan para la lucha. He aquí la clase del idealismo que le lleva al desastre:

¿Por qué sacrificar la propia vida, la tranquilidad, la felicidad, por los otros? Si era tanta la miseria del mundo, ¿qué podría la obra individual, pequeña y lenta? ¿Por qué dar toda el alma a una cosa sin recompensa visible?

(33) Op. cit., *Nacha Regules*, p. 6.

Monsolvat contestó:

—Sacrificarnos por los demás es un deber. Es la única razón de vivir. Si todos lo hiciéramos así, la vida sería una gran belleza. Es para mí un deber de conciencia, porque siempre debemos poner nuestra vida de acuerdo con nuestras opiniones ideales. Es un deber hacia aquellos a quienes les hemos quitado su parte de felicidad. Otros, casi todos, no cumplen. Y no sólo no cumplen su ley de amor, sino que quieren ser egoístas y malos. Pero esto mismo, Nacha, ¿no nos obliga a nosotros? Tenemos que ser perdonados por nuestras culpas hacia nuestros hermanos, por la inmensa culpa de la sociedad, en la que todos tenemos nuestra parte (34).

Fernando Monsalvat no sólo trató de poner en práctica en su propia vida estos ideales, sino otros muchos de calibre semejante. Ni sus amigos, ni siquiera a los que intentó ayudar le entendieron; a menudo por ignorancia, por escepticismo, por malicia le frustraron, le derrotaron en sus propósitos nobles y hasta le humillaron cruelmente. De él, el Pampa y sus compadres, quienes de un momento a otro encarnan la barbarie antagonista del ambiente, opinan así:

Un hombre que se pasaba las horas escribiendo y leyendo, debía ser forzosamente un zónzo. El desprecio de estos muchachos era sincero. Productos de la incultura que les rodeaba, veían en los hombres de estudio a sus más fuertes enemigos. No comprendían que se pudiera vivir para otra cosa que para el placer, y entendían por placer la satisfacción de sus instintos primarios. Odiaban el libro y aun el periódico, adivinando en la obra de la inteligencia una fuerza poderosa que podría acabar con sus indiadas (35).

En este ambiente la historia de Fernando Monsalvat es una lenta desintegración moral y física. De superficie no es más que una triste crónica de su intento de salvar a Nacha, dándole escapatoria de su vida ruin y pecaminosa, pero las trabas y frustraciones que encuentra en su camino, claro está, son las del ambiente. Es una ironía digna de ponderarse seriamente que es Nacha por fin la que salva a Monsalvat que se halla perdido e incapaz de ayudarse a sí mismo.

Cuando se trata de Gervasio Claraval, el héroe de *Hombres en soledad*, la desintegración es menos obvia; no obstante es igualmente implacable. Por ser ensayista y pensador, no sólo fracasa su estudio y

(34) Ibid., p. 64

(35) Op. cit., *Hombres en soledad*, p. 273.

su matrimonio, sino lo más cruel de todo, sufre en sumo grado del aislamiento que le impone el ambiente materialista e interesado. “¡Es demasiado civilizado, el pobre Gervasio!” (36) exclama uno de los personajes de la novela, y con eso está condenado irremediablemente ante los ojos de sus Buenos Aires. No creen sus contemporáneos que un hombre inteligente, a saber, intelectual, y sobre todo, un ensayista y literato puede ser a la vez un abogado hábil. “Un borroneador de papeles, por inteligente que sea, no representa nada”, (36) opina un pariente político de Claraval, y ese fallo, universal en Buenos Aires se aplica igualmente a Gervasio Claraval que al literato en cuestión, Pedro Roig. Su estudio daba apenas para vivir, porque, a pesar de sus importantes enlaces sociales”, a un abogado nada le desprestigiaba tanto como el escribir literatura”. (37) Obstaculizado así en su lucha por la vida imposibilitado por no tener lectores a abrirse paso en el campo de las letras, Gervasio está destinado al fracaso. Ni siquiera puede encontrar la verdadera amistad. “La vanidad, nuestro vicio nacional”, explica Claraval, “es también madre de la insinceridad, del materialismo, de los viles intereses. Aquí ni la amistad es posible, porque en ella mezclamos el interés y la vanidad”. (38) El resultado de todo eso es que Claraval y todo su índole sufre del aislamiento espiritual, la soledad. Llega a ser, la soledad, la enemiga principal del hombre espiritual en Buenos Aires. Y no es aquella soledad inevitable en que vive a fuerza todo ser humano, sino un estado hecho más profundo por el ambiente

Gálvez reconoce la diferencia y nos dice:

La soledad nace de la impotencia para salir de nosotros mismos, para vivir los sentimientos de los otros y penetrar en el fondo de sus almas. No nos conocemos ni podemos conocernos por completo. Hay en el alma del hombre un *sancta sanctorum* en donde nadie puede entrar. Los cuerpos, al revestirlas, las ocultan. La soledad es el anticipo de la muerte, o la realización de la muerte en medio de la vida (39).

(36) Ibid., p. 295

(37) Ibid., p. 95.

(38) Ibid., p. 21.

(39) Ibid., p. 184.

Cabe afirmar que no sea ésta la especie de soledad que aflige a Gervasio Claraval, y a muchos otros en el libro, sino la que impone el ambiente. "En Europa no se siente como aquí la sensación de soledad", exclama uno de los personajes de la novela. "Aquí andamos como al borde de un precipicio. Y este vacío de la pampa ha penetrado en todo: en la vida, en la literatura, en la acción, en la política..." (40). De este vacío de la pampa, de esta falta de contacto sincero entre los seres humanos todos sufren en Buenos Aires. Frente a esta soledad, Gervasio Claraval se rindió.

Es digno de notarse que Gálvez tiene la mala costumbre de salvar a sus héroes en violación de la lógica. Nacha Regules sacó a Fernando Monsalvat de entre las manos de la muerte y por fin, Gervasio Claraval hace una especie de compromiso con el fracaso y la soledad con su amiga, Brígida. Ni el uno, ni el otro, como final de novela sería, resulta satisfactorio en vista de la trayectoria de la historia hasta entonces desarrollada. Semejantes finales forzados estropean en sumo grado el poder dramático de la novela y el único motivo visible por semejante torpeza artística estriba en el deseo del autor de mitigar la dureza de su triste historia con esperanzas de más amplias ventas, un motivo indigno de un autor de primer orden.

Sin embargo, cuando volvemos los ojos hacia *El mal metafísico* no se nota el defecto arriba comentado. La historia de Carlos Riga sigue la lógica implacable de los sucesos y los hechos y termina en la muerte trágica del héroe que peleó sin tregua y sin cuartel por una vida espiritual y honrada, y que se vió derrotado al fin por el ambiente bárbaro de Buenos Aires. Es el más simpático, Carlos Riga, de todos los héroes galvecianos por su sencillez y por su honradez intachable. Cuando hablaban sus compañeros, los literatos jóvenes de Buenos Aires, de la gloria y de la riqueza, Carlos Riga "se contentaba con poca cosa; una casita modesta en los alrededores de Buenos Aires, un pequeño jardincito, un empleo que le permitiera realizar su obra literaria y una mujercita que le quisiera y le diera hijos para hacer menos triste su muerte" (41). Estas palabras al repetirse a lo largo de la triste

(40) Ibid., p. 181.

(41) Op. cit., *El mal metafísico*, p. 53.

historia de Carlos Riga, cobran, a fuerza de las repeticiones, un énfasis cada vez mayor, casi fatídico. Desde luego Carlos Riga nunca realizó esos fines modestos que se propuso, y la distancia entre ellos y la realidad cotidiana de su vida es la medida de su tragedia. Como artista sus fines eran estos: "realizar su obra por amor al trabajo, por cumplir con su vocación, por cariño a la patria cuyo valor se acrecentaba con la obra intelectual de sus hijos, por arrojar en la sociedad un poco de desinterés, de belleza, de ensueño, de amor y de idealidad". (42) No hay que decir que la sociedad se obstinó en no hacer caso a Carlos Riga cuyo espíritu luminoso se extinguió apagado por la indiferencia y el odio del ambiente materialista e interesado que no ofrece ningún abrigo al poeta y al artista.

Capta, a veces, Gálvez, esa calidad pura y luminosa de la vida de Carlos Riga que le apartó de los demás, que le hizo el prototipo del protagonista civilizado, el soñador dedicado a crear belleza de su pobreza y aislamiento:

Mientras, toda la casa dormía. Habían sonado las doce y media en el reloj del comedor. No se oía ningún ruido, y en la oscuridad del patio, bajo la noche sin estrellas, no se veía más luz que la de una vela iluminando el trabajar silencioso del muchacho. Al través de los vidrios la figura parecía agrandada, y dijérse que aquella luz aureolaba su cabeza. Era un sembrador espiritual, y, como él, otros pobres muchachos, en la gran ciudad de Acción y de Energía, al margen de la Riqueza, arrojaban, inclinados sobre sus mesas de trabajo, ensueños, ideales, belleza, desinterés. Ellos construían intrépidamente, en el desdén de los hombres, en la abnegación de su apostolado, sin más recompensa que la propia satisfacción, la gloria de la patria. Y cuando muchos años hayan pasado, esos muchachos, esas pequeñas figuras silenciosas y tristes, cobrarán proporciones altísimas, se tornarán, para la Historia y el Sentimiento, en admirables Héroes (43).

De ellos fué Carlos Riga, y se murió como ellos, sin esperanzas, exhausto por la lucha, y fué sepultado en una tumba humilde por un manojo de amigos, no del todo fieles. "En materias literarias, era de una honradez única. Jamás dijo cosa que no pensara, jamás transigió con la mediocridad. Era sincero, noble, bueno, infinitamente sensi-

(42) Ibid., p. 54.

(43) Ibid., p. 41.

ble. . .” (44) Por estas cualidades el mundo le premió así: “En su familia, entre sus condiscípulos, entre sus mismos colegas”, “encontró obstáculos”. “Su libro, que era un bello libro, fué un fracaso. Y es que aquí nadie se interesa por los poetas. Más aún, se tiene desconfianza de los literatos, no hay simpatía hacia la literatura, y se odia al verso. ¡Pensar que cuando publicó *Los jardines místicos*, un libro de versos donde no ofendía ni podía ofender a nadie, recibió anónimos insultantes e injuriosos” (45). En la amargura de su corazón, un poco antes de su muerte, Carlos Riga pensaba en su vida y su fracaso en estos términos: “Y toda esta gran belleza del mundo, toda esta suma de armonía y de bien no era para él que la había soñado, que tal vez la había creado en la infinita sed de su corazón. ¡Ah, la vida, miseria vil, estúpida ilusión, canallesco engaño del Destino!” (46) En la tarde en que le sepultaron, los pocos amigos que le quedaron, “la lluvia caía fina y tristemente”.

Es nuestra desgracia peculiar que vivamos en una época de escepticismo proveniente, tal vez no sólo del maquinismo de nuestras vidas cotidianas sino de nuestra preocupación con pruebas científicas que no nos permite considerar como hecho positivo una proposición que no se demuestra y no se comprueba terminantemente en una manera concreta y visible. Lo demás es a lo mejor dudoso y discutible. El hombre medieval quien por lo visto encanta a Gálvez aceptaba de buena gana y de buena fe una realidad más allá de la física: para él el mundo espiritual era a veces más real y concreto que el de sus quehaceres de todos los días y no era menester, por lo tanto, más que cierta lógica y consistencia en el argumento para convencerle y satisfacerle. Eso explica el enorme éxito de la lógica deductiva de los filósofos escolásticos y de los teólogos como Santo Tomás de Aquino. Eso explica también el que haya escrito Dante un *Paraíso* que iguala en su noble belleza y sublimidad a su *Infierno*. El paraíso para él fué tan real, tan concreto y tan demostrable según su lógica como la Florencia en que nació y sufrió sus primeras decepciones. Para nosotros hoy día es de poca monta

(44) Ibid., p. 240.

(45) Ibid.

(46) Ibid., p. 242.

que su paraíso superó en su noble y depurada hermosura a su Florencia pero en aquel entonces fué de rigor. . . Todos sus lectores concibieron el paraíso no sólo en términos concretos sino en los de belleza superlativa.

Es interesante que tres siglos más tarde Cervantes no se atrevió a pintarnos un paraíso. Se limitó a dar a su héroe una muerte cristiana con todos los auxilios espirituales de la iglesia, y su contemporáneo, Shakespeare, se contentó con unos cuantos fantasmas, videntes y brujas, introducidos, quizás en gran parte para su efecto dramático. Es significativo que esos autores, iguales a Dante en su capacidad por una penetración espiritual se limitaron a estudiar el problema de lo moral dentro del marco del mundo visible. La explicación es que el espíritu crítico-científico del renacimiento se había hecho sentir tanto en el intervalo que ya no fué posible escribir de veras sobre un paraíso. Desde luego Milton y Goethe escribieron pretéritamente sobre temas celestiales, pero lo que nos interesa por una parte es la fábula de los ángeles revoltosos y por otra el problema moral de Fausto y Margarita; el cielo va sea sólo un fondo decorativo que muy bien puede haber sido la tierra. Al correr los años el espíritu crítico científico nacido en el renacimiento se ha extendido cada vez más hasta que hoy día es casi imposible escribir con éxito sobre un tema sobrenatural. Tal vez por eso suelen ser más poderosas nuestras jeremiadas que nuestras apologías.

Las novelas de Gálvez que hemos visto hasta aquí son esencialmente jeremiadas. Son de todo punto, gritos de protesta contra el cursi materialismo falta de espiritualidad de su época y como tal son ejemplos primorosos de su género. Destilan una pasión frenética y un sabor amargo de boca que distinguió al antiguo profeta hebreo: pero son esencialmente negativas, cuadros negros de derrota y desintegración. Nos señalan nuestras fallas y nuestros pecados tanto de comisión como de omisión, pero excepto por inversión no nos señalan el verdadero camino hacia la salvación. Tenemos derecho a preguntar. . . ¿Si ahora hacemos mal y vivimos vidas estériles y áridas. . . en qué manera acertaremos a hacer mejor en lo adelante? La respuesta ha sido siempre débil y poco convincente. Gálvez, como los demás de sus hermanos de índole jeremías, nunca ha encontrado éxito cuando ha echado mano a

la novela con el fin de señalarnos el camino hacia la salvación. En su *Tragedia de un hombre fuerte* cuyo propósito visible fué predicar sus ideas sobre el modo de escapar de las redes de nuestro ubícuo y aplastante mecanismo y materialismo no logró externar más que unos cuantos lugares comunes, sólo un poco menos cursis que los de la filosofía materialista que condena. Después de hablarnos en términos altísonantes de la vida, la voluntad, el trabajo y el amor como elementos íntegros e imprescindibles de una vida nueva, el héroe de la novela, Víctor, concluye así la exposición de su filosofía:

SOLIDARIDAD —una forma de Amor: amor al gremio, a la Patria, a la raza, a la Humanidad a todo lo que nos está ligado, por la inteligencia o por el sentimiento o por la sociabilidad— y de la SINCERIDAD, verdadera condición de los hombres nuevos, que exigían la sinceridad de las conciencias y de las naciones, de nuestros actos individuales y de la política de los Estados. Y con aquella trágica angustia que crecía por instante, exaltó la LIBERTAD. “Sé libre, amigo mío, en la solitaria cumbre de tu alma”, exclamó con un acento extraño y roto, que asombró a los discípulos.

Y como ya el dolor le martirizaba y aquellas imágenes eran cada vez más obsesionantes, Víctor quiso terminar pronto con la enumeración y explicación de los dogmas de la Vida Nueva. Y habló rápidamente de la JUSTICIA, de cómo debíamos realizarla en todos los momentos, en nuestras conversaciones y en nuestros actos, en nuestra condición de individuos, de ciudadanos y de hombres. Y habló no menos rápidamente del IDEAL, del imperativo categórico mediante el cual la Vida Nueva nos exigía que tuviésemos un ideal. Los ideales justificaban la vida, la embellecían, la purificaban, la exaltaban.

Todo se había oscurecido. Ni Lucy ni los discípulos. Una gran oscuridad, un silencio infinito que le hacía daño y que allá en el fondo del alma revolvía le secretamente la dolorosa llaga. Sentíase pálido y desfalleciente. Apenas tenía palabras para el último de los dogmas de la Vida Nueva: la ESPERANZA. Los discípulos suponíanle fatigado. Ya la voz temblaba, se oscurecía, se cortaba (47).

Es de interés que, pese a las intenciones optimistas del autor, surge aquí una nota negativa que mezcla con la idea de victoria un senti-

(47) Manuel Gálvez, *Tragedia de un hombre fuerte*, Editorial Tor, Buenos Aires, 1942, p. 300.

miento o presagio de derrota y fracaso. Víctor, cuyo éxito en los negocios y en la política es sobresaliente, no se encuentra a la larga en condiciones mucho mejores que las de Gervasio Claraval o Carlos Riga. El ambiente le impone el aislamiento espiritual en el que estriba su tragedia. Sus teorías, por lo tanto, no son las que pueden persuadir a un pueblo extraviado que ha encontrado en su Vida el verdadero camino de la salvación.

Ya hemos visto el concepto de Gálvez de la civilización como un sentido religioso de la vida en su acepción católica y espiritual. Por eso podemos esperar de él una apología católica a la vez atrayente y poderosa; pero en esto nos llevamos chasco. Su dibujo del Catolicismo tal como se ve en *Miércoles Santo* está lejos de ser persuasivo, especialmente para una generación incrédula como la nuestra. Como muchos otros autores cristianos cae Gálvez en el error fatal de concentrar su atención sobre la patología cristiana en vez de los triunfos y victorias de su militante espiritualidad. Tanto el héroe de su libro, el padre Eudasio Solanas como sus feligreses son un caso patológico y toda su triste historia es la de la neurastenia y frustración impuesta por una sensibilidad afligida en conflicto con el dogma cristiano. En momentos de su mayor aflicción el padre Solanas se vuelve positivamente medieval.

Abrió el ropero y sacó unas disciplinas. Desnudóse el busto y, con mano fuerte, empezó a castigarse. Sus opulentas grasas quedaban rayadas. Medallitas y cordones de sangre decoraban sus carnes inocentes. Los quejidos permanecían en su encierro corporal: si pretendían escaparse, un latigazo más potente los empujaba hacia adentro. Por fin, chorreando sudor, dibujadas las espaldas con rojos jeroglíficos, jipando, se arrojó de boca sobre el lecho. Y en esta posición se quedó dormido (48).

Este tipo de autocastigo puede haber atraído y encantado a un hombre de la Edad Media: pero nuestra época ya es muy otra. La tarea que Gálvez se impone es persuadir a la mente moderna que por los buenos o los malos no es muy creyente. No se le antoja ni la flagelación ni otras manifestaciones de la patología cristiana. Lo único que le puede atraer son pruebas convincentes de que el cristianismo puede ayudarle a hacer frente a las dificultades y congojas que la vida mo-

(48) Manuel Gálvez, *Miércoles Santo*, Editorial Hachette, Buenos Aires, 1943. p. 18.

derna trae consigo. En lugar de esto Gálvez nos pinta un retrato tan negro de conflictos y frustraciones que no deja de repugnar a los que su autor quiere convertir. Sólo con un cuadro positivo de las victorias de un cristianismo militante puede un autor, por creyente que sea, sacar a una generación de víboras de sus errores y pecados. Esa generación busca a ciegas la luz. Gálvez le señala las tinieblas.

Por uno u otro motivo los héroes galvecianos no tienen escapatoria del ambiente bárbaro de Buenos Aires. Se rinden. En parte eso puede ser porque les falta el sostén del catolicismo. Tienen en sumo grado el sentido religioso de la vida, pero es un sentido secolar. Tal vez por eso fracasan y se rinden. No obstante, es la barbarie que les conquista, la barbarie, no de la naturaleza, como lo fué en los escritos de Sarmiento, sino la del materialismo. Ya hemos visto a través de los ensayos el concepto de Gálvez de la civilización, de la naturaleza, y de la barbarie. Si su concepto tiene un matiz diferente del de Sarmiento, es de esperarse. Cambian, al correr los años, los tiempos y las condiciones, y la Buenos Aires que Gálvez encontró, ya no era la Buenos Aires de Sarmiento. Sin embargo, Gálvez se mostró, desde el punto de vista histórico, capaz de apreciar el concepto sarmientino en su sentido original. Escribiendo sobre aquel encuentro histórico entre Lavalle y Rosas, nos dice: "Lavalle, sin ser precisamente un espíritu europeo, era un hombre de ciudad, un caballero; era noble, confiado, ingenioso, leal. Rosas, sin ser un gaucho, había adoptado las costumbres de los gauchos, y había adquirido, en veinte años de contacto con ellos, su misma idiosincrasia. Era astuto, frío, calculador. Así como Lavalle representaba en aquel encuentro a la ciudad culta, Rosas representaba a la campaña semibárbara". Aquí vemos el conflicto entre la civilización y la barbarie personificado en dos de los grandes actores del drama. Cuando Gálvez se puso a escribir, ochenta años más tarde que Sarmiento, la barbarie había inundado la ciudad, que ya no era el refugio de la civilización que concibió éste. Gálvez localizó su refugio en Europa, redujo el papel de la naturaleza a una sombra como agente formativa de la barbarie, la que nos pintó en plena posesión de la ciudad. No obstante vemos, a través de los ensayos y especialmente de la novelística, su reconocimiento del hecho de que la barbarie argentina tenía hondos enlaces y raíces en el campo. Es esa barbarie cam-

pesina que se muestra más fuerte que el protagonista de la civilización que se rinde frente a un materialismo inhumano. Eso no es más que otra modalidad de la naturaleza que por sus proporciones gigantescas, embrutece y empequeñece al hombre. De todos modos es significativo que emplea Gálvez el mismo tipo de antítesis que empleó Sarmiento: la civilización y la barbarie. Son meramente interesantes los valores diferentes que Gálvez da a estas dos palabras.

CONCLUSION

En resumen, podemos concluir que hacia mediados del siglo XIX apareció en la literatura sudamericana una actitud ante el campo que ha perdurado hasta nuestros días; el campo representa los males sociales, inculca en el hombre los vicios y le embrutece. En una palabra, el campo es la "barbarie". En cambio, la ciudad simboliza todas las virtudes morales y cívicas, ennoblece al hombre y le enseña los ideales. La ciudad encarna la "civilización" que está en conflicto con la barbarie del campo. Este concepto se basa en la idea de que la naturaleza es en sí y por sí enemiga del hombre.

Esta antítesis, civilización-barbarie, encontró su primera y quizá más importante expresión ideológica en el *Facundo* de Sarmiento cuyo concepto se formó a raíz de sus observaciones de la naturaleza vasta e inhospitalaria de la pampa argentina. Anterior a Sarmiento, muchos historiadores y viajeros habían visto la misma pampa y habían observado los mismos hechos que Sarmiento incorporó en su obra maestra sin formular filosofía alguna. Calixto Bustamante, Carlos Inca con su *Lazarillo de ciegos caminantes* es típico de ellos. Fué Sarmiento quien primero vió la relación entre la barbarie del hombre de la pampa y la inmensidad abrumadora de su paisaje y planteó el conflicto entre la ciudad y el campo que la rodea. Para él la ciudad fué literalmente un "recinto" o refugio de la "civilización". Sin embargo, fué José Mármol, quien primero incorporó la antítesis en la literatura imaginativa con su *Amalia* publicada unos cinco años después de la aparición de *Facundo*. Mármol, un novelista y poeta, vió aún más claramente que Sarmiento el elemento humano y su relación íntima con fuerzas que formaron el carácter del peculiar campesino de la Argentina, su aisla-

miento "del trato de la sociedad civilizada", "los espectáculos más salvajes" que vió todos los días, la "inmensidad" y hasta la "soledad" con que tuvo que luchar cotidianamente. Mármol, con todo, sintió una intimidad más estrecha entre el campo y sus habitantes que Sarmiento. La naturaleza creyó que no les educó. No obstante no debemos cegarnos al hecho de que los dos, Sarmiento y Mármol, vieron el problema en términos de la lucha sin tregua entre el campo y la ciudad, en fin, una lucha entre la civilización y la barbarie, pero en el fondo de ese conflicto quedó la naturaleza peculiar de Sudamérica que prestó su validez a las ideas de ambos autores y que hizo posible que se ensanchara más tarde su actitud fundamental por lo largo y por lo ancho del continente meridional a medida que las condiciones geográficas correspondieron en su efecto sobre la vida humana a las de la Argentina.

En el segundo capítulo de este estudio hemos visto en detalle "mediante una selección representativa cómo este ensanchamiento ha ocurrido en la literatura moderna. En los tres libros tratados allí, *Huasipungo*, *La vorágine* y *Doña Bárbara*, hemos observado vislumbrarse con ciertas alteraciones naturales de énfasis las ideas y los sentimientos propios a la antítesis civilización-barbarie tal como lo expresó Sarmiento. Hemos visto en uno u otro grado la naturaleza salvaje, inculta, hostil, en fin, a los mayores esfuerzos del hombre por conquistarla. Hemos visto a ese hombre desintegrarse moral y físicamente ante sus asaltos y hemos visto la ciudad destacarse como refugio y abrigo de la civilización. El primero de estos libros es de Ecuador, el segundo de Colombia y el tercero de Venezuela. Eso sugiere la extensión que ha tenido en Sudamérica el concepto sarmientino en la literatura moderna. Todos estos países tienen paisajes distintos entre sí y distintos al de la Argentina en donde se originó el concepto, pero todos son, no obstante, paisajes que tienen un elemento en común, su hostilidad al esfuerzo humano y su inmensidad. Llegan por fin a empequeñecer a su víctima e inculcan en él la desintegración moral. De esto podemos concluir que se ha ensanchado la actitud sarmientina a medida que corresponden las condiciones geográficas que producen una experiencia de la naturaleza que se semeja a la de la Argentina.

Cuando volvemos a la tierra misma de Sarmiento encontramos como es de esperarse, que la tradición literaria que originó florece to-

davía en las letras modernas. Sus ideas, desde luego, han sufrido ciertos cambios de énfasis, pero lo importante es que se conserve su antítesis. En la obra de Horacio Quiroga la que es la materia prima del tercer capítulo de este estudio, encontramos un cuadro poderosamente dibujado de la naturaleza inhospitalaria a los esfuerzos del hombre por dominarla y conquistarla. Casi todos sus personajes encuentran sólo la derrota en su lucha con ella; los pocos que tienen éxito lo tienen por pura casualidad. Es a lo sumo significativo que aproveche Quiroga la antítesis sarmientina al definir y precisar su ideología; carece de importancia a la larga que sea partidario de la bárbara libertad y de que exalte a veces a las fieras. Lo importante es que piensa dentro del marco estrecho de la tradición sarmientina; en su mente la "plena barbarie del bosque tropical" se opone a la civilización cuyo refugio es la ciudad. Allí vuelven sus hombres y sus exhombres después de sus fracasos en la selva, algunas veces, como el desgraciado Málter, para morir en paz, otras veces como Morán para cobrar fuerzas para otra acometida. Por desgracia no vemos en los cuentos de Quiroga la lenta desintegración de carácter frente al salvajismo de la naturaleza que hemos visto con tantos pormenores a través de las páginas de los novelistas; su forma, el cuento corto, imposibilita semejante desarrollo lento; pero en cambio no faltan detalles de los elementos destructores de la naturaleza de los trópicos que con sus inundaciones y sus sequías, sus fríos y sus calores insoportables, sus fiebres y su vegetación anárquica amenazar la vida humana y en gran parte anulalos esfuerzos del hombre por establecerse cómoda y seguramente allá. La tierra caliente de Quiroga dista mucho del paraíso romántico que nos han pintado prosistas eminentes como London y Melville, Maugham y Hudson. Esta diferencia de énfasis en su obra estriba en el modo peculiar de ver y sentir sudamericanos que coloca a Quiroga dentro de la tradición sarmientina.

Manuel Gálvez cuya obra hemos elegido para el cuarto y final capítulo de este estudio es eminentemente un novelista de la ciudad. Sus héroes o protagonistas son sin excepción tipos urbanos; no obstante, como los de Mármol y en la acepción sarmientina están en plena lucha con la barbarie campestre que ya ha invadido el recinto sagrado de la urbe. Mármol en *Amalia* previó esta invasión y Sarmiento en *Fa-*

cuando escribió la historia de uno de sus temporales triunfos. Para Sarmiento, sin embargo, ese triunfo no pudo ser más que temporal. En su ideología la ciudad quedó el refugio de la civilización. Para Gálvez lo es también; pero su concepto tiene un matiz diferente del de Sarmiento. Cambian, al correr los años, los tiempos y las condiciones y la Buenos Aires que Gálvez encontró, ya no era la Buenos Aires de Sarmiento sino un campo de batalla sin tregua entre las fuerzas de la barbarie y las de la civilización cuyo refugio es las ciudades viejas de Europa. Todos los protagonistas galvecianos encuentran sólo la derrota frente a la barbarie campestre trasladada a la ciudad. Sin embargo, Gálvez se mostró desde el punto de vista histórico, capaz de apreciar el concepto sarmientino en su sentido original. Escribiendo sobre aquel encuentro trascendente entre Lavalle y Rosas, nos dice: "Lavalle, sin ser precisamente un espíritu europeo, era un hombre de ciudad, un caballero; era noble, confiado, ingenioso, leal. Rosas, sin ser un gaucho, había adoptado las costumbres de los gauchos, y había adquirido, en veinte años de contacto con ellos, su misma idiosincrasia. Era astuto, frío, calculador. Así como Lavalle representaba en aquel encuentro a la ciudad culta, Rosas representaba a la campaña semibárbara". Aquí vemos el conflicto entre la civilización urbana y la barbarie campestre personificado en dos de los grandes actores del drama; pero cuando Gálvez escribía ochenta y tantos años más tarde esa barbarie campestre había inundado la ciudad argentina que ya no era el refugio que concibió Sarmiento. Gálvez colocó como Gallegos ese refugio en Europa, redujo el papel de la naturaleza como agente formativo en la barbarie a una mera sombra. No obstante, vemos a través de sus ensayos y en particular en sus novelas históricas, que reconoce el hecho de que la barbarie argentina, tenía hondos enlaces con y raíces en el campo. Es esa barbarie campesina que se muestra más fuerte que el protagonista de la civilización, el que en las novelas de Gálvez se rinde frente a su materialismo inhumano. Eso no es más que otra modalidad de la naturaleza que por sus proporciones gigantescas, embrutece y empequeñece al hombre. Es en sumo grado significativo que emplea Gálvez el mismo tipo de antítesis que Sarmiento al aclarar sus ideas: la civilización y la barbarie. Son meramente interesantes los valores distintos que Gálvez da a estas dos palabras.

Con la antítesis civilización-barbarie estamos plenamente en presencia de la manifestación de una actitud típicamente sudamericana, la que reserva los papeles tradicionales de la ciudad y el campo, una actitud que surge rara vez o nunca en la literatura europea. En justicia hay que advertir que este tema de la civilización y la barbarie se limita a ciertos autores y que no domina en aquella parte de la literatura sudamericana que aún sigue por los cauces de la europea. A lo sumo es un tema secundario; pero esto no anula ni su importancia ni su interés. Ha producido, como ya hemos visto, una literatura apreciable. Pero por poco extenso que fuera, aún sería un fenómeno típico y digno de estudiarse.

BIBLIOGRAFIA

GENERAL

- C. Ayala Duarte, *Resumen histórico de la literatura hispanoamericana*, Madrid, 1945.
- Javier Arango Ferrar, *La literatura de Colombia*, Casa Editora "Coni", Buenos Aires, 1940.
- Enrique Finot, *Historia de la literatura boliviana*, Editorial Porrúa, México, 1943.
- Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, Editorial Porrúa, México, 1945.
- Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.
- Julio Jiménez Rueda, *Historia de la literatura mexicana*, Ediciones Botas, México, 1946.
- Julio Jiménez Rueda, *Historia de la cultura en México*, Editorial Cultura, México, 1950.
- José Luis Martínez, *Literatura mexicana Siglo XX*, Antigua Librería Robredo, México, 1949.
- Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.
- Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1948.
- Arturo Torres Ríoseco, *Grandes novelistas de la América hispánica*, University of California Press, Berkeley, 1943.
- Arturo Torres Ríoseco, *The Epic of Latin American Literature*, Oxford University Press, New York, 1946.
- Arturo Torres Ríoseco, *La gran literatura iberoamericana*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1945.

BIBLIOGRAFIA

ESPECIFICA

- Alberto Brignole y José Delgado, *Vida y obra de Horacio Quiroga*, Claudio García y Cía., Montevideo, 1936.
- Calixto Bustamante Carlos Inca, *El lazarillo de ciegos caminantes*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1946.
- Manuel Gálvez, *El solar de la raza*, Editorial Tor, Buenos Aires, (sin fecha).
- Manuel Gálvez, *La Argentina en nuestros libros*, Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1935.
- Manuel Gálvez, *Nacha Regules*, Editorial Tor, Buenos Aires, (sin fecha).
- Manuel Gálvez, *El mal metafísico*, edición definitiva, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1943.
- Manuel Gálvez, *Hombres en soledad*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1942.
- Manuel Gálvez, *La tragedia de un hombre fuerte*, Editorial Tor, Buenos Aires, (sin fecha).
- Manuel Gálvez, *Los caminos de la muerte*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1945.
- Manuel Gálvez, *Humaitá*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1947.
- Manuel Gálvez, *Miércoles Santo*, Librería Hachette, Buenos Aires, 1943.
- Manuel Gálvez, *El gaucho de los Cerrillos*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1943.
- Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, 10a. ed., Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1947.
- Ricardo Güiraldes, *Raucho*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1949.

BIBLIOGRAFIA

ESPECIFICA

- Alberto Brignole y José Delgado, *Vida y obra de Horacio Quiroga*, Claudio García y Cía., Montevideo, 1936.
- Calixto Bustamante Carlos Inca, *El lazarillo de ciegos caminantes*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1946.
- Manuel Gálvez, *El solar de la raza*, Editorial Tor, Buenos Aires, (sin fecha).
- Manuel Gálvez, *La Argentina en nuestros libros*, Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1935.
- Manuel Gálvez, *Nacha Regules*, Editorial Tor, Buenos Aires, (sin fecha).
- Manuel Gálvez, *El mal metafísico*, edición definitiva, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1943.
- Manuel Gálvez, *Hombres en soledad*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1942.
- Manuel Gálvez, *La tragedia de un hombre fuerte*, Editorial Tor, Buenos Aires, (sin fecha).
- Manuel Gálvez, *Los caminos de la muerte*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1945.
- Manuel Gálvez, *Humaitó*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1947.
- Manuel Gálvez, *Miércoles Santo*, Librería Hachette, Buenos Aires, 1943.
- Manuel Gálvez, *El gaucho de los Cerrillos*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1943.
- Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, 10a. ed., Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1947.
- Ricardo Güiraldes, *Raucha*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1949.

- Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, 11a. ed., Editorial Losada, Buenos Aires, 1950.
- Jorge Icaza, *Huasipungo*, 1a. ed., Pinguino, Editorial Lautario, Buenos Aires, 1938.
- Benito Lynch, *Los caranchos de la Florida*, Espasa-Calpe Argentina, 1938.
- Benito Lynch, *Raquela, La evasión y El antojo de la patrona*, 3a. ed., Espasa-Calpe, Madrid, 1936.
- Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*, Sur, Buenos Aires, 1937.
- José Mármol, *Amalia*, Editorial Sopena Argentina, 1944.
- E. Martínez Estrada, *Sarmiento*, Editorial Argos, Buenos Aires, 1946.
- Horacio Quiroga, *Cuentos escogidos*, Aguilar, Madrid, 1950.
- Horacio Quiroga, *Pasado amor*, Claudio García y Cía.—Editores, Montevideo, 1942.
- Horacio Quiroga, *Historia de un amor turbio*, 3a., ed., Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias, Buenos Aires, (sin fecha).
- Horacio Quiroga, *Anacoana*, 2a. ed., Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias, Buenos Aires, (sin fecha).
- Horacio Quiroga, *Los desterrados*, Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias, Buenos Aires, (sin fecha).
- Horacio Quiroga, *Los perseguidos y otros cuentos*, Claudio García y Cía, Montevideo.
- Horacio Quiroga, *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, 4a. ed., Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias, Buenos Aires, (sin fecha).
- Horacio Quiroga, *El desierto*, 2a. ed., Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias, Buenos Aires, (sin fecha).
- José Eustacio Rivera, *La vorágine*, Ediciones Universo, México, (sin fecha).
- Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, 3a. ed., Editorial Sopena, Argentina, Buenos Aires, 1945.
- Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1944.
- Raymond Davis Weeter, *Los cuentos de Horacio Quiroga*, México, 1952.